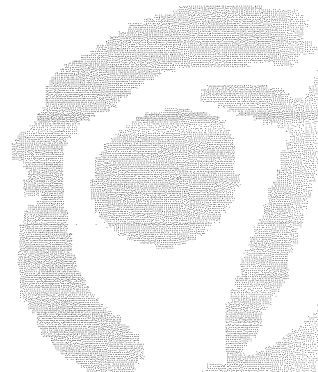


medellín

teología y pastoral para américa latina
vol. XXXVI - n° 141 / Enero-Marzo 2010 - ISSN 0121-4977

Ministerio y Vida de los Presbíteros



Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM
Instituto Teológico-Pastoral para América Latina - ITEPAL

medellín

Teología y Pastoral para América Latina
Revista Trimestral Fundada en 1975

La revista Medellín, fundada en 1975, es una publicación trimestral del ITEPAL, especializada en temas teológicos y pastorales. Busca ser una expresión profética y sapiencial del continuo redescubrimiento que la Iglesia Latinoamericana y Caribeña hace de sí misma, iluminando nuestra realidad desde la fe.

Está dirigida a: estudiosos, investigadores, docentes de teología y pastoral, agentes pastorales en general, así como a alumnos y exalumnos del ITEPAL

Director	P. ANDRÉS TORRES RAMÍREZ Rector del Itepal
Equipo Editorial	Mons. BALTAZAR PORRAS CARDOZO Arzobispo Responsable del ITEPAL Mons. JOSÉ LEOPOLDO GONZÁLEZ Obispo Secretario General del CELAM P. ANDRÉS TORRES RAMÍREZ Rector del ITEPAL Mons. GUILLERMO MELGUIZO YEPES Vice-rector Pastoral del ITEPAL P. PAULO CROZERA Vice-rector Académico del ITEPAL
Colaboradores	P. Luis Álvez de Lima, sdb (Brasil) P. Carlos María Galli (Argentina) Dra. Olga Consuelo Vélez (Colombia) P. Leonidas Ortiz Lozada (Colombia) P. Roberto Russo (Uruguay) P. Fidel Oñoro (Colombia) Dr. Pedro Morandé (Chile) P. Álvaro Cadavid Duque (Colombia)
Distribución y suscripciones Pago On-line (Internet)	Luis Guillermo Pineda Moreno (ITEPAL) Enviar solicitud a: editorial@celam.org

© Instituto Teológico Pastoral para América Latina - ITEPAL
Dirección: Avenida Boyacá No. 169D-75 Tel.: (57-1) 587 97 10 (Ext. 570)
Fax: (57-1) 587 9715 Bogotá, Colombia
E-mail: revistamedellin@celam.org

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Contenido

Editorial	5
O ano sacerdotal e sua contribuição para a igreja na América Latina Mons. Dr. Sergio da Rocha	7
A mudança de época como desafio aos presbíteros Pbro. Dr. Luiz Roberto Benedetti	25
El compromiso misionero del Presbítero Pbro. Lic. Víctor M. Ruano Pineda	43
Repensar y relanzar la formación presbiteral. El pensamiento crítico y creativo ante los retos de la formación inicial y permanente del Presbítero a la luz de Aparecida Pbro. Lic. Andrés Torres Ramírez	71
Presencia de los laicos en la formación presbiteral Pbro. Lic. Alejandro García Sánchez	111
Reseñas Bibliográficas	137

10/10/10

10/10/10

10/10/10

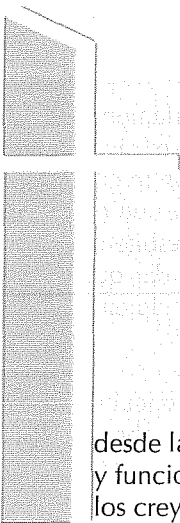
10/10/10

10/10/10

10/10/10

10/10/10

10/10/10



Tenemos claro que nuestra comunión eclesial se construye desde la común y fundamental dignidad que se nos regala en el bautismo a la vez que desde la diversidad de vocaciones específicas, carismas, ministerios y funciones que el Espíritu va inspirando y a los cuales cada uno de los creyentes procura responder. Sobre esta base, el Concilio Vaticano II destaca la excelencia del orden de los presbíteros dentro de las cambiantes circunstancias humanas y pastorales (cfr. PO 1).

Nuestros obispos latinoamericanos, en el número 192 del documento de Aparecida, dejan asentado que: *"Una mirada a nuestro momento actual nos muestra situaciones que afectan y desafían la vida y el ministerio de nuestros presbíteros. Entre otras, la identidad teológica del ministerio presbiteral, su inserción en la cultura actual y situaciones que inciden en su existencia"* (DA 192).

Con el título *Ministerio y vida de los presbíteros*, nuestra revista se abre a la reflexión sobre estas realidades. El primer aporte, sobre el *Año sacerdotal y su contribución a la Iglesia en América Latina*, aborda las implicaciones que tal experiencia está dejando en la comprensión y vivencia del ministerio, tanto en los presbíteros como en la comunidad creyente, y destaca la fuerza profética del testimonio sacerdotal. A la luz de Aparecida, el segundo artículo nos lleva a reflexionar sobre *el cambio de época como desafío a los presbíteros* en cuanto que la ruptura con tradiciones y narrativas que daban sentido en otro tiempo, afecta al proceso formativo y al ejercicio del ministerio ordenado. El tercer texto trata sobre *el compromiso misionero del presbítero* que se ha de reflejar en el servicio a la humanidad, desde los pobres y apostando por una sociedad diferente. El cuarto aporte nos invita a *repensar y relanzar la formación presbiteral* para favorecer que nuestros pastores sean capaces de pensar críticamente, de decidir responsablemente y de insertarse creativamente en la cultura actual. Finalmente, el último artículo nos lleva a pensar sobre uno de los muchos aspectos que tendrán que marcar un cambio en los procesos de la formación de los futuros pastores: *la presencia de los laicos en la formación presbiteral*.



En este tiempo, cuando la imagen del presbítero se ha visto seriamente empañada por escandalosos sucesos magnificados por los medios masivos de comunicación, tanto en Iglesias particulares de nuestro Continente como fuera de él, tiempo en el que no son pocos los hermanos de nuestra comunidad que se han desconcertado, ni pocos tampoco los presbíteros que se han desalentado, como Iglesia somos exigidos a recordar que llevamos este tesoro en vasijas de barro y que la fragilidad del recipiente no nos debe hacer olvidar la grandeza del tesoro.

No se trata de desconocer la fragilidad de los recipientes ni de encubrir o justificar los errores, se trata de volver la mirada a Jesucristo -Cabeza, Pastor y Esposo- como centro de esta vocación específica, de manera que asumiendo la fragilidad del "barro" acojamos con gratitud el don en medio de los desafíos de nuestro tiempo, nos comprometamos en favorecer creativamente el fortalecimiento en Cristo de quienes han sido llamados al ministerio ordenado y favorezcamos que se refleje visiblemente, por la caridad pastoral, la excelencia del orden de los presbíteros para el bien de la Iglesia y del mundo.

Andrés Torres Ramírez
Director

O ano sacerdotal e sua contribuição para a igreja na América Latina

Mons. Dr. Sergio da Rocha*

Sumário

Este texto aborda os principais traços do Ano Sacerdotal, conforme a proposta apresentada pelo Papa Bento XVI e a Congregação do Clero, destacando as suas implicações para a compreensão e a vivência do ministério presbiteral na América Latina e Caribe. O Ano Sacerdotal apresenta-se como uma ocasião privilegiada para o aprofundamento da identidade presbiteral e para reavivar a acolhida do sacerdócio, enquanto dom e tarefa, pelos presbíteros e pela inteira comunidade eclesial, inspirados no lema "*Fidelidade de Cristo, fidelidade do Sacerdote*". A celebração dos 150 anos da morte de São João Maria Vianney, o Santo Cura D'Arce, motivando o Ano Sacerdotal, torna-se estímulo para a recordação de inúmeros presbíteros que têm doado a sua vida em nosso Continente, valorizando a força profética do seu testemunho sacerdotal. São muitas as sugestões e iniciativas que estão sendo desenvolvidas, mostrando que o Ano Sacerdotal pode trazer

* Arcebispo de Teresina (Brasil) e Presidente do Departamento de Vocações e Ministérios do CELAM.
E-mail: sdarocha@terra.com.br



muitos frutos para a Igreja na América Latina e Caribe, contribuindo para formar “presbíteros discípulos-missionários, servidores da vida, cheios de misericórdia”, como quer o Documento de Aparecida.

Palabras clave: Ano Sacerdotal, sacerdócio, identidade presbiteral, presbitério, Igreja particular, comunidades eclesiais, profetismo, leigos.

The priests year and their contribution to the church in Latin America

Summary

This reading discusses the main features of the Year for Priests according to the proposal by the Pope Benedict XVI and the Congregation for the Clergy, highlighting its implications for the understanding and experience of priestly ministry in Latin America and the Caribbean.

The Year for Priests presents a special opportunity, for priests and the whole ecclesial community to deepen priestly identity and to revive the idea of the priesthood as a gift and task, inspired by the motto “Faithfulness of Christ, Faithfulness of Priest”.

The 150th anniversary of the death of St. John Mary Vianney, the Curé D’Ars, which was the occasion for announcing the Year for Priests, calls to mind the many priests who have donated their lives in our continent, and have thereby highlighted the powerful prophetic testimony of the priesthood. There are many suggestions and initiatives being developed, showing that the Year for Priests can bear much fruit for the Church in Latin America and the Caribbean, helping to form “presbyters, missionary disciples, servants of life, full of mercy, as the Document of Aparecida states.

Keywords: Year for Priests, priesthood, priestly identity, local Church, ecclesial community, propheticism, laity.

Introdução

O Ano Sacerdotal convocado por Bento XVI apresenta-se como dom e desafio, ocasião privilegiada para a Igreja, e especialmente, para os presbíteros, de renovação e aprofundamento da vida e ministério sacerdotal no mundo de hoje. O Ano Sacerdotal, com seu rico significado e ampla proposta de ação, nos interpela na realidade latino-americana e caribenha, motivando a reflexão e estimulando o surgimento de iniciativas nos diversos níveis da vida eclesial: nas comunidades, paróquias, dioceses e Conferências episcopais. Aborda-se aqui, os principais aspectos que norteiam a proposta do Ano Sacerdotal, segundo o Papa Bento XVI e a Congregação para o Clero, procurando destacar as suas implicações para a compreensão e a vivência do sacerdócio na Igreja, particularmente, para o Continente latino-americano, com indicações para a prática.

Para tanto, toma-se por base os principais pronunciamentos sobre o Ano Sacerdotal emitidos pelo Papa Bento XVI e pela Congregação para o Clero, bem como, as iniciativas empreendidas por Conferências Episcopais e pelo Conselho Episcopal Latino-americano (CELAM), em resposta ao Ano Sacerdotal. O objetivo deste estudo não consiste em fazer uma análise dos textos em pauta, mas a partir da compreensão do Ano Sacerdotal, que deles emerge, pensar as suas contribuições para o hoje e o amanhã da Igreja na América Latina, pois segundo as palavras do Cardeal Hummes, Prefeito da Congregação para o Clero, “deverá ser um ano positivo e propositivo” para a Igreja, visando envolver não apenas os sacerdotes, mas os cristãos e a sociedade mundial¹.

¹ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

1. A atualidade da figura do santo cura d'ars

A referência à figura sacerdotal de São João Maria Vianney, o Santo Cura D'Ars, é fundamental para a compreensão do Ano Sacerdotal, tendo-se presente a celebração dos 150 anos de sua morte, como motivação assumida pelo Papa Bento XVI para declarar este ano especial. O Santo Cura D'Ars tem sido apresentado como modelo sacerdotal também por outros Papas. João XXIII já o fizera na Encíclica "*Sacerdotii Nostri Primordia*", por ocasião do centenário da morte de São João Maria Vianney, e João Paulo II, na Carta da Quinta feira santa de 1986, dirigida aos sacerdotes, para recordar o segundo centenário de seu nascimento. A revalorização da figura do Santo Cura D'Ars como modelo e patrono de todos os sacerdotes e, especialmente, dos párocos, tem um grande significado na realidade sócio-cultural e eclesial vivida mundialmente, com incidências próprias na América Latina. A seguir, são destacados alguns aspectos de sua personalidade e ministério sacerdotal com algumas implicações para a vivência do Ano Sacerdotal: a) simplicidade de vida e caridade pastoral; b) a força profética da vida sacerdotal; c) a valorização de sacerdotes de ontem e de hoje

1.1. *Simplicidade de vida e caridade pastoral*

O sacerdócio de São João Maria Vianney foi marcado por admirável simplicidade de vida e dedicação pastoral, como demonstram a sua disponibilidade em servir a então pequena e difícil aldeia de Ars, a sua caridade para com os pobres e sofredores e a sua dedicação incansável ao atendimento dos fiéis. O Papa Bento XVI apresenta um retrato de São João Maria Vianney, destacando os seguintes traços: a vida de oração, com "longas permanências na igreja junto do sacrário"; o amor zeloso pela celebração eucarística; a dedicação ao sacramento da penitência; o seu caráter humilde e penitente através da "severa ascese", de "vigílias e jejuns" e outras "penitências"². Além disso, o Papa ressalta que ele "soube viver os 'conselhos evangélicos' segundo modalidades apropriadas à sua condição de presbítero"³, na castidade, pobreza e obediência. É conhecida a "sua pobreza" e

² Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 8-10.

³ Ibid., n. 12.

despojamento em vista da partilha solidária com os pobres, resumida na expressão que o norteava: “meu segredo era simples: dar tudo e não guardar nada”⁴, dizia ele.

O jeito simples e fiel de ser presbítero do Santo Cura D’Ars adquire ainda maior relevância numa época em que se valoriza demais o espetacular, o extraordinário, o interesse próprio e o consumo de bens, num contexto sócio-cultural marcado pela dificuldade em assumir compromissos e manter-se fiel, conforme a lógica do descartável. A figura do Cura D’Ars implica numa revalorização da simplicidade, da fidelidade e do serviço, elementos fundamentais na vida sacerdotal. Por isso, a referência ao Santo Cura D’Ars no Ano Sacerdotal não pretende resumir-se no enaltecimento da sua figura, mas evidenciar o seu alcance para a atualidade. Esta finalidade foi explicitada por Bento XVI, assim se expressando: “na carta que vos dirigi por ocasião deste ano jubilar especial, queridos sacerdotes, eu quis sublinhar alguns aspectos que qualificam nosso ministério, fazendo referência ao exemplo e ao ensinamento do Santo Cura de Ars, modelo e protetor de todos os sacerdotes, em particular dos párocos”⁵.

1.2. A força profética da vida sacerdotal

O modo como se apresenta, muitas vezes, a vida do Santo Cura D’Ars, sobrevalorizando alguns aspectos em detrimento de outros, sem considerar devidamente o difícil contexto em que vivia, ao invés de evidenciar a força do seu testemunho, pode, ao contrário, enfraquecê-lo, reduzindo a sua riqueza espiritual. Por isso, “longe de reduzir a figura de São João Maria Vianney a um exemplo, por mais admirável que seja, da espiritualidade devocional do século XIX, é ao contrário necessário compreender a força profética que distingue a sua personalidade humana e sacerdotal de elevadíssima atualidade”⁶, situando-a no contexto do racionalismo predominante na época.

A missão profética permanece como algo essencial na ação evangelizadora, vivida com especial empenho na realidade latino-americana e caribenha, conforme o testemunho de tantos mártires,

⁴ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 12.

⁵ Bento XVI, Homília ao inaugurar o Ano Sacerdotal, 19-06-2009.

⁶ Bento XVI, Audiência Geral, 05-08-2009.

incluindo sacerdotes, na história passada e recente da Igreja. A vida e o ministério dos presbíteros de hoje também devem ser sinal e estímulo para a vida nova em Cristo, por meio de gestos concretos no cotidiano. Bento XVI recorda que “o Santo Cura D’Ars ensinava seus paroquianos, sobretudo, com o testemunho de vida. (...) No mundo atual, não menos do que nos tempos difíceis do Cura D’Ars, é preciso que os presbíteros, na sua vida e ação, se distingam por um vigoroso testemunho evangélico”⁷. O Ano Sacerdotal “pretende contribuir para fomentar o empenho de renovação interior de todos os sacerdotes para um seu testemunho evangélico mais vigoroso e incisivo”⁸. Em sua Mensagem para o 47º Dia Mundial de Oração pelas Vocações, Bento XVI repropõe com ênfase a importância do testemunho na vida dos presbíteros, considerando-o fundamental para o crescimento das vocações sacerdotais, conforme o tema proposto: “o testemunho suscita vocações”⁹.

A forma suprema de testemunho (martyria), representada pela entrega total e definitiva da própria vida, é fruto de uma vida que se manifesta como testemunho cotidiano. Daí, o apelo insistente ao testemunho de vida cristã pelos presbíteros de hoje, evocando o testemunho dos presbíteros santos como João Maria Vianney. É de grande importância o reconhecimento de tais figuras em nossa história local, para não se cair num ideal saudosista que se apresenta como algo admirável, porém inatingível ou relegado ao passado e, sobretudo, para não se ignorar ou permanecer indiferentes diante da graça manifestada e da fidelidade testemunhada entre nós. O fato de motivar o Ano Sacerdotal a partir da figura de um presbítero santo tem um significado que ultrapassa S. João Maria Vianney, motivando-nos a fazer memória de tantos presbíteros que tem doado a sua vida. No Ano Sacerdotal, temos na América Latina a tarefa de recordar, com gratidão e ação de graças a Deus, os presbíteros que têm construído a nossa história com o seu testemunho e a sua generosa dedicação pastoral. É preciso proclamar a força do testemunho, seja do Santo Cura D’Ars, seja de muitos outros presbíteros de hoje, nem sempre reconhecidos localmente e, menos ainda, divulgados pela grande mídia.

⁷ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 7 e 11.

⁸ Ibid., n. 1.

⁹ Bento XVI, Mensagem para o 47º Dia Mundial de Oração pelas Vocações (25-04-2010), Vaticano, 13-11-2009.

2. Sacerdotes segundo o coração de Jesus

A escolha da solenidade do Sagrado Coração de Jesus para a abertura do Ano Sacerdotal possui um grande significado. A data tem sido tradicionalmente dedicada à oração pelos sacerdotes, através da Jornada Mundial de Oração pela Santificação dos Sacerdotes. Por isso, em primeiro lugar, põe em relevo a importância da oração e o permanente convite à santidade, de validade permanente para a Igreja inteira e, especialmente, para os ministros ordenados.

Ao lado da ênfase na oração e na santificação, implícita na escolha feita, é justo destacar o que o próprio Papa coloca em relevo ao delinear o Ano Sacerdotal: a experiência da misericórdia representada pelo Sagrado Coração. O chamado à fidelidade na vida sacerdotal não se faz a partir de ameaças ou condenação, mas através da experiência do amor misericordioso do Coração de Jesus, fonte de uma vida sacerdotal vivida na compaixão, que se revela como sinal do amor de Deus para com todos, especialmente, pelos pobres e sofredores. Num Continente marcado por tantas situações de pobreza e sofrimento, em meio a tantos “rostos sofredores que doem em nós”¹⁰, torna-se ainda maior a necessidade de presbíteros “cheios de misericórdia”, segundo o Coração de Jesus. O Ano Sacerdotal anima o presbítero a fazer a experiência do amor misericordioso de Jesus, de ser por ele amado e de amar como ele, apresentando-se como presbíteros cheios de compaixão e servidores da vida, como propõe a Conferência de Aparecida.¹¹ A propósito, afirmou Bento XVI: “No seu tempo, o Cura D’Ars soube transformar o coração e a vida de muitas pessoas, porque conseguiu fazê-las sentir o amor misericordioso do Senhor (...) A Igreja tem necessidade de sacerdotes santos, de ministros que ajudem os fiéis a experimentar o amor misericordioso do Senhor e sejam suas testemunhas convictas”¹².

3. O sacerdócio como dom e tarefa

As dimensões do dom e da tarefa, da graça e da responsabilidade, inerentes à vida cristã e à vocação sacerdotal, aparecem norteando

¹⁰ Documento de Aparecida, 8.6.

¹¹ Documento de Aparecida, n. 199.

¹² Bento XVI, Homília ao inaugurar o Ano Sacerdotal, 19-06-2009.

a vivência do Ano Sacerdotal, chamando os presbíteros e toda a comunidade cristã às atitudes da acolhida agradecida do dom e, ao mesmo tempo, dispondo-se de maneira renovada à responsabilidade e ao compromisso.

3.1. A acolhida do sacerdócio como dom

Na abertura do Ano Sacerdotal, Bento XVI retoma uma significativa afirmação do Santo Cura D'Ars – “o sacerdócio é o amor do Coração de Jesus” – para ressaltar como dom de amor não apenas o sacerdócio como tal, mas os presbíteros concretamente existentes em nosso meio. Na perspectiva de um Ano Sacerdotal “positivo”, destaca-se em primeiro lugar o reconhecimento da fidelidade vivida por inúmeros sacerdotes, através de um belo vocabulário onde figuram as palavras dom, ternura e gratidão.

Comentando a frase do Santo Cura D'Ars, afirma o Papa: “essa tocante afirmação nos permite, antes de tudo, evocar com ternura e gratidão, o dom imenso que são os sacerdotes, não só para a Igreja, mas também para a própria humanidade”. E logo a seguir explicita: “penso em todos os presbíteros”, destacando “suas fadigas apostólicas”, “seu serviço incansável e escondido”, “sua caridade” e a “fidelidade corajosa de tantos sacerdotes”.¹³ Esta atitude positiva e alentadora diante do sacerdócio permeia a proposta do Ano Sacerdotal, exemplificada pelo próprio Papa, recordando-se de presbíteros com os quais teve contato. Em primeiro lugar, menciona “o primeiro pároco junto de quem exerci o meu ministério de jovem sacerdote”, do seu “exemplo de uma dedicação sem reservas ao próprio serviço sacerdotal”, referindo-se, em seguida, aos “inumeráveis irmãos generosamente empenhados no exercício diário do ministério sacerdotal”, que tem encontrado¹⁴.

A Congregação para o Clero também expressou palavras de estima, reconhecimento e estímulo aos sacerdotes, declarando que no Ano Sacerdotal “a Igreja quer dizer, sobretudo aos sacerdotes, mas também a todos os cristãos, a sociedade mundial, mediante os meios

¹³ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 1-2.

¹⁴ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 2.

de comunicação globais, que está orgulhosa de seus sacerdotes, que os ama e que os venera, que os admira e reconhece com gratidão o seu trabalho pastoral e o seu testemunho de vida". E acrescenta: "A imensa maioria de sacerdotes são pessoas digníssimas, dedicadas ao ministério, homens de oração e caridade pastoral, que consomem sua total existência em realizar a própria vocação e missão e, em tantas ocasiões, com grandes sacrifícios pessoais (...), solidários com os pobres e com quem sofrem. É por isso, que a Igreja se mostra orgulhosa de seus sacerdotes espalhados pelo mundo"¹⁵.

Nesta perspectiva, são fundamentais a valorização do ministério sacerdotal e o reavivamento do dom recebido pelo próprio sacerdote, atitude chamada por muitos de re-encantamento. O presbítero e a comunidade não podem jamais reduzir o sacerdócio aos desafios e dificuldades verificadas ou pior, considerá-lo um problema para a Igreja. Em primeiro lugar, deve estar o justo reconhecimento do sacerdócio como dom, como graça. "O Cura D'Arts era humilíssimo, mas consciente de ser, enquanto padre, um dom imenso para seu povo"¹⁶.

A consciência de que é graça, leva a compreender e a viver o sacerdócio a partir da perspectiva da gratuidade e não da lógica do mercado ou da retribuição. Enquanto dom recebido, deve ser exercido na gratuidade e sustentado pela graça, pela gratuidade do amor de Deus e pela gratuidade do amor dos irmãos. A fidelidade sacerdotal se apresenta primeiramente como fruto da gratuidade do amor de Deus e do amor da comunidade cristã. O presbítero tem necessidade permanente da graça de Deus e do apoio amoroso da comunidade cristã para que o dom recebido se torne dom permanente na doação cotidiana da própria vida.

3.2. O sacerdócio como tarefa e responsabilidade

A acolhida do dom implica em tarefa, responsabilidade, compromisso, da parte daquele que o recebe, mas também da comunidade eclesial, chamada a valorizar as vocações sacerdotais e a acompanhar os seus presbíteros por meio da oração, da fraterna estima e apoio,

¹⁵ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

¹⁶ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 2.

da colaboração pastoral, numa atitude de co-responsabilidade. A reflexão a respeito do sacerdócio, no Ano Sacerdotal, também requer a consideração atenta dos problemas e desafios encontrados em nossa realidade.

O próprio símbolo do Coração de Jesus traspassado pela lança e coroado de espinhos faz pensar nas “inumeráveis situações de sofrimento em que se encontram imersos muitos sacerdotes, ou porque participantes da experiência humana da dor na multiplicidade das suas manifestações, ou porque incompreendidos pelos próprios destinatários do seu ministério: como não recordar os tantos sacerdotes ofendidos na sua dignidade, impedidos na sua missão e, às vezes, mesmo perseguidos, até ao supremo testemunho do sangue?”¹⁷.

Além disso, nos referidos textos a respeito do Ano Sacerdotal, encontram-se explicitadas situações tristes e graves problemas ocorridos no exercício do ministério sacerdotal, muitos dos quais denunciados largamente pela grande mídia. “Infelizmente, existem também situações, nunca suficientemente deploradas, em que é a própria Igreja a sofrer pela infidelidade de alguns dos seus ministros”¹⁸. O Cardeal Hummes, embora reconhecendo que “estes casos são um percentual muito pequeno em comparação com o número total do clero”, refere-se a alguns envolvidos em graves problemas e situações de delito, afirmando ser necessário continuar a investigação e julgar-lhes devidamente.¹⁹

O atual contexto marcado por denúncias de desvios de conduta sacerdotal, especialmente, no campo afetivo sexual, torna ainda mais pertinente e relevante o forte apelo a uma renovada fidelidade por parte dos sacerdotes, conforme o espírito do Ano Sacerdotal, sintetizado no sugestivo e desafiador lema proposto: “Fidelidade de Cristo; fidelidade do sacerdote”. Contudo, não deveria ser esta a razão principal a orientar as iniciativas do Ano Sacerdotal, mas sim a importância da própria vida e ministério dos presbíteros na Igreja, em qualquer contexto social e eclesial em que se viva. O desafio,

¹⁷ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 2.

¹⁸ *Ibid.*, n.3.

¹⁹ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

durante e após o Ano Sacerdotal, não consiste apenas na superação de situações de grave infidelidade, mas no crescimento e no fortalecimento da fidelidade generosa na vida presbiteral e a superação das tentações de se instalar na mediocridade, de se deixar levar por um estilo de vida light ou, então, de acomodar-se nas infidelidades do cotidiano. Nos Encontros Nacionais de Presbíteros, realizados no Brasil, como ocorre também em outros encontros presbiterais, tem se alertado para o risco de um estilo de vida light, não condizente com as exigências da vida cristã, com os sacrifícios e renúncias que comportam a vida cristã e sacerdotal.

O amor do Coração de Jesus, representado tradicionalmente pelos sinais da Paixão evoca a fidelidade de Cristo, que “amou os seus que estavam no mundo e amou-os até o fim” (Jo 13,1), não recuando diante da Paixão e Morte na Cruz, mas permanecendo fiel e doando a própria vida. A fidelidade do Bom Pastor que dá a vida pelo seu rebanho motiva a fidelidade daqueles que participam, pelo ministério ordenado, do pastoreio do rebanho de Cristo, exigindo empenho sempre maior de sua parte e da comunidade cristã.

4. Aprofundamento da identidade presbiteral

O Ano Sacerdotal, ao colocar em pauta a vida e a missão sacerdotal, apresenta-se como uma oportunidade especial para a reflexão sobre a identidade presbiteral, situando-a nas condições históricas e sociais em que vivemos. “Os sacerdotes são importantes não apenas pelo que fazem, mas, sobretudo, por aquilo que são”, explicitou o Cardeal Hummes, propondo que “este ano deve ser ocasião para um período de intenso aprofundamento da identidade sacerdotal, da teologia sobre o sacerdócio católico e do sentido extraordinário da vocação e da missão dos sacerdotes na Igreja e na sociedade”, indicando meios para realizar tal tarefa: “será necessário organizar encontros de estudo, jornadas de reflexão, exercícios espirituais específicos, conferências e semanas teológicas em nossas faculdades eclesiais, além de estudos científicos e suas respectivas publicações”²⁰.

²⁰ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

4.1. A identidade presbiteral na América Latina

A questão da identidade presbiteral, especialmente, a identidade do presbítero diocesano, tem sido objeto de estudos publicados sob diversos enfoques, principalmente no âmbito teológico, de reflexão em encontros de presbíteros e de pronunciamentos do Magistério da Igreja. Contudo, as exigências e desafios de nossa época marcada por rápidas e profundas transformações tornam esta tarefa ainda mais necessária e permanente. As referências ao Santo Cura D’Ars, largamente apresentadas nos referidos textos sobre o Ano Sacerdotal, já se constituem, em sim mesmas, rica fonte para configurar a identidade sacerdotal. Em resposta a este aspecto do Ano Sacerdotal, temos a preciosa contribuição de Aparecida para a compreensão da identidade presbiteral, a ser melhor valorizada e divulgada entre os presbíteros e comunidades da América Latina e Caribe.

O Documento de Aparecida considera a “identidade teológica do ministério presbiteral” como o “primeiro desafio” (DA, 193) ou a primeira das “situações que afetam e desafiam a vida e o ministério dos presbíteros” (DA, 192). Embora ao longo do texto vários elementos vão exprimindo a rica compreensão da identidade presbiteral, em Aparecida, ela pode ser resumida na significativa expressão: “presbíteros, discípulos missionários de Jesus Bom Pastor” (DA, 5.3.2). A ênfase de Aparecida no discipulado e na missão, válida para todos os batizados, tem sua especificidade na vida e ministério sacerdotal. “A espiritualidade que se promove deverá responder à identidade da própria vocação, seja diocesana ou religiosa” (DA, 319) e a formação permanente deve “privilegiar a espiritualidade específica” dos sacerdotes (DA, 200).

A identidade e missão dos presbíteros são compreendidas “à imagem do Bom Pastor”, mediante a “caridade pastoral, fonte da espiritualidade sacerdotal”, que “anima e unifica sua vida e ministério” (DA, 198). Aparecida enfatiza a “necessidade” de “presbíteros-discípulos”, “presbíteros-missionários”, “presbíteros-servidores da vida”, “presbíteros cheios de misericórdia” (DA, 199), assim como, de “párocos, animadores de uma comunidade de discípulos missionários” (DA, 201). O presbítero “é chamado a ser homem de misericórdia e compaixão, próximo ao seu povo e servidor de todos,

particularmente dos que sofrem grandes necessidades” (DA, 198). A esta perspectiva, correspondem, muito bem, as palavras conclusivas de Bento XVI, na Carta de Abertura do Ano Sacerdotal, convidando os presbíteros a serem: “no mundo atual, mensageiros de esperança, de reconciliação, de paz”²¹.

4.2. A importância do presbitério e da Igreja particular

Ao lado desta referência fundamental ao Bom Pastor e à caridade pastoral, é indispensável na identidade presbiteral, especialmente para o presbítero diocesano, o cultivo do amor pela Igreja Particular, exercendo o seu ministério “em comunhão com o bispo e demais presbíteros da diocese” (DA, 195), de modo a “valorizar a pastoral orgânica e se inserir com gosto em seu presbitério” (DA, 198). A pertença ao presbitério, a comunhão fraterna e a inserção na diocese, compõem de modo essencial a compreensão da identidade presbiteral a ser cultivada com particular intensidade neste Ano Sacerdotal, na América Latina e Caribe.

Embora o Ano Sacerdotal, por seu caráter mundial, favoreça a experiência de sentir-se participante de uma mesma grande família, de compartilhar do mesmo dom sacerdotal com presbíteros do mundo inteiro, a valorização da Igreja Particular e dos sacerdotes existentes em cada presbitério encontra-se contemplada, antes é exigida, na programação das suas atividades. De fato, é no âmbito da Igreja particular, com o seu presbitério e suas muitas comunidades, que a maior parte das atividades do Ano Sacerdotal é programada e se desenvolve. Isso acontece não apenas em virtude do aspecto organizacional, mas, sobretudo, decorre da natureza da Igreja e do próprio sacerdócio. A propósito, são muito significativas as palavras de Bento XVI na abertura do Ano Sacerdotal: “Querida ainda, acrescentar, apoiado na exortação apostólica Pastores dabo vobis, do Papa João Paulo II, que o ministério ordenado tem uma radical ‘forma comunitária’ e pode ser cumprido apenas na comunhão dos presbíteros com o seu bispo. É preciso que essa comunhão entre os sacerdotes e com seus respectivos bispos, baseada no sacramento da Ordem e manifestada na concelebração eucarística, se traduza nas diversas

²¹ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 16.

formas concretas de uma fraternidade sacerdotal efetiva e afetiva".²² Bento XVI explicita a importância deste aspecto para a vivência do próprio celibato sacerdotal. Assim sendo, o Ano Sacerdotal constitui-se ocasião especial para a vivência do "testemunho de unidade com o bispo, entre eles próprios e com os leigos",²³ especialmente, para o revigoramento da fraternidade sacerdotal.

4.3. A valorização dos leigos e das comunidades

O reconhecimento do sacerdócio como dom, sua importância na Igreja, não pode implicar no esquecimento ou desvalorização da identidade e missão dos cristãos leigos e leigas. Ao contrário, os presbíteros, especialmente, os párocos, devem reconhecer e promover a atuação dos leigos na vida das comunidades e na sociedade. O Ano Sacerdotal quer ser mais "uma oportunidade para acentuar a comunhão e a amizade dos sacerdotes com as comunidades ao seu encargo", segundo as palavras do Cardeal Hummes. Por sua vez, os leigos são chamados a viver o Ano Sacerdotal, a acompanharem e ajudarem os presbíteros, empenhando-se no serviço de animação vocacional e demais iniciativas da ação evangelizadora da Igreja.

Neste Ano, "há que recordar o caloroso e encorajador convite feito pelo Concílio Vaticano II aos presbíteros, para que reconheçam e promovam sinceramente a dignidade e participação própria dos leigos na missão da Igreja", recorda Bento XVI, citando, mais adiante, a importância das novas formas de associação laical, aproveitando para "dirigir aos sacerdotes, neste Ano a eles dedicado, um convite particular, a fim de que saibam acolher a nova Primavera que, em nossos dias, o Espírito suscita na Igreja, através, particularmente, dos movimentos eclesiais e das novas comunidades"²⁴.

A valorização dos leigos exprime o reconhecimento da importância da própria vida comunitária e requer o devido empenho dos presbíteros na formação de comunidades, onde floresçam os ministérios não-ordenados e os diversos serviços laicais. A história da Igreja

²² Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, 13.

²³ *Ibid.*, 16.

²⁴ Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009, n. 6 e 13.

na América Latina e Caribe encontra-se marcada pela valorização das comunidades eclesiais e pelo testemunho generoso de inúmeros leigos. As vocações específicas, dentre as quais, recebem especial atenção as vocações sacerdotais, brotam justamente de comunidades vivas e acolhedoras, marcadas pela fecunda dedicação pastoral dos fiéis leigos e por seu empenho no trabalho vocacional.

5. Iniciativas em resposta ao ano sacerdotal

São muitas as sugestões apresentadas e as iniciativas adotadas na América Latina, a partir do espírito do Ano Sacerdotal, expressando-se em diversos níveis: nas comunidades, paróquias, dioceses, Conferências episcopais e CELAM. O Cardeal Hummes, depois de indicar algumas propostas, afirmou ser necessária a “justa criatividade das Igrejas locais” para o desenvolvimento do Ano Sacerdotal. “Em cada Conferência Episcopal, em cada Diocese ou paróquia ou em cada comunidade eclesial, se estabeleça o mais pronto possível um verdadeiro e próprio programa para este ano especial”²⁵. São elencadas, aqui, as principais sugestões e iniciativas em andamento, classificando-as em três grandes categorias envolvendo: a) a dimensão celebrativa; b) iniciativas no âmbito da formação permanente e da pastoral presbiteral; c) estudos e publicações.

5.1. Dimensão celebrativa do Ano Sacerdotal

Embora o Ano Sacerdotal não deva ser reduzido a celebrações, estas ocupam um lugar especial no seu desenvolvimento. Celebrar é vivenciar a dimensão do dom, da graça, da festa, da alegria, expressando ação de graças a Deus e gratidão aos sacerdotes. Por isso, esta dimensão tem sido bastante contemplada no Ano Sacerdotal, sendo assim destacada: “Seja um ano de celebrações religiosas e públicas que conduzam ao povo, as comunidades católicas locais, a rezar, a meditar, a festejar e a apresentar a justa homenagem aos seus sacerdotes”; seja “um ano de oração dos sacerdotes, com os sacerdotes e pelos sacerdotes”²⁶.

²⁵ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

²⁶ Ibid.

Têm sido programadas peregrinações ou romarias a santuários, momentos de oração entre os padres e com as comunidades, vigílias, maior participação em jubileus sacerdotais e ordenações. Além disso, o Ano Sacerdotal tem estimulado uma melhor preparação e aproveitamento de momentos de particular relevância para os presbíteros e a temática sacerdotal como a Missa do Crisma, na Semana Santa; o Dia Mundial de Oração pelas Vocações, no IV Domingo da Páscoa; a Jornada de Oração pela Santificação do Clero, na Solenidade do Sagrado Coração de Jesus; e o Dia do Padre, na celebração de São João Maria Vianney.

Contudo, liturgia e vida se entrelaçam, impedindo instalar-se comodamente no rito, interpelando, desafiando e motivando o caminhar de cada sacerdote, de cada comunidade, da Igreja inteira. Por isso, as celebrações desembocam e se prolongam em outras iniciativas.

5.2. Formação Permanente e Pastoral Presbiteral

Tem crescido na América Latina e em toda a Igreja a consciência da necessidade da formação permanente dos presbíteros, há muito proposta em diversos documentos do Magistério. No entanto, o desafio é o de se propor uma formação orgânica e integral, abrangendo as diversas dimensões: humano-afetiva, comunitária, espiritual, intelectual e pastoral, a ser assumida de modo co-responsável nas dioceses. O Papa Bento XVI refere-se a diversos aspectos da formação a serem trabalhados: “Para serem ministros ao serviço do Evangelho, é certamente útil e necessário o estudo, com uma atenta e permanente formação pastoral, mas é ainda mais necessária essa ‘ciência do amor’, que se aprende de ‘coração a coração’ com Cristo”.²⁷

Além disso, adquire cada vez mais importância a Pastoral Presbiteral ou Pastoral Sacerdotal, com a sua importante colaboração na elaboração do programa de formação permanente, na promoção da fraternidade sacerdotal, na digna sustentação dos presbíteros e no acompanhamento dos padres novos, idosos, enfermos e em situações especiais. A necessidade da formação permanente e a importância da Pastoral Presbiteral receberam destaque no Documento de Aparecida e podem encontrar estímulo e apoio no Ano Sacerdotal.

²⁷ Bento XVI, Homília ao inaugurar o Ano Sacerdotal, 19-06-2009.

A questão da justa sustentação dos presbíteros, que se encontra entre as propostas de ação no Ano Sacerdotal, constitui um dos principais desafios para a Igreja na realidade latino-americana marcada por situações de pobreza e miséria. “Seja um ano em que se examinem as condições concretas e o sustento material em que vivem nossos Sacerdotes, em alguns casos obrigados a subsistir em situações de dura pobreza”²⁸.

A atenção à pessoa humana do presbítero, à sua situação de saúde física e psico-afetiva, juntamente com a espiritualidade sacerdotal, têm sido atentamente consideradas pela Pastoral Presbiteral no serviço prestado ao acompanhamento e à formação permanente dos presbíteros. Um dos meios utilizados e que muito pode crescer são os encontros de convivência e de espiritualidade para presbíteros em diversos níveis: por faixa etária de ordenação, por diocese, região ou país, além dos que estão sendo propostos em nível mundial.

A Igreja na América Latina e Caribe não apenas recebe contribuição do Ano Sacerdotal, mas pode também contribuir para a sua efetivação em nível mundial, oferecendo aquilo que tem de próprio, como o cultivo do espírito missionário sacerdotal, que tem sido impulsionado pela Missão Continental, proposta pela Conferência de Aparecida e assumida em todo o Continente, com a animação do CELAM. É fundamental resgatar ou desenvolver melhor a dimensão missionária como parte essencial da identidade e da espiritualidade presbiteral.

5.3. Estudos e publicações

Em resposta ao apelo do Ano Sacerdotal para o aprofundamento da identidade presbiteral, diversas iniciativas tem sido propostas e desenvolvidas, tais como, encontros de estudo e reflexão sobre a vida e o ministério dos presbíteros, congressos teológicos com a temática sacerdotal e congressos sacerdotais. Tem recebido novo impulso, no Ano Sacerdotal, a divulgação de publicações - livros, artigos, subsídios - sobre a vocação sacerdotal, a formação permanente, os testemunhos e a memória de presbíteros. Tem sido incentivado o recurso aos meios de comunicação social através de programas de rádio e televisão,

²⁸ Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.

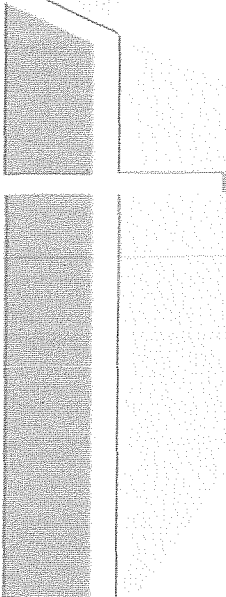
da internet, para a divulgação do Ano Sacerdotal e a reflexão sobre temas relativos ao sacerdócio. O CELAM tem assumido a temática do Ano Sacerdotal em encontros, cursos, publicações de periódicos (Revista Medellín e Boletim OSLAM) e em sua página web, contando com seus Centros de Estudos e Departamentos.

Conclusão

O Ano Sacerdotal vem enriquecer a vida da Igreja na América Latina e Caribe, contribuindo muito para a animação e a orientação da vivência do sacerdócio pelos presbíteros, estimulando diversas iniciativas em favor da formação permanente presbiteral e diversas expressões de compromisso da comunidade para com as vocações sacerdotais e os presbíteros que estão em seu meio. É vasta a riqueza de significado e de expressões do Ano Sacerdotal exigindo a continuidade das iniciativas tomadas e disposição para caminhar encontrando outras. As tarefas às quais a Igreja se propõe a cumprir neste Ano especial não podem ser reduzidas ao período cronológico do Ano Sacerdotal. Ao contrário, ele deve constituir um estímulo para os presbíteros e as comunidades caminharem rumo à devida valorização do sacerdócio e de cada sacerdote, a fim de que os presbíteros sejam, no mundo atual, e especialmente na realidade latino-americana, “mensageiros de esperança, de reconciliação, de paz”.

Bibliografia

- Bento XVI, Carta por ocasião da abertura do Ano Sacerdotal, 16-06-2009.
- Homilia ao inaugurar o Ano Sacerdotal, 19-06-2009.
- Audiência Geral, 05-08-2009.
- Discurso aos participantes da Plenária da Congregação para o Clero, 16-03-2009.
- Mensagem para o 47º Dia Mundial de Oração pelas Vocações (25-04-2010), Vaticano, 13-11-2009.
- Cardeal Cláudio Hummes, O Ano Sacerdotal, Congregação para o Clero, 26-05-2009.
- Conselho Episcopal Latino-americano, Documento de Aparecida. Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-americano e do Caribe, 13-31 de maio de 2007.



A mudança de época como desafio aos presbíteros

Pbro. Dr. Luiz Roberto Benedetti*

Sumário

O documento de Aparecida chama a atenção para a passagem decisiva que representa uma época de mudanças para uma mudança de época. Ela exige novos esquemas de compreensão e faz com que desafios se transformem em dilemas. No campo religioso a transformação mais evidente é a subjetivização religiosa, que represente uma ruptura com as grandes instituições e narrativas que conferiam sentido à realidade. O ministério sacerdotal é diretamente afetado, seja no processo formativo, seja no seu exercício. Espremido entre as exigências da instituição eclesial e as dificuldades cada vez maiores da população, o presbítero vê-se tentado a adotar um estilo de vida moderno, com acentuação dos sinais distintivos de sua condição, combinado a um discurso de cunho fundamentalista. A geração pós-Concílio Vaticano II, capaz de um diálogo fácil com membros de outras denominações e mesmo pessoas e grupos sem religião, não se enquadra nos moldes de uma Igreja que tende

* Presbítero da Arquidiocese de Campinas (SP), doutor em sociologia pela Universidade de São Paulo, professor aposentado da PUC-Campinas. E-mail: lrbene@uol.com.br

a uma volta ao passado e encontra adeptos abertos à sua proposta dentro do grupo presbiteral mais novo. O *generation gap* se aprofunda e contribui para acentuar o caráter de dilema que a pós-modernidade apresenta ao exercício do ministério presbiteral.

Palavras-chave: Presbítero, realidade, cultura, dilema, estilo de vida, identidade, consumo.

The change of time as a challenge for priests


Luiz Roberto Benedetti

Summary:

The Aparecida document draws attention to a radical move that represents a time of changes for a change of epoch. It requires new patterns of understanding and causes challenges turn into dilemmas. In the religious field the transformation is more evident religious subjectivism, which represents a break with the big institutions and narratives that gave meaning to reality. The priestly ministry is directly affected, either in the formative process or exercise. Compelled between the demands of the ecclesiastical institution and the increasing difficulties of the population, the priest finds himself tempted to adopt a modern lifestyle, with an enhancement of the distinctive signs of his condition, combined with a fundamentalist slant speech. The generation after Vatican Council II, capable of easy dialogue with members of other denominations and even with people and groups without religion, does not fit the mold of a church that tends to return to the past and find to his followers open to the proposal in the youngest priests group.

The generation gap gets deeper and helps to accentuate the character of the dilemma that postmodernity presents to the exercise of the priestly ministry.

Keywords: priest, reality, culture, dilemma, lifestyle, identity, consumption.



Quanto se pensa no tema proposto pelo título deste artigo de imediato vêm à lembrança, os documentos do magistério, de um modo especial o documento de Aparecida. E aí começam os problemas: os desafios ultrapassam as situações, ou pelo menos a capacidade de visualizá-las em seus dados imediatos. Quase sempre os desafios são, na realidade, impasses. A realidade, vista em perspectiva sócio-histórica, se revela através de mecanismos que os dados empíricos ocultam a olhares menos avisados. Levam, dessa forma, à busca de receituários que, utilizando linguagem médica, funcionam como uma espécie de placebo. Assim, as grandes intuições do Vaticano II, suas linhas de força não se institucionalizaram de acordo com a inspiração profunda que as animava. O documento de Aparecida, por exemplo, elenca os problemas urbanos e seus desafios teológico-pastorais, mas titubeia na hora de propor iniciativas ousadas, que, sem ignorar a tradição histórica acumulada, saiam do lugar comum institucionalizado. E, assim, se volta à paróquia, no fundo uma solução canônica, à qual se procura acrescentar “remendos” pastorais. A solução institucional-histórica que, à luz da realidade, deveria constituir o problema, acaba sendo a solução. Dessa forma, paralisa-se o processo da prática¹ capaz de, em médio prazo, gerar formas institucionais criativas.

A geração Vaticano II está deixando a cena. São os que permaneceram após a “grande tribulação” que foi a crise sacerdotal e da vida religiosa pós-Vaticano II. Aqui duas observações: é um erro grosseiro, advertia João XXIII na abertura do Concílio, ignorar a história como “mestra da vida”. Incurrer nesse erro é “culpar” o Concílio Vaticano II pelos “males” que afligem a Igreja. Atribuir, de modo enfático, ao Concílio e à vacilação de Paulo VI, a contestação no interior da

¹ No sentido abrangente que inclui o que se faz e a “representação” do que se faz (tanto do agente quanto do que analisa as ações).

Igreja. E no interior desta, a evasão sacerdotal e o esvaziamento dos seminários. Com isso se esquece que a própria sociedade vivia um clima de efervescência crítico-cultural, de caráter político, prenhe de virtualidades cristãs, como por exemplo, a luta pela paz. Nunca se faz a pergunta contrária: se não tivesse acontecido a grande assembléia conciliar teria a Igreja condições mínimas para responder aos desafios históricos do momento, desafios estes que “explicam”, de um ponto de vista puramente sócio-histórico, o próprio “fato” Concílio? Em que situação estaria a Igreja hoje sem a contribuição de uma nova linguagem para transmitir o tesouro inestimável que esta tem para dar à humanidade, como insistia o discurso inaugural de João XXIII?² Nem sempre se leva em conta, esta segunda observação, que muitos deixaram o ministério e a vida religiosa, impulsionados por um desejo sincero de serviço à Igreja. Viram, dentro do clima da época, um alcance maior que o meramente institucional-doutrinal das afirmações conciliares. Afinal, viviam em “seu tempo”! Hoje, vez por outra, reconhecem que esta postura fez com que a Igreja perdesse figuras-chaves na formação de seus quadros (para usar uma linguagem tirada da política). Mas, é importante dizer, dos que absorveram o espírito do Concílio poucos foram nomeados bispos, um papel decisivo para entender as transformações históricas no interior da Igreja em sua relação com a sociedade, uma vez que o corpo episcopal faz a ponte entre as Igrejas e a burocracia central; além disso, tem uma capacidade de ação, que embora limitada, pode levar a mudanças significativas³. Para uma reflexão mais serena e uma avaliação mais justa de personagens envolvidas na turbulência da época é necessário inverter a perspectiva interpretativa. O Concílio ocorreu no interior da grande mudança dos anos 50/60. As transformações históricas, sem negar a contribuição específica das instituições, explicam o Concílio e não o contrário. Pensar que o Concílio provocou a contestação é esquecer que tudo foi contestado nos anos 60. É atribuir à Igreja Católica um papel que está muito além de sua força histórica no ditar os rumos da sociedade.

² Basta aqui lembrar as posturas opostas do então Cardeal Ratzinger que lamentava os “frutos amargos” do Concílio e do Cardeal Konnig de Viena, que o via como fruto do Espírito de Deus.

³ Ivan Vallier refere-se às dioceses como “unidades estratégicas” para compreensão histórico-social da Igreja Católica. Estratégicas por seu caráter de ligação entre o universal e o local. (VALLIER, Ivan. Comparative Studies of Roman Catholicism: Dioceses as Strategic Units. Em: Social Compass. v. 16 (1969/2); p. 147-184).

A crise dos ministérios aparece como problema recorrente na Igreja Cristã em suas várias denominações. Só que, a um olhar leigo, no catolicismo a crise atinge a instituição como um todo por acobertamento do que é, em última instância, um crime. O que se espera é que esses fatos, que fazem o cristão comum sofrer, ajudem a ter um pouco de serenidade na discussão dos desafios que se colocam ao ministério presbiteral hoje; de um modo mais específico, à formação dos futuros presbíteros. Os problemas que atingem a Igreja Anglicana e que afetam diretamente a Católica, atestam que atribuir ao Concílio os dilemas enfrentados é fazer a “política de avestruz”, na medida em que isso aparece como mecanismo para justificar um retorno ao passado.

O documento de Aparecida reconhece que hoje não há apenas mudanças tópicas (época de mudanças), mas diz claramente que vivemos uma “mudança de época, e seu nível mais profundo é o cultural”⁴. Mudança que, aliás, é, dentro das características de um documento desse tipo, muito bem delineada. O grande problema está na defasagem entre a situação descrita e as práticas pastorais propostas para a evangelização. Uma mudança de época supõe soluções novas, ousadas. E a tentação é voltar ao passado. Mais que tentação: é um risco duplo. De um lado, não se pode esquecer a história milenar, a sabedoria acumulada, o rico patrimônio da instituição. De outro, a mudança de época supõe que se “saia” da aura institucional e se “tente” entender as “novas” categorias de interpretação que constituem o “novo” propriamente dito. Entender o mundo com as categorias eclesiais é, de antemão, impedir uma compreensão profunda. A grande mudança é que ele é novo exatamente porque escapa às categorias do universo religioso cristão para se interpretar. Realidade presente em expressões como “mundo pós-cristão”, ou numa referência mais precisa à Europa, mundo no qual o catolicismo foi exculturado⁵. Caso contrário, cai-se na justificativa cômoda de dizer que o mundo vai mal porque se afastou da Igreja. E com isso

⁴ Documento de Aparecida. Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e do Caribe. São Paulo, Edições CNBB/Paulus/Paulinas, 2007, n° 44.

⁵ Para Hervieu-Léger, o cristianismo deixa de ser o referente para a compreensão do universo cultural europeu. Por recusa, por reinterpretação secularizada, a Europa “se pensava” no interior do Cristianismo. Hoje, ele é um fato cultural entre outros. (HERVIEU-LÉGER, Danièle. *Catholicisme, la fin d'un monde*. Paris, Bayard, 2003).



se fecha o caminho para compreensão das virtualidades evangélicas presentes na “nova” realidade histórica e busca de respostas pastorais adequadas. Sem essa mudança de campo epistemológico de compreensão não se entende a profundidade dos desafios e dão-se respostas tópicas que muitas vezes só adiam soluções, bem como aprofundar e agravar os problemas, na realidade dilemas.

Que são dilemas, reconhece-o o próprio papa Bento XVI, quando ainda cardeal. Após se referir às questões recorrentes, como celibato e ordenação das mulheres, ele reconhece, com Metz, que são resolvidas na “Cristandade protestante”; entretanto, nem por isso esta foi poupada da crise e enfrenta o problema de dizer algo evangelicamente significativo a uma sociedade cada vez mais indiferente às instituições cristãs⁶. Sim, há dilemas e impasses mais que simples desafios. O que não justifica que se resolvam com medidas disciplinares e com argumentos de autoridade.

O conflito cultural hoje já não se dá mais entre razão e fé, ciência e religião, nem mesmo entre política e religião. A religião é desafiada em seu próprio campo: não tanto pelo pluralismo religioso, mas por uma subjetividade religiosa fluida, amorfa, vivida como uma mistura de elementos de tradições religiosas consistentes com técnicas de auto-ajuda, terapias alternativas e psicologia de auto-aperfeiçoamento. As grandes instituições doadoras de sentido para a vida pessoal e social têm papel cada vez menos significativo e relevante. São, até certo ponto, substituídas pelas grandes agências de publicidade e marketing que sustentam o consumo; a própria religião entra nesse universo. Seus reflexos na formação presbiteral são imediatos. Em conversas informais, um sociólogo de prestígio, conhecedor profundo do universo religioso brasileiro, referia-se aos novos padres e seminaristas: “para que estudar latim, grego, filosofia, se basta saber tocar violão, cantar e dançar?”. Não era uma frase de efeito. Descrevia, com precisão cirúrgica, o estado de espírito dos que buscavam o ministério sacerdotal no tempo em que os “padres cantores” estavam na ordem do dia.

⁶ RATZINGER, Joseph. O sal da terra. Rio de Janeiro, Imago, 1997, p.145.

Aparecia como alternativa imediata a estes um fundamentalismo, não muito distante do que Harvey Cox denomina a religião “tremendista”⁷. O que importa, aqui, entender os desafios/impasses em seus reflexos imediatos sobre a vida e ministérios dos presbíteros. E perceber, desde já, como o eclipse parcial dos “padres midiáticos” revela o espírito do tempo, expresso, de maneira feliz por Marx: “tudo o que é sólido e estável se esfuma, tudo o que é sagrado é profanado”⁸. Na realidade, essa alternativa entre o envolvimento emocional e o fundamentalismo não se opõem no plano da ação pastoral. Os dois estão presentes na televisão e no rádio. O mesmo personagem que canta e dança prega verdades prontas, objetivadas. Por isso mesmo se opõem à única exigência dos tempos atuais: a formação continuada, capacidade de reflexão e hermenêutica aguçadas.

Desafios

Em 1997, quando presidia a Congregação para a Doutrina da Fé, o então Cardeal Ratzinger colocou o dedo na ferida. Prometeu ao jornalista que o entrevistava não deixar nenhuma pergunta sem resposta. E no interior da discussão sobre os problemas enfrentados pela Igreja disse:

“Só olhamos para os mesmos, ocupamo-nos de nós mesmos, lastimamo-nos por causa de nós mesmos, queremos que tudo funcione bem na nossa Igreja e quase já não vemos que a Igreja não existe só para si mesma, mas que temos uma palavra que tem alguma coisa a dizer ao mundo e que devia ser ouvida, que podia oferecer qualquer coisa. Esquecemo-nos demais da nossa verdadeira tarefa”⁹.

O mais inquietante nas novas gerações de presbíteros –e mais ainda nos alunos dos institutos teológicos– é a ausência de qualquer inquietação quanto à vida do mundo e mesmo da Igreja. Voltados

⁷ Cox refere-se aos redneck preachers (pregadores de pescoço vermelho), pastores batistas fundamentalistas que faziam do pecado e das ameaças do demônio e do inferno o tema central de suas pregações. Seu intuito era provocar pavor nos ouvintes. (COX, Harvey. *La religion en la ciudad secular*. Santander, Sal Terrae, 1984, p. 31).

⁸ MARX, Karl. *Manifesto do Partido Comunista*. Rio de Janeiro. Vitória, 1963, p. 26.

⁹ RATZINGER, Joseph. o.c., p. 129.

para si mesmos. Pouca ou nenhuma afeição à “vida do espírito”, à reflexão. Refugiam-se num passado pronto, numa tradição vivida ao pé da letra. Preocupação com a liturgia de caráter rubricista e ostentatório. Nela buscam mais a expressão de um estilo de vida que a celebração comunitária de um mistério. A preocupação em festejar datas, ligadas à história pessoal no exercício do ministério, deixa em segundo plano, quando não são ignorados, os eventos importantes da comunidade. E tudo começa já no curso teológico: vestes e convites de ordenação. Legalistas, e quase sempre intransigentes, com o povo de Deus, são indulgentes para consigo mesmos.

Um quadro que precisa ser matizado. Muito sumário e, até certo ponto, injusto. Mas se tomado como tendência e visto sem moralismos, chama a atenção para um dado que tem sido descuidado: o aprofundamento do “generation gap”¹⁰ no interior do presbitério. Os padres que viveram o Vaticano II sentem-se profundamente desconfortáveis com essa tendência e, até certo ponto, avalizam, literalmente, a situação descrita. Apesar dos juramentos de fidelidade amorosa aos bispos – vivida e sentida por eles até mesmo por conta do próprio Concílio Vaticano II – não se sentem representados no “corpo” episcopal. Constituem raras exceções as nomeações episcopais que se identificam com suas aspirações. Mais: constatam, com certo pesar, que os representantes mais brilhantes de sua geração, que poderiam ter dado um novo rumo ao curso da instituição eclesial, deixaram o ministério. Aliás, um fato interessante, de um ponto de vista sociológico, é que o próprio Concílio (entendendo pela palavra menos o fato em si e mais o espírito que suscitou) impediu uma frustração generalizada. Mas não deixou de provocar um diálogo de surdos no interior do presbitério.

O documento de Aparecida mostra consistência ao avaliar os desafios que se colocam. Mas, como foi dito, persiste a tendência a ficar uma resposta alocada no interior de mecanismos e instituições existentes e que, no limite, exigem uma reflexão crítica. Baste como exemplo, o seminário como única instituição formativa. Mais proble-

¹⁰ A distância entre gerações é utilizada na sociologia para analisar as relações entre pais e filhos ou entre grupos nascidos em épocas marcadas por acontecimentos que podem apresentar características diferentes apesar da proximidade espacial ou cronológica. Tal distância pode representar rupturas significativas em termos de visão de mundo e comportamentos correspondentes.

mático ainda é o fato da exigência de uma “teologia” exclusiva para os candidatos ao sacerdócio, afastando-os do mundo dos leigos. Há por trás a pressuposição de que os destinos do mundo se decidem à sombra dos campanários e no interior das sacristias. Reflexo do sonho de refazer a unidade da fé cimentando uma sociedade cristã, de caráter monolítico no momento em que, como foi dito, o Cristianismo é desafiado pela subjetivização religiosa.

O documento de Aparecida caracteriza os jovens como vítimas da influência negativa da cultura pós-moderna: os meios de comunicação trazem consigo uma “fragmentação da personalidade”; geram a dificuldade de assumir compromissos definitivos; provocam a ausência de maturidade humana e o enfraquecimento da identidade espiritual (nº 318). Refere-se aos seminários e exige que os formadores propiciem um clima de liberdade e responsabilidade pessoal, evitando criar ambientes artificiais ou itinerários impostos (nº 322). O que não se enxerga é que o próprio seminário é um ambiente artificial. Lugar de vigilância e disciplina numa cultura nômade, tribal em que as associações se fazem em torno não mais de causalidades e finalidades mecânicas (como na modernidade). O estar-juntos não é mais cimentado ou legitimado por um ser supremo, seja Deus, seja o Estado, a Instituição, o Indivíduo, enfim os grandes referenciais da vida social, mas é o sentido de um instante partilhado em torno a valores de cunho politésta. É aqui que a vida se estetiza, que a ética se traduz em estética. Nada de negativo nisso. Maffesoli vê mesmo nessa cultura (juvenil) uma forma de reação à unidimensionalidade econômico-tecnocrática. Não se trata de assumir este ponto de vista, mas de ser menos moralista quando se toma consciência de que o tempo de seminário, mais do que educação a uma obediência consciente e responsável, conduz a uma submissão puramente retórica. Essa cultura radicaliza ainda mais o generation gap acima referido. A geração do Vaticano II foi capaz de combinar duas virtudes dificilmente conciliáveis, liberdade e obediência. Aprendizado doloroso. Mas constituiu a grandeza desta geração. Carregou consigo o que de melhor se pode esperar do presbítero: ser fiel aos ensinamentos da Igreja sem perder a sensibilidade aos sofrimentos do povo de Deus. Capaz de responder aos anseios da comunidade cristã porque evangelicamente livres e conscientes do caráter sacramental da Igreja como comunhão (obedientes). Respondem sem repetir fórmulas prontas.

Essa mesma liberdade faz com que os presbíteros dessa geração se identifiquem (e dialoguem) com grupos semelhantes. Eles se sentem mais integrados e em diálogo com grupos de outras igrejas (e mesmo não cristãos ou não religiosos) do que com as novas gerações. O que os une entre si e com outros grupos são causas comuns, que, quando tocam os novos presbíteros o fazem de maneira superficial, sem envolvimento profundo. Essa situação traz mais perplexidade que espírito de comunhão e de estímulo mútuo. Um exemplo é o próprio ecumenismo: as políticas ecumênicas oficiais, das instâncias diretivas, não abalaram o diálogo entre grupos interconfessionais. Não se pode idealizar a situação, mas a realidade é que a identificação se dá fora dos quadros do presbitério –que bispo não se queixa da divisão do clero?– uma vez que a instituição perdeu seu caráter sagrado agregador (de cima para baixo).

O Cardeal Claudio Hummes, prefeito da Congregação para o Clero, em encontro da Comissão Nacional de Presbíteros do Brasil, comentava Aparecida e realçava esse desafio da sociedade, por ele definida como “pós-moderna, secularista e laicista, relativista e indiferente à religião”¹¹ e que está na raiz de dois problemas: a queda crescente do número de sacerdotes e a conseqüente sobrecarga do seu trabalho, que se torna “penoso e exigente”¹². A cultura que anima essa sociedade põe como exigência fundamental uma “nova consciência missionária” uma vez que enfrenta uma cultura “urbana, secularizada e consumista, hedonista e filo-transgressiva (...) sempre mais descristianizada, relativista e laicista, quando não abertamente anticristã”¹³. Chama ainda a atenção para a pobreza e a miséria do continente, situando no interior desse quadro o proselitismo neopentecostal. Não estabelece, com razão, nenhuma relação causal entre miséria e pentecostalismo. O problema está no fato de que este é mais ágil e está mais “aparelhado”, de um ponto de vista cultural, para enfrentar o mundo urbano. Basta pensar no pesado aparato burocrático eclesiástico. A paróquia tende a ser um centro de prestação de serviços religiosos.

¹¹ HUMMES, Claudio. Ser presbítero. Em: Presbítero – Discípulo-Missionário de Jesus Cristo na América Latina. Brasília, Edições CNBB, 2008, p.17.

¹² HUMMES, Ib, p. 17.

¹³ Ib, p.19.

O Cardeal Hummes reconhece os abusos ligados à sexualidade, relativizando-os com dados numéricos (1% dos padres) – um índice baixo de “desvios e abusos na conduta moral-sexual”¹⁴. São necessárias, entretanto, duas observações:

- é a imagem da Igreja e do presbítero em particular que é atingida. Imagem já cristalizada na consciência do povo cristão e, de um ponto de vista antropológico, fator necessário de identidade e aceitação social. No limite, sua quebra pode levar ao que Goffman define como estigma, “atributo profundamente depreciativo”¹⁵;
- o próprio cardeal observa que esses fatos são “muito destacados e superdimensionados pela mídia”¹⁶, o que torna a questão numérica relevante. O mesmo Goffman mostra como o estigma pode tornar o indivíduo desacreditado e desacreditável face à transformação de qualidades tornadas “expectativas normativas” e “exigências apresentadas de modo rigoroso”. Cria um fosso entre a “identidade social virtual” e a “identidade social real” e seu efeito sobre o indivíduo e o grupo ao qual pertence pode ser devastador, pois faz dele uma “pessoa estragada e diminuída”¹⁷.

E aqui reside outro aspecto dos desafios/dilemas apontados: a Igreja não é mais dona de seu discurso, nem pode controlar as consequências sociais que ele provoca; mais, como referido atrás, as instituições veneráveis perderam sua aura. O presbítero é reduzido a um “produto midiático”, a um fato. Não é reconhecido como portador de uma verdade transcendente. Aquelas verdades, que na sociologia, como a de Durkeim, eram vistas como capazes de funcionar como representações coletivas, agregadoras, integradoras da sociedade; as visões de mundo, que nas sociedades tradicionais eram capazes de criar uma consciência coletiva¹⁸, perdem consistência num mundo

¹⁴ *Ib* p.17.

¹⁵ GOFFMAN, Erving. *Estigma. Notas sobre a manipulação da identidade social deteriorada*. Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1975, p. 13.

¹⁶ HUMMES, o.c. p.17.

¹⁷ GOFFMAN, o.c. p. 12.

¹⁸ Pizzorno elabora uma discussão consistente sobre as categorias de consciência coletiva e representações coletivas de acordo com as transformações histórico-sociais. (PIZZORNO, Alessandro. *Uma leitura atual de Durkeim*. Em: COHN, Gabriel (org.). *Para ler os clássicos*. Rio de Janeiro, Livros Técnicos e Científicos Editora, 1977).



marcado pela liquidez: amor líquido, vida líquida vida para consumo, tempos líquidos, medo líquido¹⁹.

Falando dos padres do novo milênio, o vaticanista Marco Politi diz que “eles sonham com uma Igreja distante dos palácios, mas principalmente que sejam ouvidos por uma hierarquia eclesiástica que parece distante”. Sentem a necessidade de não se “fazer fagocitar por um trabalho de tipo empregatício”. Os que idealizavam uma Igreja na qual o padre é “adorado e venerado” dão-se conta da dificuldade de se relacionar com a sociedade. Mas, nota Politi, as maiores queixas se referem ao ambiente interno eclesiástico. Ai vê competitividade e inveja entre os seus próprios irmãos. O fato de não ter coragem de levar à frente o Concílio com uma escolha firme e decidida criou uma situação “ambígua e confusa”. Queixam-se da hierarquia que “tende a sufocar” a discussão dos problemas. Um padre diz, dirigindo-se imaginariamente aos bispos: “deixem explodir antes que a situação se torne insustentável. Deixem surgir e florescer aqueles que são os verdadeiros problemas que afligem as paróquias, os sacerdotes, os leigos, tudo”²⁰.

O texto se refere, de modo específico, à situação na Europa em processo de crescimento da indiferença religiosa. Talvez se possa dizer que numa situação de um continente satisfeito consigo mesmo o sacerdócio atraia como profecia; num continente religioso marcado pela desigualdade e pobreza, o sacerdócio é ainda um dos canais de ascensão social.

Qual o desafio que se apresenta aqui: vale mais uma vez a referência ao generation gap. Os novos padres tendem à preocupação consigo mesmo, dando a impressão de uma submissão ao bispo puramente retórica. A geração antiga sente-se diretamente atingida pela dureza da burocracia eclesiástica –que age por decretos e documentos– face às situações concretas que enfrentam no exercício do ministério. Há uma espécie de consciência “prensada” entre a obediência ao magistério e a realidade complexa do povo que leva seus problemas ao padre.

¹⁹ São títulos de livros de um arguto analista da sociedade pós-moderna, Bauman.

²⁰ POLITI, Marco. Menos solidão e mais abertura à vida: os sonhos dos padres no novo milênio. Em: www.ihu.unisinos.br Consultado em 20/02/2010.

Considerações adicionais

Tanto o documento de Aparecida quanto o comentário do Cardeal Hummes se referem à fragmentação da personalidade. Uma expressão que merece um tratamento mais detalhado. Problema que atinge de modo particular os presbíteros, independentemente de idade. Essa fragmentação está estreitamente vinculada à noção de estilo de vida. Descrever o “novo clero” ou os desafios que se colocam ao presbitério de maneira puramente descritiva e genérica, além de ser injusto com muitos padres heróicos e santos, poderia induzir a uma reflexão puramente moralista. Evidentemente os padres e grande parte dos fiéis (ai incluídos os de outras denominações cristãs oriundas da Reforma) se perguntam, não de maneira retórica mas “experencial”, o que significam as canonizações de Balaguer, fundador o Opus Dei, a beatificação de Pio IX e o engavetamento das causas da canonização de João XXIII e dos mártires latino-americanos. Isso lhes concerne diretamente, na medida em que as canonizações (hoje tornadas cada vez mais insignificantes) representam a sacralização de um modelo histórico de ser cristão (e nos casos citados, de ser padre). Concretamente representam propostas de um modo de estar no mundo; de como se ver a si mesmo e de ser visto pelos que cercam. Em uma palavra, são referências de identidade²¹. São “biografias exemplares”, no caso, contrastantes entre si.

Em primeiro lugar é preciso olhar que a modernidade, na linguagem de Weber, fechou a porta dos mosteiros e desceu às questões terrenas. Criou um mundo de “complexos significativos”, reduzindo a religião a um elemento entre outros. Não mais o elemento definidor da identidade²² o universo de sentido totalizante de si mesmo, da história e da sociedade.

A perda de referentes, na cultura pós-moderna, leva ao consumo, constituindo, como diz Featherstone, sua “tendência imanente”²³. A cultura torna-se o “centro da vida social”, embora se trate de uma

²¹ Em sentido antropológico-cultural.

²² Existe muitas discussões entre os cientistas sociais sobre a validade do uso do termo. Sem ignorá-las, para o tema em questão o termo é pertinente.

²³ FEATHERSTONE, Mike. Cultura de consumo e pós-modernismo, São Paulo, Studio Nobel, 2003, p. 160.

“cultura fragmentada e continuamente reprocessada”²⁴. O risco é definirmos essa complexidade, feita de re-arranjos e articulações em contínuo movimento, uma tendência ontologicamente definida –consumismo– e daí tirarmos conclusões de cunho moralizante.

O estilo de vida constitui uma forma de se definir no interior desta realidade. Não é apenas apetite, desejo, identificação com modismos passageiros. Na medida em que não há uma identidade definida a partir de valores transcendentais ocorre, de um lado, a busca da competição, igualização, e imitação; de outro, a diferenciação, individualização e distinção. O estilo de vida surge como “um conjunto mais ou menos integrado de práticas que um indivíduo abraça, não só porque essas práticas preenchem necessidades utilitárias, mas porque dão forma material a uma narrativa particular da auto-identidade”, capaz de conferir, na expressão de Giddens, um sentido de unidade entre várias atividades e dar a sensação de “segurança ontológica”²⁵. Uma noção que tem origem na sociologia de Weber, só que radicalmente modificada. “A nobreza não come, não dorme, não se diverte, não se senta ou não se lava em comum com o resto da população. Ela se veste de um modo distinto, assegurando muitas vezes leis suntuárias pra limitar a imitação, insistindo numa etiqueta que enfatiza sua superioridade”²⁶. O estilo de vida obedecia ao lugar social outorgado por laços de sangue. No mundo pós-moderno é um lugar social adotado. Constituído por hábitos e convenções “reflexivamente abertas à mudança à luz da auto-identidade”²⁷. Esta se constitui num processo de contínuo fazer e refazer – “não temos escolha senão escolher”²⁸.

O desenvolvimento científico e tecnológico, cada vez mais especializado, questiona continuamente a experiência que se tem de si mesmo. Sistemas especializados de conhecimento passam a influenciar o comportamento cotidiano. Há conselheiros para tudo. O próprio corpo se torna uma questão de escolhas e opções. Quando se pensa

²⁴ 23 lb, p.160.

²⁵ GIDDENS, Anthony. Modernidade e identidade. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 2002, p. 80.

²⁶ COX, Oliver Cromwell. Estamentos. Em: IANNI, Octavio. Teorias de estratificação social, São Paulo, Cia. Editora Nacional, 1973, p. 247.

²⁷ GIDDENS, o.c. p.80.

²⁸ GIDDENS, o.c. p. 79.

na batalha das feministas na questão do aborto, por exemplo, na sua visão está em jogo “ser dona do próprio corpo”. E isso inclui não só a beleza, a cirurgia plástica, a engenharia genética, mas a aceitação das próprias limitações, sobretudo a experiência-limite, a doença e a morte. A vida individual torna-se cada vez mais descolada de considerações mais profundas ligadas à ética e à situação humana de finitude. Mais ainda, estas também tendem a flutuar, obedecendo até certo ponto, ao ritmo ditado pela ação de sistemas de conhecimento altamente abstrato que especialistas transformam em receitas para se estar em dia consigo mesmo. Um grupo que alargando uma expressão de Bourdieu, constitui os “novos intermediários culturais”²⁹.

Não é necessariamente o mundo universitário que prepara os intermediários culturais. No campo religioso, marcado pelo pluralismo, de caráter competitivo, “especialistas” religiosos surgem de toda a parte eliminando a relativa correspondência de mundos que o padre vivia numa sociedade tradicional: igreja, família, escola, trabalho se reforçavam mutuamente. Mesmo quando estão no mundo universitário os seminaristas são segregados. Vivem nele mas não se integram nele. Aqueles que o fazem tendem a ser mal vistos pelos próprios companheiros. Sua participação nas causas comuns dos estudantes (movimento estudantil) é vista como agitação e indisciplina. Fenômeno oposto ao dos anos 60/70, quando muitos institutos, embora não inseridos em instituições universitárias, envolviam-se no movimento estudantil. Para os padres remanescentes desta época, este é mais um fator que acentua o generation gap. Os outros campos do saber tendem a ser vistos num prisma concorrencial, de caráter ideológico, o que ocorre sobretudo no curso de filosofia, no qual se pode observar “uma tendência muito significativa de “defesa do seu mundo”³⁰. Defesa marcada, seja pela busca de autores cristãos ou próximos e pela “incorporação” dos modernos e contemporâneos como apologetas contra si mesmos: “A verdade é idêntica a um lugar, isolado do mundo, mas dotado em sua literalidade de uma escrita, no interior da transparência de uma instituição, e na imediaticidade da experiência”³¹.

²⁹ Noção de Bourdieu, aplicada ao campo da arte e que aqui aparece ampliada para o campo cultural amplo. (BOURDIEU, Pierre. *La distinction. Critique sociale du jugement*, Paris, Minuit, 1979).

³⁰ BENEDETTI, Luiz Roberto. *Leitura sociológica*. Em: VALLE, Edênio. *Padre, você é feliz?*, CNBB/Loyola, 2004, p. 70.

³¹ CERTAU, Michel de. *La faiblesse de croire*. Paris, Seuil, 1987, p. 230.

Há ainda um fator que torna mais agudo o desafio: a queda no nível educacional brasileiro é alarmante e tem reflexos imediatos sobre a formação sacerdotal. A insegurança leva à defesa do próprio mundo, como já foi dito atrás, e faz com que se estiole qualquer esforço de provocar uma reflexão mais aprofundada. Às vezes os próprios bispos dizem precisar de pastores, não de intelectuais, sem perceber que o discurso clerical se torna cada vez mais irrelevante. Isso, somado a uma submissão meramente retórica e à adesão ao estilo de vida pós-moderno, constitui um dilema: número ou qualidade?

Saídas

O documento de Aparecida pede presbíteros missionários. Nada mais distante de um espírito missionário que a ação meramente burocrática. A grande marca do Vaticano II foi colocar a Igreja toda em estado de missão. Unir todas as forças, identificar-se com um projeto significativo que tinha algo a dizer ao mundo e o fazia com alegria. Mas é um ganho histórico situado. Com o tempo ele se torna um fato, não mais um espírito. Uma coleção de documentos e normas não mais exigência de vida em prontidão contínua para responder aos sinais dos tempos. E os tempos hoje padecem do fenômeno conhecido como aceleração. A rapidez das mudanças pode ser considerada “a mudança”. E ela pode criar os que se refugiam no passado ou os “resistentes”, também tentados pelo desânimo. E ameaçados pelo cansaço.

A paróquia constitui-se como campo praticamente único e exclusivo do exercício ministerial. As experiências históricas que vieram depois do Concílio foram abandonadas sem que delas se fizesse uma avaliação serena. As coisas chegaram a tal ponto que uma simples volta (no documento de Aparecida) ao método ver-julgar-agir, da Ação Católica especializada, foi considerada quase uma “revolução”. Não seria hora de uma retomada de experiências históricas ignoradas pelo Código de Direito Canônico serem analisadas com serenidade e isenção? O caso mais flagrante, o das comunidades de base, serem olhadas sem preconceito, mesmo as “underground churches” da Europa e Estados Unidos? As da América Latina foram vítimas de um preconceito que projetava sobre elas o que acontecia lá. E pagaram um preço caro. A vida religiosa “inserida” nos meios populares deu lugar aos conventos. Grandes e vazios!

No fundo o que ocorre é um grande equívoco. O de acreditar no poder absoluto de doutrinas mudarem o mundo. Isso serve para justificar o medo tanto os que defendem o status quo, como os que lutam por mudanças. Sem ignorar o seu papel, sem diminuir o do poder central –e no caso da Igreja a comunhão como exigência– nenhuma mudança vem de cima. Não serão decretos que responderão aos desafios. É preciso dar passos pequenos e consistentes nas formas de presença da Igreja na sociedade, na estruturação das funções ministeriais, na catequese lenta e penosa –pode-se ver Bento XVI como um papa que não acredita em catolicismo massivo!– em pequenos grupos aonde formas novas de ministério irão emergindo. Um olhar sereno sobre a dignidade dos “padres casados” não deve ceder lugar à complacência humilhante de que são vítimas?

A paróquia absorve o padre e, na maioria dos casos, em tarefas burocráticas. Nos tempos do Concílio –entenda-se antes, durante e depois– havia os padres “liberados”. Eles se dedicavam a tarefas específicas de acordo com seu temperamento e suas habilidades: ocupavam-se das chamadas pastorais específicas. Animavam os leigos que se dispunham a trabalhar com doentes, prisioneiros, estudantes, operários, professores...

O secretário da CEI (Conferência Episcopal Italiana), ao convidar os padres a um empenho no anúncio da Palavra de Deus, usava termos como “mistura insípida” e “melaço” para falar do púlpito. Falava de pesquisas disponíveis mostrando que as pessoas que vão à missa, lembram com dificuldade a pregação ouvida: “damos a impressão de recitar uma lição aprendida de memória (...). As palavras passam sobre a cabeça sem entrar na vida, repercutem nos ouvidos sem entrar no coração. Somos mestres, e nem mesmo bons, mas não somos testemunhas. As pessoas ouvem, mas não se convencem e não mudam por consequência a sua própria vida” repetia o Cardeal Silvano Piovaneli arcebispo emérito de Florença³².

A causa principal é a relutância do clero em assumir que o mundo ao qual dirige suas pregações “não é mais uma cristandade” e a

³² POLITI, Marco. Menos solidão e mais abertura à vida: os sonhos dos padres no novo milênio. Site www.ihu.unisinos.br, consultado em 13/01/2010.



“linguagem cristã não coincide mais, se é que alguma vez coincidiu, com a linguagem dominante na sociedade”³³.

A pregação torna-se serial. Sobrecarregado por três a quatro missas nos finais de semana, atendimentos a pessoas que trabalham e não podem procurar o padre ao longo da semana, os problemas de toda ordem que afligem os que o procuram, o cuidado dos enfermos, enfim a sobrecarga de trabalho é posta como sendo a raiz do problema. Deixou-se de lado o que o Cardeal Martini fez em Milão, seguindo as diretivas do Concílio: aprofundamento bíblico da comunidade cristã: uma Igreja tornada pequeno rebanho tem como tarefa formar convicções e consciências, não de “organizar manifestações”. Embora o Concílio tivesse recomendado o ministério da Palavra aos leigos, na realidade ele é “privilégio” dos padres.

Talvez seja esta a razão de Aparecida enfatizar a seriedade da formação dos novos presbíteros: “formação intelectual séria e profunda, no campo da filosofia, das ciências humanas, e especialmente da teologia e da missiologia, a fim de que o futuro sacerdote aprenda a anunciar a fé em toda a sua integridade, fiel ao Magistério da Igreja, com atenção crítica atento ao contexto cultural de nosso tempo e às grandes conquistas de pensamento e de conduta que deverá evangelizar”³⁴. Pode-se terminar com uma pergunta: é possível concretizar tudo isso formando fora do mundo, de suas dores e esperanças? Refugiando-se no passado para escapar às vertigens de uma mudança de época? Sobram perguntas. A solução de quaisquer desafios passa pelo seu reconhecimento.

³³ Ib.

³⁴ Documento de Aparecida, nº 323.

El compromiso misionero del Presbítero

Pbro. Lic. Víctor M. Ruano Pineda*

Sumario

El autor sitúa el compromiso misionero del presbítero en el contexto de la transformación cultural que estamos viviendo, al mismo tiempo que desarrolla algunos aspectos del ministerio sacerdotal que parten de la premisa: Sin seguimiento de Cristo no hay misión. En efecto, discipulado y misión, son dos dimensiones de la misma realidad que se despliegan en dos horizontes: Iglesia y mundo. En la Iglesia, la misión del presbítero se realiza en vistas a su construcción mediante la Palabra y la Eucaristía y a la consolidación de la identidad cristiana de las comunidades; en el mundo, el compromiso misionero es servicio para la humanidad que se realiza desde los pobres y le apuesta a una sociedad diferente. El artículo concluye poniendo al presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente para que sea signo del Reino en el mundo.

Palabras clave: Cambio cultural, mundo, humanidad, misión, presbítero, seguimiento, Iglesia, Cristo.

* Presbítero de la Diócesis de Jalapa. Licenciado en sociología por la universidad Gregoriana de Roma. Párroco de San Cristóbal, Jutiapa-Guatemala. pvictorr@hotmail.com



The missionary commitment of priests

Summary

The author places the missionary commitment of the presbyter in the context of the cultural transformation through what we are living, at the same time as he develops some aspects of the priestly department that depart from the premise: without follow-up of Christ there is no mission. In effect, pupils and mission, they are two dimensions of the same reality that deploy in two horizons: church and world.

In the church, the mission of the presbyter is done in view of his construction through the word and the Eucharist and the consolidation of the Christian identity of the communities. In the world, the missionary commitment is a service for the humanity which is carries out from the poor and that bets for a different society. This reading concludes by putting the presbyter to the service of a Church in permanent mission in order to be sign of the Kingdom of the world.

Keywords: Cultural change, world, humanity, mission, presbyter, follow-up, Church, Christ.



Introducción

En las circunstancias actuales del mundo y de la Iglesia, el compromiso misionero del presbítero es todo un desafío y una tarea destinados a renovar su vida y su ministerio. La magnitud de este reto se hace más apremiante en el contexto de las profundas transformaciones culturales que están aconteciendo en el mundo y son de “un alcance global” (DA 34); y sobre todo, ejercen una poderosa influencia en la Iglesia, en sus miembros, particularmente en los presbíteros.

Por eso, en el presente trabajo, partimos situando el compromiso misionero del presbítero dentro del proceso de esa mutación histórica “marcada por grandes cambios que afectan profundamente su vida y la de los pueblos latinoamericano y caribeño (DA 33); al mismo tiempo que lo ubicamos en la perspectiva de la invitación permanente de Jesús de navegar “a la otra orilla”. En segundo lugar, nuestra reflexión se centra en algunos aspectos del ministerio del presbítero en clave misionera, hacia la Iglesia y el mundo, sobre la base de que sin seguimiento no hay misión; para concluir, esboza la imagen del presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente.

1. En un contexto de cambios, navegar “a la otra orilla”

Nuestra reflexión sobre el compromiso misionero del presbítero parte del hecho que vivimos una mutación histórica de “alcance global” (DA 34) y de carácter “cultural” (DA 44). En ese contexto situamos la invitación de Jesús a sus discípulos para navegar “a la otra orilla”, afrontando tempestades que zarandean la frágil barca de la Iglesia y la sociedad entera, provocando nuevos desafíos y nuevas exigencias en el ejercicio de la misión del presbítero.

En una realidad de grandes cambios...

Si “la pastoral -como afirman los obispos en Aparecida- no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros”; de igual manera, el ser y el quehacer misionero del ministerio sacerdotal tampoco puede ejercerse al margen de la transformación cultural que se da actualmente en el mundo. “Vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural” (DA 44). Este cambio epocal y estos cambios socio-culturales representan nuevos desafíos, tanto para la Iglesia como para sus presbíteros en el ejercicio del ministerio (DA 367).

En el contexto latinoamericano y caribeño los cambios culturales adquieren dimensiones inéditas y complejas porque se amalgaman elementos de una sociedad tradicional, presentes, sobre todo, en el vasto mundo rural marginado y excluido, y rasgos de la cultura moderna y posmoderna, presentes especialmente en las grandes urbes con sus contrastes y lacerantes desigualdades.

En efecto, al contemplar el panorama sociocultural actual del continente se aprecia cómo los paradigmas de la sociedad pre-moderna e incluso de la cultura industrial conviven con la cultura del conocimiento y de la información, productos de la ciencia y la técnica. Estos cambios culturales, en los países desarrollados, han venido aconteciendo a lo largo de cuatro siglos, pero en las jóvenes naciones latinoamericanas irrumpen de un solo golpe, ofreciendo un situación verdaderamente compleja y desafiante para el compromiso misionero del presbítero, que le exigen lucidez, discernimiento y audacia¹.

Esta nueva realidad suscita nuevos acentos o rasgos en la configuración del perfil sacerdotal, tales como: un hombre “del mundo” compenetrado de la cultura contemporánea, serenamente crítico de la realidad en la que vive, sinceramente dialogante en un mundo más democrático y pluralista, auténticamente humano de modo que nada humano le sea ajeno, entrañablemente espiritual como hombre “impulsado por el Espíritu, impregnado del verdadero sentido de

¹ Cf. ESPEJA, Jesús. La conversión pastoral como cambio de paradigmas, métodos y lenguajes. En: Medellín. Bogotá. Vol. 34, n.134. (jun. 2008); p. 281.

Dios. Además, todo un “hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades” (DA 198).

América Latina y El Caribe, desde los años 90 hasta esta primera década del nuevo milenio, han visto cómo **“muchas cosas han cambiado en la sociedad”**, según lo afirmó Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de Aparecida. Estos cambios, como ya hemos apuntado “son profundos” porque dan origen “a nuevas culturas”, las cuales van “imponiendo un nuevo lenguaje y una nueva simbología” (DA 510), que exigen del presbítero apertura a nuevos valores y nuevas sensibilidades sobre todo en su relación con los jóvenes, los pobres, la mujer y la ecología.

Además, la naturaleza cultural de dichos cambios, da origen al surgimiento de “nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse; son productores y actores de la nueva cultura” (DA 51). Es aquí donde está el más grande desafío que debe asumir el presbítero hoy; es decir, estar a la altura, con la fuerza del evangelio, con la claridad de la identidad teológica de su ministerio para saber insertarse en la cultura actual. (Cfr. DA 192) y de ese modo responder adecuadamente al profundo cambio cultural que progresivamente se extienden al universo entero².

Esta realidad, a todas luces nueva, demanda la presencia de un presbítero con la capacidad y la sensibilidad para saber interactuar con esos “nuevos sujetos” y leer, discernir e interpretar esos nuevos “estilos de vida”, de modo que se pueda sembrar la semilla del evangelio en los procesos mismos de esta transformación cultural.

En la sociedad actual “coexisten binomios que la desafían cotidianamente: tradición-modernidad, globalidad-particularidad, inclusión-exclusión, personalización-despersonalización, lenguaje secular-lenguaje religioso, homogeneidad-pluralidad, cultura urbana-pluriculturalismo” (DA 512). Estos desafíos aumentan la complejidad del momento actual para el cual el presbítero no está debidamente

² Gaudium et spes, 4.

preparado. Es necesario ponerse en actitud de aprendizaje y de apertura a esas nuevas realidades que requieren un talante, una capacidad de mente serena y abierta, siempre disponible al dialogo y respetuoso de lo diverso. Actitudes autoritarias, generarían una lamentable fractura entre el pastor y su pueblo, entre el presbítero y su entorno cultural, entre la Iglesia y la cultura.

Asistimos pues a “complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida” (DA 511), que requieren un presbítero con capacidad para diseñar e impulsar procesos pastorales misioneros que partan del análisis objetivo, analítico y pastoral de esas “complejas transformaciones” que están aconteciendo.

De igual manera hay que estar atentos al fenómeno que algunos han llamado “modernidad periférica”; es decir, la irrupción de valores que vienen de la modernidad, tales como el reclamo de libertad y autonomía, el subjetivismo y el individualismo; mientras permanece la situación de injusticia institucionalizada, de lacerantes desigualdades socioeconómicas, de grandes mayorías confinadas a la exclusión y de situaciones de miseria que llevan a la muerte prematura de niños, principalmente³.

En el contexto de esa dinámica tan compleja, hoy más que nunca se requiere de presbíteros con la capacidad de discernir la cultura actual con sus luces y sombras; capaces de “considerarla con empatía” para comprenderla, jamás para condenarla *a priori*; pero también con una actitud “crítica para distinguir lo que en ella es fruto de la limitación humana y lo que es expresión del pecado”. La Iglesia junto con sus presbíteros se inserta en la cultura actual donde se dan “muchos y sucesivos cambios, provocados por nuevos conocimientos y descubrimientos de la ciencia y de la técnica”, que llegan a constituir una permanente interpelación a la opción de vida evangélica y sus valores (Cf. DA 479).

Ciertamente “la revolución tecnológica y los procesos de globalización van configurando el mundo actual como una gran cultura

³ ESPEJA, Jesús, Op. Cit., p. 281.

mediática". Este fenómeno exige "una gran capacidad para reconocer los nuevos lenguajes", las nuevas sensibilidades, los nuevos valores que pueden ayudar a una mayor humanización de la sociedad global. El presbítero con una viva conciencia misionera no puede ser indiferente ni muchos menos desconocer esa realidad (Cf. DA 484).

...ser capaz de navegar a la "otra orilla"...

En una época de grandes cambios no hay que temer emprender la marcha hacia "la otra orilla". En efecto, el compromiso misionero del presbítero se puede expresar con la imagen de una barca en posición de zarpar hacia la "otra orilla", con la audacia de navegar en aguas profundas para insertarse a fondo en la cultura actual, y "sembrar en ella la semilla del Evangelio" (DA 194). Navegar con la determinación de llegar a la "otra orilla" (Mc 4,35) de cada ser humano y de su entorno cultural. Ese fue precisamente el llamado que hicieron los obispos en Aparecida al exhortarnos a llevar: "nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas" (DA 551).

Es Jesús quien llama a emprender esa travesía, que no es nada fácil, como no lo fue para los discípulos. El llamado de Jesús es para enfrentar los desafíos de la experiencia misionera en el nuevo contexto cultural de hoy, que pone a prueba la madurez de la fe y la solidez del encuentro personal con Él; es para asumir los riesgos del mar, que en la mentalidad judía simbolizaba el mal, igualmente presente hoy; para enfrentar los peligros del viento fuerte, que era entendido como obra de los espíritus malignos impidiendo que el Reino de Dios llegara a los paganos.

El compromiso misionero del presbítero implica la capacidad de salir desde la comodidad de la propia "orilla" conocida hacia "la otra orilla" desconocida para compartir el don del encuentro con Cristo que da un verdadero sentido a la vida. Esa experiencia pone a prueba el dinamismo de la esperanza que lo sostiene y la profundidad de la experiencia de Dios que va aquilatando en el ejercicio de su ministerio.

Sin embargo, ante los desafíos de la sociedad contemporánea, es posible que se resquebraje su fe y se debilite su esperanza, como sucedió con los discípulos en medio de la tempestad, pero es preferible experimentar esa fragilidad y limitación, a seguir adelante con una fe ingenua y desencarnada, que no tiene la fuerza ni la audacia para enfrentar la adversidad y los nuevos retos de hoy. Por eso, navegar con Jesús, hacia “la otra orilla” se convierte en la oportunidad para “recomenzar desde Cristo” (DA 12), imprimiéndole a la existencia la audacia y el sentido de orientación que vienen de la fe y de la esperanza puesta en él, quien garantiza su presencia “siempre, hasta el fin del mundo” (Mt 28,29). Sólo así no se pierde el punto de llegada en medio de las tempestades que se abaten sobre la Iglesia y el mundo.

...Afrontando tempestades

En una realidad de grandes cambios, urge navegar “a la otra orilla”, incluso si hay que encontrar tempestades. Ahora bien, ¿Qué tempestades enfrenta nuestro mundo? Nuestra sociedad contemporánea se ve sacudida actualmente por las consecuencias de la crisis financiera, alimentaria, ecológica y energética, entre otras, consecuencia del sistema neoliberal-capitalista salvaje y deshumanizante que va dejando millones de personas tiradas por el camino en calidad de “desechables”. Todo esto es el reflejo de una crisis más aguda y profunda de carácter ético y religioso que va erosionando “la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios”, llegando hasta el extremo de excluir a Dios del horizonte de la vida personal, familiar y social (DA 44).

Por su parte, también nuestra Iglesia se ve azotada por tempestades no menos peligrosas: pérdida de identidad en un mundo cada vez más plural, fragilidad de su dimensión profética en un mundo injusto y desigual, desencanto pastoral y cansancio existencial de muchos de sus miembros que no logran impulsar con creatividad y entusiasmo la misión evangelizadora, repliegue de sus fuerzas vivas ante los desafíos del mundo, “intentos de volver a una cierto tipo de eclesiología y espiritualidad contrarios a la renovación del Concilio Vaticano II” (DA 100 a).

Aparecida, recogiendo unas palabras del actual Pontífice, cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe,

dice que “nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (DA 12).

El presbítero, en medio de esas tempestades corre el peligro de perder el sentido de orientación y el punto de llegada. El punto de llegada es “la otra orilla”, donde se encuentran los hombres y mujeres que han perdido el sentido de la vida, o están atrapados por la fuerza seductora de los ídolos del poder, la riqueza y el placer, o se alejaron de Cristo y de la Iglesia. También lo es donde están los pobres y excluidos; las víctimas de la violencia, del secuestro, de la corrupción, del narcotráfico y del crimen organizado.

El compromiso misionero del presbítero, como esa experiencia de ir a la “otra orilla”, comporta la tarea de levantar la vista hacia horizontes nuevos y hacia retos inéditos “en esta hora histórica de desafíos” (DA 98) en que Dios camina con su pueblo porque quiere que todos los hombres y mujeres, todos los pueblos y culturas, experimenten la salvación y la liberación para llegar a la experiencia iluminadora de la Verdad, aquella *Verdad* que tiene un rostro, que es Jesucristo, *Camino, Verdad y Vida*. Camino que hay que andar en el amor, en el servicio y en la entrega de la vida para que los demás tengan vida; *Verdad* que libera de toda deshumanización y esclavitud; y *Vida* en abundancia para todos. De tal manera que el compromiso del presbítero no es otro que el “de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de unidad y de paz”⁴.

Es participar de la misión de Jesucristo. “Creemos que únicamente Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, puede iluminar y transformar esta realidad de muerte, haciendo posible que los hombres y mujeres de hoy se conviertan, por medio del esfuerzo misionero de la Iglesia, y puedan así *someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de la vida* (DA 366) para crear una sociedad justa, solidaria, humana y fraterna”⁵.

⁴ Benedicto XVI, Mensaje de la Jornada Mundial de las Misiones 2009. Op. cit.

⁵ CABRERA OVALLE, Julio, *Santas misiones populares para una misión permanente. Un nuevo Pentecostés en la Diócesis de Jalapa. Convocatoria de Mons. Julio Cabrera Ovalle a la Misión Continental. Adviento de 2009*, n 2.

2. Del seguimiento de Cristo a la misión en la iglesia y el mundo

Después de haber esbozado el contexto y la perspectiva en la que ubicamos el compromiso misionero del presbítero, centramos ahora nuestra reflexión en algunos aspectos sobre el ministerio del presbítero que van desde el seguimiento de Cristo, a la misión en la Iglesia y el mundo.

Estos aspectos parten de la premisa que sin seguimiento y configuración con Cristo no hay misión. Discipulado y misión son una misma realidad en la vida y ministerio sacerdotal. A partir de este dato la misión del presbítero se despliega en dos horizontes: Iglesia y mundo. En cuanto al primero, su misión se orienta a la edificación de la Iglesia y a la consolidación de la identidad cristiana de las comunidades; en cuanto al segundo, la misión del presbítero es para la humanidad, se inserta en el mundo de los pobres y le apuesta a una sociedad diferente.

Seguimiento, configuración y misión

Sin seguimiento y configuración con el Maestro no hay envío para “anunciar el Evangelio del Reino de la vida” bajo la animación del Espíritu Santo. Ese es el núcleo inspirador que ofrece Aparecida al desarrollar “la vocación de los discípulos misioneros a la santidad”, en el capítulo cuarto del Documento Conclusivo (DA 129-153).

O Dicho con palabras del Papa Benedicto XVI pronunciadas en Aparecida: “Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva” (DA 146).

Se plantea aquí una unión intrínseca entre vida evangélica y acción misionera y evangelizadora, donde los sacerdotes “son compañeros, pero siendo seguidores; predicán, pero siendo enseñados; proclaman, pero siendo testigos; guían, pero siendo hermanos y amigos del único Pastor”⁶.

⁶ LEGIDO, M.: El Ejercicio del ministerio presbiteral y la espiritualidad. En: Espiritualidad del presbítero diocesano secular (Simposio) Madrid: Edice, 1987.

El presbítero discípulo misionero es el seguidor de Jesús por una invitación salida del mismo Jesús, pues el Señor llama a encontrarse con Él y a vincularse estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida (Cf. Jn 15, 5-15) y sólo Él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68). (Cf. DA 131). De este modo se establece una relación única, más fundamental que las relaciones familiares o entre amigos.

Se da una vinculación a Él con un amor de identificación que impulsa a reproducirlo en la propia existencia. Y al mismo tiempo, con un amor de adhesión por el que invierte en la persona de Jesús su máximo capital de intimidad, de confianza y de fidelidad. Al adherirse a Jesús, el presbítero hace suyos también los valores, la tarea y el destino del Señor (Cfr. Mc 3, 14).

De este modo, el propósito de Jesús al llamar al presbítero a su seguimiento es ante todo para “estar con Él y enviarlo a predicar” (Mc 3, 14), para seguirlo con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión. Se llega a experimentar “que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (DA 131).

El seguimiento convierte al presbítero en un amigo y un hermano de Jesús. Así como dijeron los obispos en Aparecida: “El “amigo” ingresa a su Vida, haciéndola propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir su Vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15, 14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15, 12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20, 17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (cf. Jn 5, 26; 10, 30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10, 10) (DA 132).

Ahora bien, ese seguimiento lleva al presbítero a la configuración o identificación con el Maestro en tres direcciones complementarias que señalan el dinamismo de la pertenencia a Cristo y la belleza de su rostro: Jesús Maestro, Camino, Verdad y Vida. En efecto, “nos identifica con Jesús-Camino, abriéndonos a su misterio de salvación



para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-Vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros “tengan vida en Él” (DA 137).

El proceso de identificación con Cristo pasa por “la centralidad del Mandamiento del amor”, que en la vida y ministerio del presbítero es fundamental porque es la fuente inspiradora de la Caridad Pastoral (Cf. DA 138); se proyecta en la vivencia de las “bienaventuranzas del Reino”, porque es el contenido de su programa pastoral y marca su estilo de vida (DA 138); y se consume en “compartir su destino” y en correr “la misma suerte del Señor”, de modo que en el horizonte de todo presbítero-discípulo estará la cruz, como signo de vida y de un amor crucificado porque nadie ama tanto a sus hermanos como quien da la vida por ellos (Cf. DA 139).

Desde la dinámica del seguimiento del Señor y el proceso de configuración con Él brota la misión del presbítero como pregonero del Evangelio de la Vida. Todo presbítero-discípulo es misionero, “pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es testigo del misterio del Padre, así los discípulos son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma” (DA 144).

Al incrementarse el proceso de identificación con El Señor “crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro”, abriendo amplias perspectivas de realización para su vida y su ministerio puesto que “la misión no se limita a un programa o proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1, 8) (DA 145).

Seguimiento, configuración y misión, son tres realidades en la vida del presbítero animadas por el Espíritu Santo que lo guía y fortalece en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe mediante

los sacramentos, en el pastoreo de la comunidad, en el servicio de la caridad y en una presencia significativa para el mundo.

La misión del presbítero edifica la Iglesia

La misión del presbítero es un servicio de Iglesia y para la Iglesia en cuanto que ella se nutre de la Palabra y la Eucaristía; éste es el servicio primordial que el sacerdote ofrece a la Iglesia; al mismo tiempo que Palabra-Eucaristía es la fuente para que la Iglesia se construya según el designio de Dios y llegue a ser presencia creíble en el mundo.

La entrega misionera del sacerdote, no sólo hace crecer y madurar a la Iglesia mediante la fuerza transformadora de la Palabra y la vida nueva de la Eucaristía, sino que se proyecta a la humanidad para que ésta se desarrolle según el designio amoroso de Dios.

En este sentido es claro el horizonte trazado por Aparecida al anunciar que buscamos “ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía” (Cfr. Mensaje Final).

Por tal motivo, “el alma misionera” del presbítero nace del encuentro con Jesús en la Sagrada Escritura (DA 247), se nutre con el “Pan de la Palabra” (DA. 248), se forja en la “roca de la Palabra de Dios” (DA 247) y se va configurando día a día al estilo de Jesús mediante la Lectio divina (DA 249).

La Eucaristía, por su parte, es escuela de formación misionera para el presbítero, porque es “lugar privilegiado del encuentro” con Cristo, es “fuente inextinguible del impulso misionero” y en ella se fortalece su identidad de presbítero-misionero para “anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido” (DA 252).

Así la Iglesia, mediante el ministerio sacerdotal, se retroalimenta continuamente por la Palabra y su anuncio al mundo se hace profético e iluminador; al mismo tiempo que en la Eucaristía cree, celebra y vive el misterio de Cristo, “de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística” (DA 251).

En este servicio eclesial de la Palabra y la Eucaristía, el presbítero es signo visible de Jesucristo, porque anuncia la Palabra que suscita la fe y conduce al encuentro con Él; al mismo tiempo Cristo actúa en la celebración de los sacramentos. El presbítero ofrece su persona para que Él se haga activamente presente, así como decía San Agustín, en los sacramentos es Cristo quien bautiza, quien reconcilia, quien preside la mesa eucarística.

Ahora bien, el hacer presente a Cristo no es prerrogativa exclusiva del presbítero. La Iglesia entera es el gran signo del Señor. Ella, en su rica diversidad, está llamada a reflejar la variedad de rasgos del rostro de Cristo. Cada discípulo misionero reproduce a Cristo subrayando alguno de sus rasgos: la oración, la inserción en el mundo de los pobres y marginados, la paciencia y el sufrimiento, la formación de discípulos, la relación con las multitudes.

Aparecida lo ha expresado al afirmar que unos contemplan a "Jesús Sumo Sacerdote", hablando de los obispos (DA 186-190); otros lo encarnan como el "Buen Pastor", refiriéndose a los presbíteros (DA 191-200); otros lo muestran como el "Servidor", aludiendo a los diáconos permanentes y transitorios (DA 205-208); otros lo identifican como la "luz del Mundo", hablando de los laicos y laicas (DA 209-215); y otros quedan fascinados porque es el "Testigo del Padre" al abordar la vida de las consagradas y consagrados (DA 216-224).

Ciertamente que los sacerdotes reproducen los rasgos del "Buen Pastor", pero necesitan experimentar el pastoreo de Cristo en sus propias vidas, necesitan ser pastoreados o acompañados por el Señor. Son discípulos antes que educadores de la fe, necesitan de misericordia antes que dar el perdón de Dios, miembros de la grey antes que pastores. Llevan el tesoro del ministerio en vasos de arcilla (2 Cor 4, 7).

La misión del presbítero fortalece la identidad cristiana de las comunidades

En una sociedad que cada día ofrece variedad de ofertas religiosas, desde las más excéntricas y aliadas del status quo hasta las más manipuladoras de las conciencias de las personas y propulsoras de

una mentalidad egoísta, individualista y afanada por la prosperidad económica, la misión del presbítero como garante de la identidad cristiana y evangélica de las comunidades eclesiales, es fundamental.

En un mundo que promueve y celebra el pluralismo en todos sus ámbitos, la identidad cristiana corre peligro. Frente al enorme desafío de las sectas y de una sociedad que se orienta al hedonismo, al secularismo y al materialismo, la tarea del presbítero no sólo será potenciar el dinamismo misionero sino garantizar, mediante el discernimiento continuo, que la Iglesia que va gestándose es idéntica a la Iglesia que quiso Jesús y plantaron los Apóstoles.

Dentro de esas nuevas realidades planteadas hoy, el presbítero orienta sus esfuerzos a comunicar la vida nueva en Cristo a las comunidades, fortaleciéndolas y velando por que ellas, en continuo y servicial intercambio con el mundo, mantengan un estilo cristiano auténtico, sin sucumbir a las influencias exteriores y tentaciones interiores que puedan desvirtuar su fidelidad fundamental.

Aparecida es la propuesta de la Iglesia en América Latina para consolidar la identidad cristiana del pueblo de Dios en todos sus ministerios y carismas, vocaciones y servicios a partir del “acontecimiento de Cristo”, puesto que es el que en definitiva da origen “a ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo: No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 243).

Por eso los esfuerzos de toda la Iglesia, y por ende de todo presbítero, se orientan “a convertir a cada creyente en un discípulo misionero”, esto implica asumir que ha llegado la hora de “desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo” (DA 362). Por lo tanto, el sacerdote como hombre de Iglesia debe mostrar la capacidad “para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Cristo” (DA 14).

En esa perspectiva trazada por Aparecida es donde salta a la vista la perenne actualidad del ministerio presbiteral, porque el riesgo de



perder identidad en las circunstancias actuales es evidente, ya sea en una desbandada o dispersión, “como ovejas sin pastor” (Mc. 6, 34) o en un encerramiento viviendo a “puertas bien cerradas por miedo” (Jn. 20, 19).

Vivimos en una sociedad que al considerarse ya madura y adulta se resiste a ser seducida por el Evangelio y por el estilo de vida de Jesús. Una corriente proveniente de la sociedad va tallando por dentro a los creyentes y modelando a la misma Iglesia. Es necesario saber discernir lo que es propio e impropio de la comunidad de Jesús. El carisma del discernimiento, intensivamente presente en los sacerdotes, es hoy un don imprescindible.

La misión del presbítero es misión para la humanidad

Los aspectos presentados hasta el momento, en este trabajo, atestiguan que el presbítero es un hombre al servicio de las comunidades cristianas, asegurándoles su identidad y fortaleciéndolas con la Palabra y la Eucaristía.

Pero la Iglesia está para el mundo, al servicio de la humanidad; no es una comunidad cerrada y centrada en sí misma. “La misión de la Iglesia es Misión para la humanidad”⁷. La orientación al mundo le es esencial; ella es “la sirvienta de la humanidad”, en la ya conocida expresión de Pablo VI, al clausurar el Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965. Ella ha sido convocada para ser enviada a la familia de toda la humanidad y “sentir con los hombres y mujeres con sus creencias, ideas y proyectos. Empatía de humanidad y solidarios en el mismo camino e historia”⁸. La Iglesia ha sido enviada para realizar la misión de Jesús; evangelizar es su tarea más importante y primordial. Este es el gran servicio que la Iglesia debe a la humanidad. El presbítero se inserta en ese dinamismo. Con su ministerio se debe a la humanidad, vive al servicio de ella como testigo del Dios Amor comunicando la buena nueva del Evangelio y convirtiéndolo en el

⁷ RAMÍREZ Santiago, ofmcap: Dios en la humanidad. Misión de Dios: Una familia de Dios toda la humanidad. Ponencia en el tercer simposio internacional de misionología. (Quito, 8-12 diciembre, 2008).

⁸ Ibid.

“presbítero-misionero” que movido por la caridad pastoral busca a los más alejados (Cf. DA 199).

El impulso misionero y evangelizador de toda la Iglesia es el que pretende reavivar Aparecida, con la participación de todos sus discípulos misioneros, saliendo al “encuentro de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo” (DA 548). Este esfuerzo misionero dará como resultado el nacimiento de comunidades que anuncien y testifiquen a Jesucristo en medio de la actual sociedad secularizada y sean capaces de propiciar su transformación. En esta perspectiva se sitúa también el ejercicio del ministerio presbiteral.

Acompañar a personas y grupos que viven en el mundo empeñados en la humanización de la sociedad y que buscan también humanizar la política, la actividad económica y laboral, así como la educación, la salud, los medios de comunicación social, la empresa, el desarrollo rural, pertenecen a la vocación presbiteral.

Es parte de su carisma activar el dinamismo misionero de sus comunidades y reforzar en ellas el vigor evangelizador. Su condición de “centinela” atento y despierto de la comunidad le exige ser sensible para detectar a tiempo y atajar con energía la tentación comunitaria de replegarse en sí misma y de olvidarse del entorno social en el que está inscrita. Este riesgo está latente siempre en los tiempos actuales que hacen más difícil la misión. En tales circunstancias, corresponde al presbítero recordar con gestos y palabras a la comunidad que ella está enviada “al mundo”, a sumergirse en él para entablar un intercambio evangelizador.

El presbítero no sólo es un “eclesiástico” al servicio de la “institución” que vela por la conservación de la estructura eclesiástica sino “un hombre de Dios” que ha “hecho la experiencia del Dios vivo” (DP 693), “el hombre de Iglesia” al servicio de la comunidad y la comunidad al servicio de la vida del mundo, asumiendo el ejemplo de Cristo que vino a dar vida en abundancia al mundo (Cf. Jun 10, 10). De este modo ayuda a la comunidad cristiana a valorar su vocación secular y a comprometerse en los procesos de humanización

del mundo y de liberación de las estructuras injustas y opresoras; refresca y activa la secularidad de la Iglesia.

Obviamente esta tarea requiere del sacerdote una sensibilidad particular de cara a los “signos de los tiempos” en virtud de la cual se siente arraigado en el mundo y lo ama como lo ama el Señor. El carisma de todo presbítero lleva en sí mismo la capacidad y la exigencia de una sensibilidad tal que lo hace “portador de una Palabra poderosa para transformar la vida personal y social de los hombres de acuerdo con el designio del Padre” (DP 693).

Inserto en el mundo de los pobres, lugar de la misión del presbítero

Tanto en la comunidad eclesial como fuera de ella, en América Latina y El Caribe, el presbítero se encuentra diariamente con lacerantes realidades de miseria y pobreza, encarnadas en el rostro sufriente de los pobres y excluidos, urgiéndolo vivamente a asumir la opción preferencial por los pobres como uno de los rasgos que marquen su fisonomía, así como determina la fisonomía de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña (Cf. DA 39).

El amor preferencial del presbítero por los pobres se fundamenta en el Amor-Fe por Dios que en Cristo “se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos por su pobreza” (DA 392). Esta opción fundamental se traduce en misericordia entrañable para con los pobres “haciéndose cercano al sufrimiento humano, a la pobreza y miseria de los menos favorecidos, a la exclusión y marginación de quienes ven violentados sus derechos humanos, a tantas penas y aflicciones”⁹.

Esta sintonía con los pobres pide del presbítero “madurez humana, espíritu de sacrificio, conocimiento y amor por el Pueblo de Dios; un Dios que se ha “conmovido” de las miserias de la humanidad y nos ha entregado a su Hijo para la redención y restauración verdaderas. Pero se trata de un camino de santificación sacerdotal a

⁹ Conferencia Episcopal de Guatemala. Carta de los Obispos de Guatemala a sus sacerdotes con ocasión del año jubilar sacerdotal 2009-2010. “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. Guatemala: San Pablo, 2009. p. 13.

partir del propio crecimiento en la madurez humana. No podemos quedarnos solamente en la sensibilidad respecto a los problemas de la comunidad; es preciso tender a la "estatura espiritual" del Hombre Nuevo, Cristo, creado en justicia en santidad verdaderas (Cf. Ef 4,24)¹⁰.

Dentro del ámbito de la misión del presbítero entra la capacidad de denuncia e indignación profética para que los responsables de la aflicción y envilecimiento de los pobres vivan su proceso de conversión personal y estructural. Recordemos "que la Iglesia está convocada a ser "abogada de la justicia y defensora de los pobres", ante "intolerables desigualdades sociales y económicas", que "claman al cielo... si no hay esperanza para los pobres, no lo habrá para nadie, ni siquiera para los llamados ricos" (DA 395).

Todas las pobrezas y miserias de la gente deben resonar en el corazón del presbítero. Todas las situaciones insolidarias generadoras de exclusión social y extrema pobreza, de marginación o de injusticia, repercuten en su alma de profeta. El presbítero como anunciador del Reino de Dios y testigo del Dios de la vida no es indiferente a la pobreza inhumana, a la hiriente injusticia, a la violencia social e intrafamiliar, a la migración y sus consecuencias familiares, al narcotráfico y narco-negocio; tampoco lo es a la prostitución, especialmente de menores; a la explotación minera a cielo abierto, a los numerosos abortos, al robo y la venta de niños, a la corrupción, a la impunidad; ni mucho menos al modelo de vida pragmático, hedonista e insolidario que se va imponiendo en la sociedad actual.

Causan dolor a su corazón de pastor las "personas excluidas de los servicios de salud y manipuladas por las promesas políticas no cumplidas; a las víctimas de la inseguridad, discriminación, violencia, secuestros y extorsiones"¹¹; más dolor experimenta al constatar la mediocridad y pasividad de los creyentes y de los mismos hermanos presbíteros, el abandono religioso, el constante paso a otros grupos religiosos y sectas.

¹⁰ Ibid., p. 13-14.

¹¹ CABRERA OVALLE, Julio, *Santas misiones populares para una misión permanente*. Op. Cit. n 1.

La opción por los pobres conduce al presbítero a tener presente en todos los procesos pastorales que impulsa la óptica de los pobres y excluidos y a saber compartir con ellos su condición, insertándose humildemente en su propia realidad. La pobreza económica le hará adoptar un nivel de vida sobrio y sencillo, y la pobreza sociológica le hará asumir evangélicamente la pérdida de relieve en la sociedad y renunciar a privilegios o actitudes arribistas.

Si duda un estilo de vida así, está destinado "a ser signo de contradicción, compartiendo el destino del mismo Señor: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también los perseguirán a ustedes; si han guardado mi Palabra, también guardarán la de ustedes"¹².

El presbítero también le apuesta a un mundo distinto, ese es el gran desafío de su misión

El compromiso misionero del presbítero tiene que ver con su empeño en la construcción de una sociedad diferente. Ese sueño alimenta su esperanza y compromete la vida toda. Él también se plantea la posibilidad cierta que "otro mundo es posible", sobre todo con la fuerza y convicción de su estilo de vida que nace de la naturaleza de su vocación entendida como "don y misterio", según la ya consagrada expresión de Juan Pablo II, que da título a su libro con ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales: "En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experimenta claramente durante toda la vida".

Desde la realidad de su vocación entendida de ese modo, podemos afirmar que el presbítero es testigo de un mundo alternativo, porque sus principales motivaciones no son de tipo económico, por eso es libre para relativizar la idolatría de la riqueza y del materialismo, así ira gestando el mundo nuevo donde no hay consumismo, acumulación y desigualdad. En esta perspectiva la pobreza evangélica se vuelve un pilar fundamental de su existencia.

¹² CEG. Carta de los Obispos de Guatemala a sus Sacerdotes... Op Cit., p. 9.

Al establecer una alianza esponsal con la Iglesia y la comunidad eclesial en la que vive su ministerio a tiempo completo, impulsado por un amor oblativo e incluyente, supera los vínculos exclusivos que genera el amor conyugal. Es libre para amar. Con este estilo de vida interpela a toda una sociedad que ha hecho del hedonismo un absoluto y una exaltación desmedida de la sexualidad con fines económicos.

Dentro de una sociedad que ha idolatrado el poder, la fama y la ostentación, el presbítero asume un estilo de vida en el que prevalece el espíritu de servicio escondido y poco reconocido, demostrando con ello que la realización auténtica del ser humano no está en tener poder sino en amar y servir con alegría. Lo ha reiterado Benedicto XVI en la catequesis del miércoles 3 de febrero del presente año, presentando a Santo Domingo de Guzmán: “¿No es quizás una tentación la de la carrera, del poder, una tentación de la que ni siquiera están inmunes aquellos que tienen un papel de animación y de gobierno en la Iglesia? Lo recordaba hace algunos meses, durante la consagración de algunos obispos: “No buscamos poder, prestigio, estima para nosotros mismos. Sabemos cómo las cosas en la sociedad civil, y no pocas veces en la Iglesia, sufren por el hecho de que muchos de aquellos a los que se les ha conferido una responsabilidad trabajan para sí mismos y no para la comunidad” (*Homilía. Capilla Papal para la Ordenación episcopal de cinco Prelados*, 12 de septiembre de 2009)¹³.

El presbítero no se deja condicionar por nadie en el ejercicio de su ministerio, ni de aquellos que detentan el poder económico o político, sobre todo, cuando se trata de defender a los pobres, de promover su liberación, de denunciar las injusticias, de impulsar su desarrollo integral y su participación en la sociedad. Su ministerio profético le lleva a la crítica social y política desde la luz del Evangelio. De este modo, expresa que nadie debe inhibirse frente a los problemas sociales por miedo o cobardía.

En una sociedad que se deja llevar por la eficiencia, la productividad, el lucro y excluye a los ancianos y enfermos, el presbítero

¹³ BENEDICTO XVI, Santo Domingo de Guzmán, gran predicador. Audiencia General. Miércoles 3 de febrero del 2010 (Zenit.org).

testimonia la "opción por la vida" de la Iglesia al acogerlos y hacerlos sus predilectos; además, los inserta en la vida de la comunidad cristiana, puesto que ellos son "verdaderas catedrales del encuentro con el Señor Jesús" (DA 417). Su dedicación y entrega a ellos de modo gratuito y amoroso cuestiona los "grandes intereses" que se mueven en el mundo de la salud (DA 419).

En una sociedad que exalta el individualismo y promueve el aislamiento, el presbítero se presenta como agente de comunión no sólo a nivel eclesial, sino en toda la sociedad y con todos. Por eso manifiesta su cercanía y afecto a la gente, la escucha con paciencia, se entrega y les ayuda con generosidad. Además, es capaz de impregnar los ambientes con actitudes de diálogo cordial, vida compartida y amistad social. Con este estilo de vida se abre paso la gratuidad y la ternura como paradigma de la relación humana. "Lo necesitan nuestros pueblos para no caer en nuevas laceraciones fratricidas, y encontrar convergencias que nos permitan emprender juntos caminos de progreso y esperanza"¹⁴.

En una sociedad dominada por "la dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo" -según la conocida afirmación del actual Pontífice, en una Eucaristía previa al conclave en el que resultó electo- la misión del presbítero será mostrar el "esplendor de la verdad" e iluminar la conciencia ética de las personas con el fin de promover la dignidad moral del ser humano y el valor de su conciencia; sobre todo, haciendo presente el Reino de la vida ante las estructuras de muerte que deterioran "el tejido social, impiden el desarrollo y enferman la vida y la convivencia humana"¹⁵.

3. Presbíteros para una iglesia en misión permanente

Los aspectos de la misión del presbítero que acabamos de presentar pretenden apuntalar el anhelo de contar con presbíteros al servicio de una Iglesia en misión permanente, para que la Iglesia sea signo del Reino en el mundo. Este es, precisamente, el compromiso que todo sacerdote está llamado a asumir con activa esperanza y

¹⁴ CELAM, Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Bogotá: Celam, 2007, p. 65.

¹⁵ Ibid., p. 67.

firme decisión, siguiendo el evangelio y el mandato misionero de Jesús (cf. Mc. 16, 15); siguiendo también la tradición de la Iglesia latinoamericana que en estos últimos 50 años, desde Medellín hasta Aparecida, tiene su fuente inspiradora en el Vaticano II.

El presbítero se pone al servicio del objetivo de la misión de la Iglesia que “es iluminar con la luz del Evangelio a todos los pueblos en su caminar histórico hacia Dios, para que en Él tengan su realización plena y su cumplimiento”¹⁶. Esta tarea hoy implica la capacidad de llevar la luz de Jesús a todos, especialmente a los más alejados e indiferentes del mundo actual; es acrecentar esa luz que ya arde en muchos corazones, de modo que todos en la Iglesia del continente, puedan “sentir el ansia y la pasión por iluminar a todos los pueblos, con la luz de Cristo, que brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana bajo la paternidad amorosa de Dios”¹⁷.

“Sentir el ansia y la pasión” por llevar la vida plena del Evangelio a la cultura actual demanda la presencia de un presbítero cuyo talante lo muestre amigo de su pueblo y hermano de sus presbíteros; signo de comunión entre sus hermanos y referente ético de la entera sociedad. Además, con sensibilidad misionera y pastoral para caminar preferencialmente con los pobres y los jóvenes; poseedor de una sólida preparación teológica-pastoral, capaz de diseñar e impulsar, con todas las fuerzas vivas de la Iglesia particular, un proyecto pastoral que responda a los retos de hoy; y competente para ejercer un efectivo liderazgo, para relacionarse y establecer puntos de encuentro y dialogo con los constructores de la sociedad.

La persona humana frente a los cambios culturales de hoy se encuentra desorientada y muchos cristianos también experimentan una cierta desorientación existencial. La tarea misionera del presbítero “exige coraje y espíritu profético” (DA 480), pero también la actitud serena y confiada de quien ha vivido una fuerte experiencia de encuentro con Cristo que lo hace portador de una activa esperanza y de la vida nueva para el pueblo cristiano. En ese sentido los obispos

¹⁶ Benedicto XVI, Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones 2009. Ciudad del Vaticano, 29 de junio del 2009.

¹⁷ Ibid.

latinoamericanos ante el cambio epocal y sus consecuencias afirman que “nos afligen pero no nos desconciertan los grandes cambios que experimentamos; hemos recibido dones inapreciables que nos ayudan a mirar la realidad como discípulos y misioneros de Jesucristo” (DA 20). El anuncio del evangelio, como la tarea primordial de la Iglesia y del presbítero “no puede prescindir de la cultura actual; ésta debe ser conocida, evaluada y en cierto modo asumida por la Iglesia” (DA 480).

La propuesta pastoral que piden los tiempos actuales y que el presbítero impulsa con ardor misionero ha de tener como núcleo inspirador el encuentro con Jesucristo vivo, ha de ser capaz de forjar la identidad del cristiano como discípulo misionero de Cristo al servicio de la vida, debe ser apta para impulsar el proyecto de la nueva evangelización, idónea para que la Iglesia viva en estado permanente de misión e incisiva en la construcción de una sociedad diferente.

La misión del presbítero es la misma de la Iglesia. Benedicto XVI, nos ha recordado que “la misión de la Iglesia es la de llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través de su Hijo encarnado... Deseo, dice el Papa, “confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de toda la Iglesia (EN 14), tarea y misión que los amplios y profundos cambios de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Está en cuestión la salvación eterna de las personas, el fin y la realización misma de la historia humana y del universo”.¹⁸

“El empuje misionero ha sido siempre signo de vitalidad de nuestra Iglesias”, dice Benedicto XVI, inspirándose en la Redemptoris Missio, 2, por eso, el presbítero ha de ser capaz de mirar más allá de las fronteras no sólo geográficas sino culturales, para participar más activamente en los procesos de la misión *ad gentes*, que en el Documento conclusivo de Aparecida, significa “misión universal” de la Iglesia.¹⁹

¹⁸ Benedicto XVI, Mensaje del DOMUND, 2009.

¹⁹ Paulo Suess, “Misión” *En*: Diccionario de Aparecida. 40 palabras clave para una lectura pastoral del Documento de Aparecida. Bogotá: San Pablo, 2008, p.101.

En efecto, los obispos latinoamericanos así describen la misión universal de la Iglesia: “Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “areópagos” de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia²⁰.”

Aparecida también amplió el campo de la misión *ad gentes*, situándolo más allá de horizontes geográficos o jurídicos, al decir que “los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones”²¹.

La misión *ad gentes* actualmente, además de ser universal y dirigida a los que todavía no conocen a Cristo, también es llamada misión inter gentes, esto quiere decir, que la misión hoy se ha de realizar entre pueblos y continentes.

El “anhelo” de los obispos latinoamericanos es que Aparecida “sea un estímulo para que muchos discípulos de nuestras Iglesias vayan y evangelicen en la “otra orilla”. Ese mismo anhelo debe estar en el corazón de todo presbítero. Recordemos que “la fe se fortifica dándola” y es preciso, según Aparecida, “que entremos en nuestro continente en una nueva primavera de la misión *ad gentes*. Somos Iglesias pobres, pero “debemos dar desde nuestra pobreza y desde la alegría de nuestra fe” y esto sin descargar en unos pocos enviados el compromiso que es de toda la comunidad cristiana. Nuestra capacidad de compartir nuestros dones espirituales, humanos y materiales, con otras Iglesias, confirmará la autenticidad de nuestra nueva apertura misionera” (DA 379).

Un presbítero al servicio de una Iglesia en misión permanente es aquel que se mueve por el Espíritu Santo, es de empuje misionero y vive “con renovado entusiasmo y creatividad el mandato de Jesús: “vayan por todo el mundo proclamando la Buena Noticia a toda la

²⁰ DA. 548.

²¹ Benedicto XVI, Discurso a los miembros del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, 5 de mayo de 2007.

humanidad" (Mt 16, 15). Un presbítero que no sólo cumple el mandato, o sea proyecta y realiza el mandato misionero sino que más bien vive del mandato misionero, es decir, se alimenta, se nutre y consolida su identidad en el ejercicio de la misión.

Conclusión

Nuestro presente y futuro de presbíteros se juega en el modo como vivamos nuestro compromiso misionero en la Iglesia y en el mundo para enfrentar esta era de grandes mutaciones históricas. O nos ponemos en estado de misión o corremos el riesgo de desaparecer como la sal que pierde su sabor y la tiran fuera para que la gente la pise o la vela que se coloca debajo de la cama o de un cajón (Cf. Mt 5, 13).

Experimentemos el imperativo de la misión y confiando en la palabra del Señor lancemos las redes (Cf. Lc 5,5), convencidos de la urgencia de "acudir en todas las direcciones para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente" (DA 548).

Hagamos realidad la "salida misionera". Vayamos como "testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos "areópagos" de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo ad gentes nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia" (DA 548). Que nuestro compromiso misionero de presbíteros abrace "con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y a los que sufren" (DA 550). "Llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas" (DA 552).

"Recobremos el valor y la audacia apostólicos" y salgamos no como "evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos" sino como verdaderos discípulos y misioneros "del Evangelio"

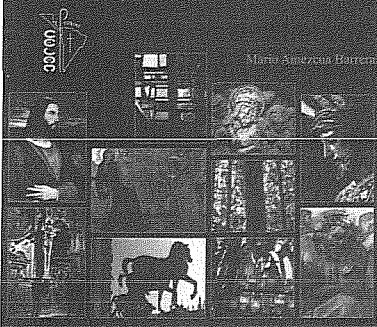
irradiando “la alegría de Cristo” y aceptando la hermosa “tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia” en América Latina y en la humanidad de hoy y del mañana (DA 552).

El compromiso misionero del presbítero encontrará siempre su paradigma en el estilo de Jesús, su fuente inspiradora en el acontecimiento de Aparecida, su eje transversal en la naturaleza misionera de la Iglesia; el núcleo fundante de su vida y ministerio estará siempre en el encuentro con Jesucristo vivo, su tarea será forjar al discípulo misionero en cada cristiano y su gran desafío comunicar la vida nueva de Cristo a nuestros pueblos.

NOVEDAD

CONVERSACIONES SOBRE ARTE CRISTIANO

MATOS Y ANIL PRINCES
PARA EL CRISTIANO



CONVERSACIONES SOBRE ARTE CRISTIANO

Mario Amezcua Barrera

Un instrumento fundamental para la formación inicial y permanente de los presbíteros, así como para la comprensión de la belleza en el arte religioso y su apropiada conservación. Su autor, un especialista, que ha dedicado su vida al tema.

Contenido:

1. Grandes civilizaciones preanunciantes
2. Desarrollo del Arte Cristiano
3. Raíces del Arte Cristiano en Iberoamérica
4. Arquitectura, pintura y escultura en Hispanoamérica
5. Arte Cristiano en el Magisterio de la Iglesia
6. Los actuales recursos para el Arte Cristiano

Edición de lujo, a todo color, tapa dura

Peso: 1.400 gramos 312 páginas \$ 150.000 USD 75

Pedidos y Envíos: Centro de Publicaciones CELAM

Avenida Boyacá No. 169D-75 / A.A. 253 353

Tel: (571) 6680900 - 6681259 / Fax: (571) 6711213

editora@celam.org

www.celam.org/publicaciones

Bogotá, D.C., Colombia

Repensar y relanzar la formación presbiteral

El pensamiento crítico y creativo ante los retos de la formación inicial y permanente del Presbítero a la luz de Aparecida

Pbro. Lic. Andrés Torres Ramírez*

Síntesis

A partir del llamado que nuestros obispos hacen a la Iglesia a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión, el autor nos propone repensar y relanzar la formación inicial y permanente del presbítero desde el desarrollo del pensamiento crítico y creativo.

Mediante tres incisos, en la primera parte el artículo nos brinda la oportunidad no sólo de recordar algunos conceptos sobre los dinamismos de la criticidad y la creatividad, sino que nos ofrece algunos elementos para favorecer su desarrollo y para distinguir su manifestación. El autor sostiene que el ejercicio de tales capacidades, como ejes en torno a los cuales gire toda la formación del seminarista y el presbítero, hará a nuestros pastores capaces de pensar, de decidir, y de insertarse creativamente en la cultura de nuestro tiempo, de manera que contribuyan eficazmente a repensar y relanzar la misión de la Iglesia.

* Presbítero de la Arquidiócesis de Puebla. Licenciado en Teología Dogmática por la Universidad Gregoriana de Roma. Actualmente se desempeña como rector del ITEPAL. rectoritepal@celam.org



En la segunda parte, también mediante tres incisos, el autor nos lleva a reconocer que la tarea de desarrollar el pensamiento crítico y creativo tiene un trasfondo teológico-pastoral, nos invita a una relectura de la primera parte de *Aparecida* para detectar algunos retos particulares y, finalmente, plantea algunos cuestionamientos que tendrá que atender la formación inicial y permanente a la luz de la segunda y tercera parte de *Aparecida*.

Palabras clave: Pensamiento, Pensamiento crítico, pensamiento creativo, formación presbiteral, desafíos a la formación, *Aparecida*.

Reconsidering and relaunching of the presbytery formation

Summary

According to the bishops call to the Church to deeply reconsider and relaunch their mission with fidelity, the author proposes to reconsider the initial and permanent formation of the priests from the development of the critical and creative thought.

Through three points. At the first part the reading gives the opportunity not only to recall some concepts about criticality dynamism and creativity, but gives us some elements to promote its development and to distinguish its manifestation. The author promotes that the practice of such capabilities are axes around which turn the whole formation of the seminarian and priest. It will make our pastors able to think, decide and immerse creatively into the actual culture, so they may support effectively to reconsider and relaunch the church mission.

In the second part, also the author uses three points to lead us to recognize that the task of developing the critical and creative thought has a theological-pastoral background. The writer invites us to read again the first part of *Aparecida* to detect some specific challenges.

Finally, He raises some questions that have to deal with the initial and permanent fotation along the second and third part of the *Aparecida*.

Keywords: Thought, Critical thinking, creative thinking, priestly formation, formation challenges, *Aparecida*.

Introducción

L a Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales” (DA 11).

Este llamado que afecta, desde luego, a la tarea de la formación inicial y permanente de los presbíteros es el trasfondo del título y del contenido de la siguiente reflexión que, aunque retome elementos de diversas ciencias, se propone un desarrollo desde la fe.

Nuestros obispos, en el Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Aparecida o DA), han querido confesar una vez más, con diferentes palabras y en diversos lugares, el fundamento cristocéntrico y trinitario de nuestra fe y, por tanto, el fundamento de la comprensión de nuestra vida creyente: “...Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la acción del Espíritu Santo...” (DA 14).

A partir de este fundamento, nuestros obispos, enfatizando el discipulado y la misión, reafirman que la tarea que han recibido es “seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él...” (DA 1).

En muchos lugares de nuestro Documento aparecen las palabras “reto” y “desafío”; sin embargo, resulta programática la proclamación que se hace en el número 14: “...Aquí está el reto fundamental que



afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo...".

Establecido el fundamento cristocéntrico y trinitario de nuestra fe, retomada la tarea evangelizadora de la Iglesia y afirmado el reto fundamental que reconocen nuestros obispos en el hoy de nuestros pueblos latinoamericanos, quedan en evidencia la perspectiva, el fundamento, la ubicación, la justificación y la importancia del tema que nos ocupa: ¿cómo repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros de manera que seamos, de verdad, discípulos y misioneros que respondamos a nuestra vocación y comuniquemos por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo?

La reflexión que ahora presentamos está estructurada en dos partes: en la primera destacamos algunos elementos del pensamiento crítico y creativo, básicos para repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación presbiteral, tanto inicial como permanente; en la segunda ubicamos esta tarea desde su trasfondo teológico-pastoral, hacemos una lectura de la primera parte de Aparecida para detectar algunos retos particulares y señalamos algunas pistas por las que tendrá que transitar la formación inicial y permanente repensada y relanzada a la luz de la segunda y tercera parte de Aparecida.

Tenemos claro que la riqueza de Aparecida no se encuentra en la novedad de sus contenidos, sino en la dinámica que quiere suscitar para introducirnos, como Iglesia, en un itinerario de discipulado y misión; en este sentido, el fruto de Aparecida, como evento y como Documento, está por manifestarse¹. De la misma manera, los elementos que ahora presentamos, precisamente porque pretenden recoger el espíritu de Aparecida, estarán esperando la reflexión y la acción comprometida de cada Comisión nacional y diocesana, de

¹ No desconocemos que muchas Iglesias Particulares ya han iniciado serios esfuerzos para poner en práctica la propuesta de Aparecida, de manera desigual según el dinamismo de cada Iglesia Particular, pero tres años no son suficientes para esperar una recepción cuyos efectos se manifiesten significativamente.

cada Seminario y Casa de formación, para que desde un ejercicio de discernimiento local se distingan los retos propios y desde las luces de la revelación y del Magisterio se enfoquen las más pertinentes para caminar en la formación inicial y permanente de los presbíteros a fin de infundirles esperanza y consuelo².

1. Repensar y relanzar la formación inicial y permanente de los presbíteros desde el desarrollo del pensamiento crítico y creativo

Los verbos operativos de la tarea que proponen nuestros obispos, "*repensar*" y "*relanzar*", indican la gran ruta por donde quieren que transite hoy la acción de la Iglesia en América Latina³. Se trata de repensar, con ello implícitamente se reconoce que la tarea de pensar la misión de la Iglesia no se inicia con Aparecida, pero Aparecida nos dice que hay que "*repensarla profundamente*", lo cual exige pensar críticamente; se trata de relanzar, con ello se deja ver el reconocimiento que debemos a la acción pastoral que ya se ha realizado en otras épocas, pero Aparecida nos dice que hay que "*relanzar con audacia*", lo cual exige el pensamiento creativo. La formación inicial y permanente de los presbíteros, al ubicarse dentro de la única misión de la Iglesia, tiene que asumir esta gran ruta pastoral.

Antes de entrar directamente a la reflexión desde el Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, nos detenemos a considerar algunos elementos sobre el pensamiento crítico y creativo, como dos de los dinamismos mediante los cuales los seres humanos estamos llamados y posibilitados a ser cada vez más nosotros mismos. La reflexión sobre estos aspectos retoma elementos de la antropología, de una filosofía educativa, de una teoría del conocimiento y de una pedagogía humanista para aplicarlos a la formación presbiteral, tanto inicial como permanente⁴.

² Cfr. DA 16.

³ "La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales" (DA 11).

⁴ Para el desarrollo de esta primera parte retomamos elementos de la propuesta de Bernard Lonergan. Cfr. LONERGAN, Bernard. Método en Teología. Salamanca: Sígueme, 1988.



1.1. Educar es enseñar a pensar y a tomar decisiones

Todo proceso de enseñanza-aprendizaje que pretenda ser educativo, y la formación sacerdotal lo debe ser, ha de buscar formar personas críticas, esto es, que sepan pensar; y libres, esto es, que sepan valorar para tomar decisiones y orientar su vida de acuerdo a lo que descubren que es valioso. Ambos aspectos tienen que ver, más que con proporcionar respuestas al seminarista y al presbítero, con propiciar que ellos mismos se hagan preguntas cada vez más relevantes y significativas. La pregunta por la verdad -relativa a la criticidad y al pensamiento crítico-, junto con otras preguntas fundamentales tales como las preguntas por el bien, la justicia, la belleza y la trascendencia -relativas a los valores-, deben ser ejes orientadores de cualquier proceso de formación presbiteral.

Lograr que los destinatarios de la formación presbiteral, tanto inicial como permanente, se planteen -de una manera honesta, consciente, intencional, continua y seria- estas preguntas y trabajen para comprometerse con lo que van encontrando como respuesta, es la manera de hacer operativa la formación sacerdotal desde una perspectiva humanista, superando la perspectiva tradicional, que se centra en la memorización, o la perspectiva tecnológica, que pretende como fin último la eficiencia.

La perspectiva humanista de la educación reconoce como exigencia antropológica básica la continua e inacabable necesidad de “realización” y de “perfeccionamiento”; esto es, la exigencia de hacerse a sí mismo por la auto-apropiación y la auto-trascendencia. Tal proceso, siguiendo a Lonergan en su afirmación de que la conciencia humana tiene una estructura dinámica en la que se realizan operaciones conscientes e intencionales, se realiza gracias a la acción de las potencialidades o dinamismos humanos fundamentales, entre los cuales se cuenta el dinamismo de la criticidad.

1.1.1. *El Pensamiento crítico*

La criticidad es la potencialidad o tendencia a conocer la realidad con verdad, el preguntar es la “llave” que abre la posibilidad de hacerlo. El pensamiento crítico es el ejercicio de esa potencialidad;

es el pensamiento ordenado, sistemático y claro que lleva al conocimiento de la realidad a través de la afirmación de juicios de verdad. Este proceso es inagotable, pero en él se van manifestando claramente avances en la profundidad y certeza del camino en busca de conocer y afirmar la verdad.

Según Bernard Lonergan, el proceso de búsqueda de la verdad responde a las exigencias fundamentales de la “estructura dinámica del conocimiento humano” en sus tres primeros niveles: atender, entender y juzgar; así como el proceso de descubrimiento y adopción de valores responde a las exigencias del cuarto nivel: valorar.

El primer paso para conocer la verdad es la obtención de datos de la realidad, este paso se da por medio del atender. En el atender no hay aún preguntas, sino la percepción inmediata de la realidad. En el atender se realizan operaciones sensoriales básicas: ver, oír, oler, tocar, gustar.

Al proceso de interrelación, análisis y comprensión de los datos obtenidos en el atender, Lonergan le llama entender (segundo nivel de operaciones de la conciencia). Las preguntas del entender son del tipo de: ¿qué?, ¿cómo es?, ¿para qué?, ¿por qué?, etc. En este nivel se ejecutan operaciones como el inquirir, imaginar, comprender, concebir y formular. Los resultados del entender son “insights” (chispazos de la inteligencia) con los que se tienen ya comprensiones de la realidad.

Sin embargo, a la comprensión de algo sigue necesariamente la pregunta sobre la certeza de que se ha comprendido correctamente. Esta es la pregunta clave porque es la que define si es posible conocer la realidad tal como es o solamente sus apariencias; este es el nivel del juzgar. Las preguntas de este nivel son del tipo de: ¿es realmente así?, ¿comprendí bien?, etc. y los resultados de este nivel son juicios que aspiran ser virtualmente incondicionados.

En el nivel del juzgar necesitamos reflexionar, reunir pruebas, ponderar la evidencia y por último juzgar. Un juicio es la respuesta afirmativa, o negativa, que se da a una pregunta para la reflexión. Un juicio por lo tanto, compromete personalmente a quien lo realiza.

Por ello, una persona que se va ejercitando en el pensar críticamente va, poco a poco, dejando a un lado los juicios apresurados y sin fundamento y responsabilizándose de cada respuesta que emite como fruto de una reflexión auténtica.

Un juicio es subjetivo en tanto nace de un sujeto que descubre una verdad y la afirma, pero es objetivo, en cuanto que al ser afirmado como virtualmente incondicionado, deja de ser “propiedad o apreciación” personal del sujeto que lo afirma y pasa a tener validez general. Lonergan llega, con este análisis, a superar las posiciones radicales y antagónicas respecto a la objetividad o a la subjetividad del conocimiento, trascendiendo las teorías objetivistas y subjetivistas.

Como cualquier persona, el seminarista o el presbítero que domina este método, que asume su propia manera de conocer la verdad, entra en una dinámica de auto-apropiación que lo lleva a la auto-trascendencia, esto es, al crecimiento continuo trascendiendo los propios límites. Quien va aprendiendo a pensar críticamente, va siendo cada vez más capaz de resolver problemas sin la necesidad de “recetas” o fórmulas memorísticas y de descubrir el sentido de su existencia y de la existencia, todo lo cual es indispensable para repensar profundamente la formación presbiteral y la misión de la Iglesia.

1.1.2. *Características y habilidades propias del pensamiento crítico*

El pensamiento crítico, según Lippmann⁵, tiene tres características fundamentales: es auto-correctivo, es decir, capaz de ir descubriendo sus propias deficiencias y corrigiendo sus procesos; es sensible al contexto, por tanto, sabe discernir cómo y en qué momento expresar sus juicios para que sean realmente útiles en el contexto en el que se afirman; se refiere a un parámetro, es decir, es claro en cuanto a los marcos de referencia, los alcances y limitaciones del juicio afirmado.

⁵ Cfr. LIPPMAN, Mathew. *Philosophy in the classroom*. Philadelphia: Temple University Press, 1980; *Thinking in education*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

De manera que en tanto mejor se manifiesten estas tres cualidades en el pensar de seminaristas y presbíteros puede afirmarse que es mayor el logro de los objetivos del proceso del pensamiento crítico. Cuando un seminarista o un presbítero es capaz de reconocer el error y autocorregirlo, muestra sensibilidad al contexto en el que afirma sus juicios y clarifica los parámetros en los que se enmarcan sus afirmaciones, se puede decir que está ya en el proceso continuo de auto-apropiación que facilita el pensar críticamente.

Sin pretender agotarlas, conviene tener presentes algunas de las habilidades propias del pensamiento crítico, para favorecer su desarrollo: analizar el valor de afirmaciones, clasificar y categorizar, construir hipótesis, definir términos, desarrollar conceptos, descubrir alternativas, deducir inferencias, encontrar suposiciones subyacentes, formular preguntas críticas, generalizar, dar razones, descubrir las conexiones entre las partes y el todo y el todo y las partes, hacer conexiones y distinciones, anticipar consecuencias, trabajar con analogías, trabajar en consistencias y contradicciones, descubrir falacias, reconocer diferencias entre medios y fines, etc.

Formar personas críticas significará formar personas que sepan pensar por sí mismas dando razones e identificando los criterios que orientan y fundamentan estas razones, personas que han desarrollado habilidades de las ya enunciadas. Este proceso formativo generará personas más capaces de auto-determinarse, más dueñas de sí mismas, auto-apropiadas; de esta manera, el pensar críticamente aumenta la capacidad de resolver problemas, lo cual es básico para relanzar la formación presbiteral y la misión de la Iglesia.

1.1.3. *Cómo desarrollar el pensamiento crítico*

La fuente fundamental para la tendencia y dinamismo de la criticidad es el deseo de saber, de conocer la realidad con verdad, deseo que se traduce concretamente como primer paso en el acto de preguntar. De allí que una manera muy concreta de desarrollar el pensamiento crítico es buscar que nuestros destinatarios de la formación presbiteral se ejerciten en el preguntar y para ello, es necesario que las temáticas y problemas sean significativos.

Desarrollar este interés o necesidad de saber quiere decir desarrollar la capacidad de atender (recoger los datos necesarios relevantes y suficientes), la capacidad de entender (organizar y procesar los datos, llegar a comprenderlos y a conceptualizarlos) y, por último, de juzgar (hacer preguntas críticas, reunir pruebas, ponderarlas, llegar a juicios de verdad).

Desarrollar el pensamiento crítico, implica un clima adecuado que debe estar centrado en el diálogo, que es mucho más que una simple conversación. Una formación que pretenda desarrollar el pensamiento crítico debe crear las condiciones que acerquen a las personas a un diálogo atento e inteligente; un diálogo atento en el que haya actitudes de escucha y respeto, un diálogo inteligente en el que se llegue a comprensiones de aquello de lo que se habla, un diálogo crítico que llegue a juicios concluyentes de la discusión.

1.1.4 Formación en valores y actitudes

Un diálogo verdaderamente crítico llega inmediatamente a preguntas éticas y a una toma de postura y de decisiones al respecto. De este modo, podemos afirmar que el pensamiento crítico va haciendo progresivamente más libre y responsable al sujeto y, por ello, que al desarrollar el pensamiento crítico podemos o debemos llegar hasta la reflexión ética y la consecuente toma de decisiones que vayan humanizando a la persona.

El compromiso personal con la verdad que se descubre y se afirma, lleva otra vez a determinar esta conexión íntima entre el pensar críticamente y el descubrir y vivir los valores. Al descubrir y afirmar algo como verdadero, la persona se responsabiliza de esta verdad y tiene que tomar una postura ante ella, lo que necesariamente lo llevará a tomar decisiones. Se afirma entonces que no existe neutralidad en el conocimiento. Los niveles y operaciones de la estructura dinámica del conocimiento humano no son solamente conscientes, sino además intencionales.

Al descubrimiento y afirmación de la verdad sigue la pregunta por las implicaciones existenciales concretas que esta verdad tiene para el sujeto que la afirma y la consecuente deliberación para la toma

de decisiones que oriente la acción práctica. ¿Es aconsejable asumir esta verdad?, ¿es valioso lo que se piensa hacer?, ¿construye a la persona o la destruye?, ¿es para bien de todos o destruye a los demás? Son preguntas relativas al cuarto nivel de la conciencia humana, el nivel del valorar. Las operaciones que se realizan en este nivel son: deliberar, valorar, decidir. Los resultados del proceso son decisiones libres que van a orientar la acción de los individuos. Este nivel de los valores se expresa externa y perceptiblemente en actitudes.

Sin embargo, para llegar al cuarto nivel y tomar decisiones libres, es necesario pasar por los tres niveles anteriores, es decir, para poder valorar acertadamente, es necesario atender, entender y juzgar. Se ve entonces, que en el “Método trascendental” de Lonergan, el pensar críticamente y el descubrimiento de valores que llevan a la acción concreta, están íntimamente ligados y son inseparables en los procesos de la actividad consciente intencional humana.

Es necesario resaltar que el pensamiento crítico y la formación de valores no son procesos desligados e independientes. La vivencia de valores debe estar siempre sometida al tamiz del pensamiento crítico, así como el ejercicio de la crítica está mediado por un horizonte de valores y no es neutral. En el nivel del valorar se trasciende el nivel exclusivamente racional, pues en la deliberación, valoración y decisión por lo que se considera más valioso, interviene tanto la inteligencia como la afectividad y la libertad. El seminarista y el presbítero que ejercita las operaciones del valorar, es alguien que no toma decisiones viscerales, precipitadas, caprichosas, impulsivas o ciegas, sino que maneja sus impulsos y sentimientos hacia lo que ha descubierto como mejor para él.

No se trata pues, de hacer un listado de “valores”, de comprenderlos por su definición, de ilustrarlos con ejemplos para que el seminarista o el presbítero memorice cómo debe ser; no se trata de presentar imágenes inalcanzables, casi divinas de lo que “debe ser” un presbítero. Se trata de que el destinatario de la formación presbiteral aprenda a tomar decisiones, decisiones orientadas no sólo por su afectividad, su impulso, su interés, la ideología dominante, las leyes, o cualquier otra causa relativa, sino guiado sobre todo por el discernimiento de lo que es más valioso para él, de acuerdo a la circunstancia

que vive y teniendo como parámetro último, el crecimiento de su ser humano y sacerdotal y el crecimiento de la Iglesia y la humanidad; desde la fe, diremos en la segunda parte de este aporte, de lo que es la voluntad de Dios.

El proceso para llegar al descubrimiento de valores es el de la intencionalidad consciente: atender a los datos de la realidad, comprender esos datos, reflexionarlos, deliberar, evaluar y decidir. En este nivel se llega a *juicios de valor*. Los juicios de valor, afirman lo que es mejor o más valioso o más urgente. Un destinatario de los procesos de la formación presbiteral que se forma en este descubrimiento de los valores, se libera de pre-juicios derivados de la falta de conocimiento de la realidad y se responsabiliza de los juicios de valor que emite.

1.2. Educar es enseñar a pensar y a obrar creativamente

Todo proceso de enseñanza-aprendizaje que pretenda ser educativo, y la formación sacerdotal lo debe ser, debe buscar formar personas creativas, que sepan pensar y obrar creativamente. Esto es lo que hace avanzar la cultura, esto es lo que permite ir más allá de la repetición mimética.

Lograr que los destinatarios de la formación presbiteral, tanto inicial como permanente, desarrollen el dinamismo de la creatividad -de una manera honesta, consciente, intencional, continua y seria- es la manera de hacer operativa la formación sacerdotal desde una perspectiva humanista y creativa, superando la perspectiva tradicional que se centra en la conservación; esto es lo que permitirá ir más allá de una pastoral de mantenimiento, esto es lo que posibilitará relanzar la misión de la iglesia.

No hay que perder de vista que la perspectiva humanista de la educación reconoce como exigencia antropológica básica la continua e inacabable necesidad de "realización" y de "perfeccionamiento"; la exigencia de hacerse a sí mismo por la auto-apropiación y la auto-trascendencia. En tal proceso encuentra lugar también el dinamismo de la creatividad.

1.2.1. El pensamiento creativo

De la estructura dinámica de nuestra conciencia brota la creatividad como la exigencia o potencialidad que se actualiza en el pensamiento y/o el actuar creativos. Pensamiento y acción, que llevan al hombre a transformar la naturaleza imprimiéndole forma y proporción humanas.

Es del pensamiento creativo y de la acción creativa de donde ha ido surgiendo y desarrollándose aquello que llamamos cultura en su sentido más amplio: como la totalidad de objetos, estructuras, signos y relaciones que representan la huella de la existencia humana en el mundo.

En la perspectiva del método trascendental de Lonergan el primer nivel de operaciones conscientes e intencionales se refieren al atender. La creatividad se ubica en el segundo nivel de operaciones, es decir, en el nivel de la inteligencia (entender), cuyas operaciones básicas son: inquirir, imaginar, comprender, concebir y formular. Este segundo nivel tiene que ver con dos patrones de experiencia: el estético y el del sentido común. Lo anterior reafirma lo dicho al inicio, en el sentido de que el pensar y el ser creativos son los que van creando la cultura y transformando el mundo dándole forma humana.

El patrón estético, que es el relativo a la experiencia y creación de la belleza, a la búsqueda y la concepción de la obra de arte es el que más común y claramente se asocia con el tema de la creatividad. La creatividad tiene que ver, sin embargo, con el patrón del sentido común en sus dos acepciones: la del hombre como conocedor, el hombre en búsqueda de saber más y mejor y preguntando por aquello que le es novedoso o extraño; y el hombre como hacedor; es decir, el hombre construyendo el mundo material e imprimiendo forma humana a lo que le rodea.

Un buen pensamiento o acción creativos, comienzan en la paciente y educada atención, es decir, implica una manera distinta de percibir la realidad (verla, oírla, tocarla, olerla, gustarla) tratando de descomponerla, este es el primer paso. Sigue después un proceso de búsqueda (heurístico) que comienza por el inquirir (el preguntarle a los

datos), el operar plenamente la imaginación (ir buscando imágenes), tratando de comprender para luego llegar a un chispazo (insight) que nos lleve a concebir (dar a luz) y formular o expresar un producto propio, novedoso y valioso, esto es el producto creativo.

De Bono⁶ habla de pensamiento lateral y afirma que un sujeto puede ser creativo en cuanto aporta cosas nuevas y valiosas. Un pensador lateral es aquel que está dispuesto a cambiar de percepción y continuar cambiando, es decir, tiene la capacidad de mirar las cosas de diferentes maneras. El pensamiento lateral, también llamado pensamiento divergente, es utilizado por muchos autores como sinónimo de pensamiento creativo, en contraposición al pensamiento convergente, lógico o vertical, más relacionado con la criticidad. El pensamiento divergente no está sujeto a un encadenamiento de ideas; por el contrario, este pensamiento implica riesgo y aventura, busca soluciones o metas diversas en cada individuo, soluciones propias y originales.

1.2.2. *Características del pensamiento creativo y rasgos para desarrollarlo*

Algunas características del pensamiento creativo son: la fluidez, como la cantidad de ideas que puede hallar alguien respecto a un asunto determinado; la flexibilidad, como la variedad y heterogeneidad de las ideas que se producen; la viabilidad, que es la capacidad de producir soluciones realizables en la práctica.

El pensamiento creativo es “el niño” que se aventura a caminar hacia lo desconocido, es el pensamiento libre que se guía solamente por su ansia de encontrar una o muchas respuestas a los interrogantes que van naciendo de su continuo, paciente y educado mirar al mundo, desnudarlo, decodificarlo, tratar de apropiárselo para hacerlo significativo y comunicable al otro.

En tres grandes áreas del ser humano es necesario desarrollar algunos rasgos para favorecer una personalidad creativa, estas son: el área cognoscitiva, el área afectiva y el área volitiva.

⁶ Cfr. DE BONO, Eduard. *Aprender a Pensar*. Barcelona: Plaza y Janes, 1991.

En el área cognoscitiva hay que desarrollar “fineza de percepción”, lo que ya mencionamos como atención educada y paciente para ir captando lo significativo; “la imaginación”, como la capacidad de crear o generar imágenes a partir de los datos; “la capacidad de discriminación”, para distinguir los datos relevante de los irrelevantes, así como los datos de sus fuentes de manera que se supere la actitud conformista ante recetas ya hechas; “la curiosidad intelectual”, como la apertura a la experiencia y flexibilidad, así como la capacidad de riesgo mental.

En el área afectiva hay que desarrollar la “autoestima”, ya que la persona con significativos rasgos de inseguridad, el que no tiene confianza en su propio valor y capacidad, difícilmente se arriesga para buscar nuevas respuestas porque no cree que pueda aportar nada, para crear es necesaria una confianza básica en uno mismo. Un segundo rasgo a desarrollar es “la soltura”, ya que para crear es necesario no ceñirse a reglas rígidas, sino darse la oportunidad de buscar, de explorar libremente. Un tercer rasgo es “la pasión”, ya que el que crea es capaz de entusiasmarse con la propia búsqueda. Un cuarto rasgo es “la audacia”, ya que al apartarse de lo establecido, la persona creativa tiene que ser capaz de afrontar los riesgos y de resistir las críticas, por ello necesita la audacia para creer en su idea y explorarla afrontando las consecuencias. Un quinto rasgo es “la profundidad”, ya que una personalidad que se queda en lo superficial no es capaz de crear auténticamente.

En el área volitiva es necesario desarrollar “la tenacidad” para no rendirse ante la primera crítica; la “tolerancia a la frustración”, ya que una persona creativa seguramente va a equivocarse al explorar y la tolerancia le permitirá admitir su equivocación y seguir intentando hasta obtener los resultados que le interesan; “capacidad de decisión” ya que la creatividad exige tomar decisiones propias y no “seguir la corriente”.

1.2.3. ¿Cómo desarrollar el pensamiento creativo?

Si el pensamiento creativo parte de una educada atención para desestructurar los datos que se captan de la realidad, procesarlos, concebirlos de manera distinta, y reestructurarlos para un producto



original y valioso, podemos decir entonces que el desarrollo de la creatividad debe partir de un proceso intencional de desarrollo y conciencia de la capacidad de atender, y de las operaciones que se realizan en este nivel, es decir, de un proceso de sensibilización progresiva e integral.

Un buen comienzo para desarrollar el pensamiento creativo sería generar experiencias de aprendizaje en las que se involucren de forma integral la mayoría o todos los sentidos, y en las que se llegara a una progresiva retroalimentación y concientización sobre la manera en que atendemos: Atender al propio atender, entender al propio atender, juzgar al propio atender y valorar al propio atender, para llegar a iniciar un proceso progresivo de educación de la capacidad de atender, sería el inicio imprescindible para el desarrollo de habilidades de pensamiento creativo.

Si el pensar creativo es propio del segundo nivel de operaciones -del entender- es necesario entonces, hacer lo mismo con nuestra capacidad de intelección y sus operaciones básicas: Atender a nuestro entender, entender nuestro entender, juzgar nuestro entender y valorar nuestro entender, para involucrarnos en un proceso de auto-apropiación de las operaciones propias del segundo nivel de nuestra conciencia. Este sería el paso complementario para tratar de desarrollar el pensamiento creativo.

De esta manera, será necesario buscar estrategias para desarrollar: la capacidad de inquirir, cambiando la educación que busca dar respuestas a la que pretende que el sujeto genere sus propias preguntas a la realidad; la destreza para imaginar, para ir creando imágenes en nuestra mente a partir de los datos; la habilidad para comprender, para relacionar los datos con cierto sentido, encontrando significado a la realidad; el ejercicio de concebir, del “dar a luz” ideas originales, propias, novedosas, desde la comprensión de los datos; la capacidad de formular, es decir, de elaborar, de producir una respuesta a partir de ese proceso de entendimiento original y novedoso.

El desarrollo de un clima apropiado y de experiencias grupales apropiadas para el “cultivo” de esos dos niveles de conciencia en su sentido más auténtico, como camino a la auto-apropiación progre-

siva, es la clave para la formación de personas creativas, que sepan imprimirle un sello original a la realidad.

1.3. El pensamiento crítico y creativo en la formación

Tomando en cuenta la primacía del Espíritu Santo en la formación inicial y permanente de los presbíteros y reconociendo que el primer formador es el propio sujeto destinatario de los procesos formativos, es pertinente enfatizar que si no cambia la mente y el corazón de los formadores y no se proyecta este cambio en los programas y en las metodologías, nada cambia en la formación; es decir, que por muchas teorías y técnicas que conozca el formador si no reflexiona sobre la finalidad de su quehacer y si no desarrolla sus propios saberes y habilidades (conversión intelectual) y si no desarrolla sus actitudes y valores (conversión moral), no podrá desarrollar pensamiento crítico y creativo en los destinatarios de su labor formativa. Esto, desde luego, interpela a nuestras Comisiones nacionales y diocesanas de formación de los presbíteros, así como también cuestiona y desafía a nuestros equipos de la formación inicial.

Para que un formador promueva las habilidades de pensamiento crítico y creativo, no como algo mecánico sino de manera integral y orientada al desarrollo de las personas, debe ser un sujeto en proceso de auto-apropiación, respetuoso de los demás, abierto a la experiencia, atento a escuchar a otros, capaz de generar un clima de diálogo y cuestionamiento, consciente y comprometido con su quehacer, imaginativo y abierto a lo nuevo y lo diverso. Sólo podrá promover seres críticos y creativos un formador que sea cada vez más atento, inteligente, razonable y libre.

Si partimos del reconocimiento de que la finalidad fundamental del proceso educativo auténtico es la progresiva auto-apropiación y auto-trascendencia, no hacia una perfección que se impone desde fuera sino a una humanización que se va desarrollando desde dentro y se proyecta hacia afuera, podemos reconocer algunas manifestaciones externas del avance en la línea de pensamiento crítico y creativo de las personas en diversos niveles dada la compleja red de relaciones en las que el sujeto se desenvuelve.



1.3.1. *Sujeto que se auto-apropia: el nivel personal*

Una manifestación clara de que se avanza en el camino propuesto del pensamiento crítico y creativo es la observación de que los destinatarios de la acción formativa se van encaminando hacia la auto-apropiación; esto es, van haciéndose cada vez más dueños de su propia existencia. Esto quiere decir que el seminarista y el presbítero van siendo cada vez más conscientes de sus procesos de pensamiento y de acción; es decir, cada vez más atentos (recopilando datos más relevantes y necesarios), más inteligentes (comprendiendo lo que aprenden y construyendo productos novedosos a partir de ello), más críticos (elaborando mejores juicios de verdad sobre aquello que analizan, haciendo mejores preguntas a lo que aprenden) y, finalmente, más libres (más capaces de tomar sus decisiones de manera consciente; evaluando y asumiendo responsablemente las consecuencias de acuerdo a los valores que orientan su vida).

Todo esto se refleja en su capacidad de escucha y construcción, a partir de las ideas de los demás; en la relevancia de sus preguntas; en la calidad de sus razonamientos y en la validez de sus razones y criterios; en el respeto al otro y en la consistencia entre lo que piensan, dicen y hacen.

1.3.2. *Sujeto que dialoga: el nivel interpersonal*

Un seminarista y un presbítero que va siendo más creativo y crítico, es un sujeto que es cada vez más capaz de diálogo, es decir, una persona que va siendo capaz de encontrar sentido o significado a las cosas en compañía, a partir de y junto con el otro.

Un sujeto que, capaz de “caminar” con el otro, comparte con él su manera de “dialogar” con la naturaleza, con los objetos, encontrándoles sentido y posibilidades de transformación para la humanización del entorno; una persona que sabe compartir con el otro el “diálogo” que mantiene consigo mismo, descubriendo el significado de lo que acontece en el proceso de su construcción personal; un ser capaz de “dialogar” con el pasado, capaz de encontrar sentido a su propia existencia a partir del diálogo con su creencia cultural y de compartir esta experiencia con el que camina a su lado; un hombre abierto a la comprensión, antes que a la crítica, de la experiencia del otro.

La experiencia de diálogo es fundamental y trasciende la simple charla o la emisión de opiniones superficiales y basadas en sentimientos o climas de competencias que trasciende el relativismo aparentemente respetuoso de que cada quien tiene su opinión o su verdad.

1.3.3. Nivel grupal: hacia una comunidad de cuestionamiento

Si pretendemos favorecer el pensamiento crítico y creativo en la formación, el objetivo debe ser construir una genuina comunidad de cuestionamiento. El paso de grupo a comunidad lo marca el que se van compartiendo cada vez más actitudes de respeto, de escucha atenta, de diálogo auténtico, de solidaridad, de búsqueda en común, etc. Quien va en camino de formar una comunidad de cuestionamiento acepta las correcciones de los demás, escucha, acepta a la persona, construye con las ideas de los demás, es abierto, se preocupa por el derecho de los demás a expresarse, etc.

Un proceso de desarrollo de habilidades de pensamiento crítico y creativo implica un cambio en la dinámica grupal del monólogo al diálogo, de lo vertical a lo horizontal, de la contraposición a la comprensión, de la información a la formación.

1.3.4. Nivel histórico social: hermenéutica existencial

Presbíteros acomodados e ingenuos “estaremos formando” mediante los procesos de enseñanza - aprendizaje si no favorecemos su capacidad de interpretar los “signos de los tiempos”; perezosos e ingenuos seguiremos construyendo mientras los programas de formación inicial y permanente estén reducidos a la transmisión de contenidos y no se abran a la comunicación y descubrimiento comunitario de valores, significados y juicios en la interpretación del mundo en que vivimos.

Se hace necesario avanzar en una hermenéutica existencial que nos permita abrirnos al diálogo con el pasado, con el presente, con las personas, con los textos, con los grupos sociales, para ir encontrando cada vez más comprensiones y valoraciones del contexto actual.

En el instante en que la formación de los presbíteros asuma la hermenéutica como una actitud vital, que haga de la interpretación

seria y profunda de su horizonte histórico-social una manera de actuar cotidianamente, en ese momento empezaremos a ver cada etapa del proceso formativo como una nueva oportunidad de construir y construirnos juntos, de comprender, criticar y ensanchar nuestro horizonte.

Si queremos formar plenamente en el pensamiento crítico y creativo, debemos llegar hasta el nivel histórico-social. No basta con formar gente crítica de su propia actitud o de su hermano de al lado, debemos llegar a formar gente crítica de su contexto histórico, social, político, económico y eclesial; formar gente con una actitud hermenéutica en la que se aprende en el diálogo, no solamente con el formador o el compañero, sino también con la historia y sus documentos. Una formación hermenéutica nos lleva necesariamente a hacer un proceso de búsqueda en la que llegamos a ser más atentos, más inteligentes, más críticos; más libres; en una palabra, más humanos.

Si queremos realmente caminar por la gran ruta de repensar profundamente y relanzar con audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros, hemos de favorecer el que agentes de la formación y destinatarios de la misma nos involucremos en nuestros respectivos procesos de auto-apropiación y auto-trascendencia, considerando los cuatros niveles de interrelación, lo cual implica una auténtica conversión intelectual y moral; en el fondo, se trata de cambiar de fondo más que de forma.

2. Repensar y relanzar la formación inicial y permanente de los presbíteros ante los retos destacados por Aparecida desde el pensamiento crítico y creativo

Una manera de abordar los retos que ha de enfrentar la formación inicial y permanente a la luz de Aparecida, y quizá la más evidente, es hacer una lectura atenta de los números explícitamente dedicados a tratar de los Presbíteros, así como los dedicados a los Seminarios y Casas de formación religiosa⁷; sin embargo, para el desarrollo de

⁷ A partir del número 191 de Aparecida y hasta el número 200, como contenido del capítulo quinto, dedicado a la Comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia, se habla directamente de “Los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor” y se remarcan explícitamente tres situaciones que afectan y desafían la vida y ministerio de nuestros pres-

la segunda parte del presente trabajo hemos decidido considerar el conjunto del Documento.

Quienes se forman en los Seminarios y Casas de formación religiosa, así como quienes ya participamos de la vida y ministerio de los presbíteros estamos inmersos en la misma vida de nuestros pueblos hoy, participamos fundamentalmente de la misma vida de Jesucristo y, convocados en la misma Iglesia, somos corresponsables en la misma misión de comunicar la vida de Jesucristo a nuestros pueblos. Este presupuesto básico, establecido desde los títulos de las tres grandes partes de Aparecida, justifica la tarea de identificar los retos que se plantean a la formación inicial y permanente en el conjunto del documento y no únicamente en alguna de sus partes para repensarla profundamente y relanzarla con fidelidad y audacia⁸.

2.1. Trasfondo teológico - pastoral del re-pensamiento y re-lanzamiento de la formación presbiteral

“...En una perspectiva bíblica el tiempo no es algo vacío o abstracto; estamos más bien ante lo que podríamos llamar un tiempo habitado, inseparable de los acontecimientos y de las personas que trascurren en él. Es el teatro en el que ocurren las acciones humanas. Por eso casi se identifica con el espacio que está también poblado. En esa conjunción tiempo y espacio, vale decir, en las personas y los hechos que viven y se desenvuelven en ellos, Dios se auto-comunica, se revela como amor fundante de toda relación con El y entre los seres humanos. La revelación alcanza su punto definitivo en la plenitud de los tiempos (Gal 4,4), en la Encarnación del Hijo. El tiempo adquiere de este modo una exigente densidad salvífica y humana. Lejos de ser una categoría abstracta o limitarse a

bíteros. Más adelante, en el capítulo sexto, dedicado al Itinerario formativo de los discípulos misioneros, del número 314 al número 327, se trata explícitamente de “los Seminarios y Casas de formación religiosa” y se afirma la continuidad que se ha de procurar entre la formación inicial y permanente y, aunque no se habla explícitamente de retos o desafíos se puede reconocer un lenguaje más normativo, no cabe duda que en este apartado también se pueden reconocer, implícitos, algunos desafíos para la formación inicial.

⁸ Esta expresión, “repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia” de Aparecida 11 vuelve a ponernos en la dinámica del ver, juzgar y actuar; de manera que la formación inicial y permanente tenga, a la luz de este documento, la oportunidad de repensarse y relanzarse.

registrar una sucesión cronológica, el tiempo se convierte en un espacio de encuentro con el rostro de Jesús el Hijo de Dios hecho carne. En el tiempo se dan cita dos libertades. La libertad de Dios que se revela en la gratuidad de su amor y la libertad humana que acoge ese don...⁹. Sería necesario precisar, y la libertad humana que acoge este don o lo rechaza.

La pastoral de la Iglesia en general, y la formación inicial y permanente de los presbíteros como una forma específica de ella, implica el preguntarnos qué nos dice este tiempo.

Repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente contextualizada en la realidad social y eclesial de nuestros pueblos hoy, repensarla desde el discipulado y la misión que se destaca en Aparecida y relanzarla para comunicar la vida de Jesucristo a nuestros pueblos, no es una pertinencia simplemente práctica ni algo que se deriva sólo de los dinamismos propios del ser humano, su exigencia tiene un trasfondo teológico que tanto seminaristas como presbíteros nunca debemos perder de vista en nuestros procesos de formación. Se trata del hoy de la presencia interpelante de Dios y de su aceptación o su rechazo por parte de la libertad del hombre en los procesos de la formación.

2.1.1 *El contexto histórico y los signos de los tiempos*

La palabra contexto viene del latín *contextere*, que puede ser traducida como entretejer, y significa el conjunto de circunstancias en que se sitúa un hecho, el conjunto de factores que entretejen la compleja realidad. En perspectiva teológico-pastoral, contexto es el conjunto de factores o circunstancias que entretejen la realidad global del mundo en medio de la cual Dios nos habla y en el que la Iglesia acontece y cumple su misión.

Declaran nuestros obispos que *“se abre paso un nuevo período de la historia con desafíos y exigencias caracterizado por el desconcierto generalizado que se propaga por nuevas turbulencias sociales*

9 GUTIÉRREZ, Gustavo. Una teología de la liberación en el tercer milenio. En: CELAM. El futuro de la Reflexión teológica en América Latina, Bogotá: CELAM, 1996. P. 100.

y políticas, por la difusión de una cultura lejana y hostil a la tradición cristiana, por la emergencia de varias ofertas religiosas, que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que manifiestan nuestros pueblos" (DA 10). No obstante este reconocimiento, la mirada que nuestros obispos hacen de la realidad sin ser ingenua tampoco es pesimista. "...Nos afligen, pero no nos desconciertan los grandes cambios que experimentamos. Hemos recibido dones inapreciables, que nos ayudan a mirar la realidad como discípulos misioneros de Jesucristo" (DA 20). "...al mirar la realidad de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia, con sus valores, sus limitaciones, sus angustias y esperanzas. Mientras sufrimos y nos alegramos permanecemos en el amor de Cristo viendo nuestro mundo, tratamos de discernir sus caminos con la gozosa esperanza y la indecible gratitud de creer en Jesucristo. Él es el Hijo de Dios verdadero, el único salvador de la humanidad" (DA 22).

En medio del conjunto de factores o circunstancias que entretejen la realidad global del mundo en este período de la historia muchas veces sombrío y siempre complejo, quienes estamos involucrados en la formación inicial y permanente hemos de acercarnos a la realidad social y eclesial sin ingenuidad pero con optimismo, dando gracias a Dios para la riqueza de dones que en ella nos ofrece y siempre permaneciendo en el amor de Jesucristo; hemos de reconocer que no sólo estamos llamados a reconocer al Señor como el Señor de la historia, sino que también hemos de ser conscientes de haber recibido los dones para mirar la realidad como discípulos y misioneros, lo cual significa, entre otras cosas, que podemos reconocer y discernir los "signos de los tiempos" en medio de ella: *"Los pueblos de América Latina y el Caribe viven hoy una realidad marcada por grandes cambios que afectan profundamente sus vidas. Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los "signos de los tiempos" a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino..."* (DA 33).

"Signos de los tiempos" es una categoría teológica que, incorporada por el Concilio Vaticano II, se ha hecho presente en muchos documentos de la Iglesia y, desde luego, en Aparecida. Aunque su uso es muy frecuente no hay una definición precisa de ella y, por tanto, muchas veces se emplea con ligereza y se le aplica a muchas realidades sin distinción.

A partir del uso que hace la misma Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual y de los primeros teólogos que reflexionaron sobre ella, se pueden reconocer al menos dos formas de acercarse a su comprensión: un sentido histórico-pastoral y un sentido histórico-teológico.

El sentido histórico-pastoral, asumido principalmente en GS 4, nos lleva a entender los “Signos de los tiempos” como aquellas notas o fenómenos que a causa de su generalización y gran frecuencia caracterizan una época; el sentido histórico-teológico, inspirado más bien por GS 11, nos conduce a comprender los “Signos de los tiempos” no sólo como aquello en lo que se aprecia la novedad y densidad de los hechos que caracterizan una época, sino aquellos en que es manifiesta su dimensión sacramental, esto es, su capacidad de manifestar a Dios en el presente con una clara referencia a Jesucristo y al Reinado escatológico de Dios; el énfasis se pone no tanto en los signos de hoy, sino en los signos de los últimos tiempos que se pueden reconocer en los signos de hoy. Mientras que desde el primer sentido la finalidad de conocer los “Signos de los tiempos” y escrutarlos es más bien pastoral, a fin de que la misión de la Iglesia sea relevante para el mundo de hoy, en el segundo sentido su identificación y discernimiento no tendría una finalidad únicamente pastoral, sino estrictamente teológica¹⁰.

En ambos sentidos, los “Signos de los tiempos” requieren ser identificados y discernidos. El discernimiento, en cuanto capacidad, pertenece a todos los hombres y todas las mujeres, se deriva de la capacidad de pensar y tomar decisiones; sin embargo, la capacidad de discernir requiere ejercitarse para que salga del mundo de las posibilidades y entre al mundo de las realidades; y la capacidad y el ejercicio del discernimiento requieren ser incorporados a la vida como un valor para que lleguen a ser una actitud en nuestra vida.

No basta que el seminarista y el presbítero sepamos que poseemos la capacidad de discernir, es necesario que ejercitemos esta capacidad, que desarrollemos la habilidad de discernir, y que la

¹⁰ Cfr. MERINO Patricio, La categoría “Signos de los tiempos”: sus significados e implicancias en el Magisterio y en la Teología Católica. En: Anales de Teología. Concepción (Chile). Vol.8 (abr. 2006); p. 65-167.

incorporemos a nuestra vida como una actitud que nos caracterice para prepararnos de verdad como pastores para el Pueblo de Dios. Se espera que los hombres de nuestros pueblos hoy detengan su desenfadada carrera en la que se ven envueltos para escrutar y discernir los signos de los tiempos con la guía de sus pastores, pero, ¿cómo puede guiar alguien que no se ha ejercitado en esta habilidad?, ¿alguien que tal vez pueda dar razón del concepto pero que no sabe cómo hacerlo ni ha incorporado el discernimiento como una actitud en su vida?

Que otros hagan discernimiento es bueno y necesario, que conozcamos sus aportes y los aprovechemos será signo de la sabiduría que hemos logrado y de la apertura que tengamos a los demás como don de Dios para nosotros; sin embargo, nada de esto nos priva de realizar nuestro propio esfuerzo y de ubicarnos críticamente en medio de la historia y del contexto en el que el Señor nos ha llamado a la vida y a esta vocación específica.

Recuperar una formación inicial y permanente abierta al mundo exige no sólo el discurso de los signos de los tiempos, sino tener siempre presente que el hombre y la mujer que peregrinan en la historia son el primer y fundamental camino de la Iglesia, así como reconocer los lugares o espacios principales en los que se juega la relación Iglesia-mundo. Por otro lado, el discernimiento de nuestra realidad no es sólo una exigencia desde nuestro ser discípulos contextualizados en formación, sino también en cuanto que somos, o queremos ser, misioneros que buscamos una acción pastoral más eficaz: *“...Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta”* (DA 366).

¿Qué tanto, al elaborar los planes de formación inicial y permanente, tomamos en cuenta el contexto concreto de la propia Diócesis y Seminario, la doctrina más reciente y los desafíos pastorales más sentidos? ¿De qué manera los procesos de formación inicial y permanente favorecen que la realidad social y eclesial sea mirada en toda su amplitud y profundidad con optimismo desde la fe? ¿Conocemos, al menos medianamente, y valoramos el contexto social y eclesial

como mediación de la vocación al ministerio ordenado y su formación? ¿Cómo se favorece en la formación inicial y permanente que el seminarista y el presbítero vean la realidad desde el discipulado y la misión? ¿Qué lugar ocupa en la formación inicial y permanente el desarrollar el espíritu crítico y el objetivo explícito de desarrollar habilidades para el discernimiento de los “Signos de los tiempos”? ¿De qué manera, o maneras concretas la formación inicial y permanente favorecen que el formando y el presbítero desarrollen su pensamiento crítico y se ejerciten en la habilidad del discernimiento? ¿Cómo se evalúa el desarrollo del pensamiento crítico y del discernimiento en la formación inicial y permanente?

2.1.2. *Insertarse en la cultura crítica y creativamente*

La realidad de grandes cambios no es nueva, nuestros obispos la han reconocido siempre que han tenido la oportunidad de repensar su tarea evangelizadora, pero *“la novedad de estos cambios, a diferencia de los ocurridos en otras épocas, es que tienen un alcance global que, con diferencias y matices, afectan al mundo entero...”* (DA 34).

“La realidad social, que describimos en su dinámica actual con la palabra globalización, impacta, por tanto, antes que cualquier otra dimensión nuestra cultura y el modo como nos insertamos y apropiamos de ella...” (DA 43).

La formación inicial y permanente de los presbíteros tiene el desafío de favorecer la inserción de los seminaristas y los presbíteros en la cultura. No podemos proponer una formación inicial y permanente que pretenda discernir la historia, y dentro de ella los signos de los tiempos, como si estuviera fuera de ella; la cultura de nuestros pueblos, con toda la pluralidad que la caracteriza, envuelve y desafía no sólo nuestro pensamiento sino también nuestra manera de insertarnos en dicha cultura. Este desafío vuelve a exigir una actitud crítica de apertura y de aprendizaje, dispuesta al diálogo y respetuosa de lo diverso.

Retomando la categoría teológica de los “signos de los tiempos”, pero desde otro punto de vista, debemos recordar que la Iglesia está llamada a ser “signo de los tiempos”, en su sentido histórico – teolo-

gal, para los hombres y para las mujeres de hoy; esto es, Sacramento de Cristo y del reinado escatológico de Dios¹¹. En este sentido, y tomando en cuenta la disminución de un significativo liderazgo del ministerio ordenado y, más lamentablemente aún, los no pocos escándalos que se han suscitado por la falta de coherencia de algunos de los ministros ordenados, hechos magnificados por los medios masivos de comunicación, se podría pensar que la formación inicial y permanente de los presbíteros está retada a ser un "Signo de los tiempos" para la Iglesia y para el mundo; esto es, que en los procesos de formación inicial y permanente se pueda manifestar existencialmente a Dios en el presente con una clara referencia a Jesucristo y al Reinado escatológico de Dios.

La formación inicial y permanente es interpelada por Aparecida para insertarse en la cultura actual asumiendo muy en serio la variedad y la riqueza de las culturas latinoamericanas y la variedad que existe en cada país y en cada diócesis (cfr. DA 43 y 56). Algo se ha avanzado en la reflexión y el esfuerzo de una programación adecuada en la formación inicial y no son pocas las exhortaciones que en esta línea se hacen (cf. DA 325), pero este campo es aún virgen en la formación permanente, apenas adelantado por algunos encuentros de presbíteros indígenas; pareciera que por el hecho de recibir la ordenación se ingresara a un grupo a-cultural o que se perdieran las raíces culturales de las que se alimentaron desde la familia y, aunque en menor intensidad, en la formación inicial. *"...asumir la diversidad cultural, que es un imperativo del momento, implica superar los discursos que pretenden uniformar la cultural"* (DA 59).

La formación inicial y permanente está llamada a insertarse, crítica y creativamente, en la cultura de hoy cuando surge una sobrevaloración de la subjetividad individual en la que el individualismo debilita los vínculos comunitarios y se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos subrayándose la realización del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable, en la que se afirman los dere-

¹¹ Sabemos bien que desde la eclesiología no es extraño hablar de la Iglesia como Sacramento de Cristo, Sacramento Universal de Salvación.

chos individuales y subjetivos pero se busca su ejercicio de manera pragmática e inmediatista sin preocupación por criterios éticos (cfr. DA 44-47). Inserta en esta cultura, la formación inicial y permanente ha de asumir el valor de la persona pero manteniendo la dimensión comunitaria de la misma, desafío aún mayor en la formación de los presbíteros diocesanos donde la formación comunitaria ha tenido un déficit mayor. En este aspecto no hay que perder de vista que no es un discípulo y misionero aislado el que está llamado a ser sacramento de salvación, sino la Iglesia toda; no es un presbítero o seminarista aislado quien puede reflejar la sacramentalidad de la Iglesia, sino la comunidad educativa del seminario en su conjunto y el presbiterio, de la misma manera.

La formación inicial y permanente está llamada a insertarse, crítica y creativamente, en una cultura en la que las relaciones humanas se consideran objetos de consumo llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo (DA 46) y donde se hace cada vez más manifiesta la fragmentación de la personalidad (DA 317). En este, como en otros muchos aspectos, la formación inicial y permanente está desafiada a insertarse a contracorriente para favorecer una madurez afectiva y el desarrollo de la capacidad de asumir compromisos definitivos de tal manera que la vocación al ministerio sacerdotal llegue a ser un compromiso de vida estable y definitivo (DA 321).

La formación inicial debe insertarse, crítica y creativamente, en una cultura donde la publicidad conduce ilusoriamente a mundos lejanos y maravillosos donde como sólo se necesita lo inmediato, la felicidad se pretende alcanzar con bienestar económico y satisfacción hedonista (DA 50-51). La influencia de estos rasgos de la cultura actual es grande y la formación inicial y permanente no sólo está llamada a recordar la existencia de tales factores sino formar en actitudes de vida sencilla, de austeridad y de espíritu de sacrificio; ante la tendencia a la espectacularidad, la sencillez de la entrega cotidiana.

La formación inicial y permanente ha de sentirse desafiada por los aspectos positivos de este cambio cultural de manera que los procesos de enseñanza aprendizaje se apoyen, por ejemplo, en el aprecio al valor fundamental de la persona, la búsqueda del sentido

de la vida y la trascendencia, el énfasis en la experiencia personal y vivencial; la formación tiene que asumir estos aspectos positivos, y otros más que se pueden encontrar en la cultura actual, en la manera de acompañar tanto a seminaristas como a presbíteros.

¿Cómo se explicita en los planes de formación inicial y permanente el desafío que tenemos, seminaristas y presbíteros, de insertarnos creativamente en la cultura actual? ¿De qué manera los procesos de formación inicial y permanente favorecen que el seminarista y el presbítero se inserten creativamente en la cultura, por ejemplo en el uso de la tecnología? ¿Somos, como Comisiones nacionales y diocesanas, y como Seminarios y Casa de formación, suficientemente creativos en nuestras propuestas de formación como para despertar el espíritu creativo de nuestros formandos con el testimonio de nuestra acción? La formación inicial y permanente, ¿favorece la formación para el diálogo y para el respeto de lo diverso? ¿Damos espacios a propuestas creativas para realizar una formación abierta a la variedad y riqueza cultural? ¿Cómo incorporamos a los programas de formación inicial y permanente los aspectos positivos y los aspectos negativos de la variada realidad cultural que vivimos? ¿Cómo y con qué frecuencia se evalúa el desarrollo de la criticidad y de la creatividad de nuestros seminaristas y presbíteros para insertarse en la cultura y apropiarse de ella?

2.. Una formación presbiteral inicial y permanente en el contexto de la vida de nuestros pueblos hoy

El primer gran reto, derivado de la primera parte de Aparecida, es repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente contextualizada en la realidad social y eclesial de nuestros pueblos hoy, ya que, *“La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios...”* (DA 367).

De este gran reto se derivan muchos otros, de entre ellos hemos destacado el espíritu crítico y la actitud del discernimiento para mirar la realidad y discernir los “signos de los tiempos” así como la creatividad para insertarse en la nueva cultura. A partir de estos dinamismos

formulamos algunas preguntas haciendo un recorrido de la primera parte de nuestro documento.

2.2.1. *Desafíos desde la situación económica*

Señalan nuestros obispos que "... *La globalización, tal y como está configurada actualmente, no es capaz de interpretar y reaccionar en función de valores objetivos que se encuentran más allá del mercado y que constituyen lo más importante de la vida humana: la verdad, la justicia, el amor, y muy especialmente, la dignidad y los derechos de todos...*" (DA 61).

Dado el papel que debemos desempeñar los presbíteros en medio de la Iglesia y del mundo, la formación inicial y permanente ha de asumir como reto el formar *para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos* (DA 64).

¿Qué estamos haciendo en la formación inicial y permanente para que dicha formación suceda, más allá de tener algunas ideas sobre estos aspectos?, ¿logramos, mediante nuestros procesos formativos, favorecer el desarrollo de las habilidades necesarias y cultivar las actitudes correspondientes para que esto ocurra?, ¿qué tanto estamos capacitados para lograr y para favorecer una comprensión analítica y diferenciada que permita detectar los aspectos positivos y negativos de la globalización?

"... *Una globalización sin solidaridad afecta negativamente a los sectores más pobres. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y opresión, sino de algo nuevo: la exclusión social...*" (DA 65; cfr. 62 - 73).

Desde la contemplación de los rostros de quienes sufren, la formación inicial y permanente ha de asumir como reto formar según la Doctrina social de la Iglesia, según la cual "*el objeto de la economía es la formación de la riqueza y su incremento progresivo, en términos no sólo cuantitativos sino cualitativos: todo lo cual es moralmente correcto si está orientado al desarrollo global y solidario del hombre y de la sociedad en la que vive y trabaja...*" (DA 69).

¿Qué se está haciendo en la formación inicial y permanente para que los presbíteros no sólo sepamos que existe un Doctrina Social de la Iglesia, sino para que la conozcamos y la sepamos aplicar no sólo para exhortar, sino para impulsar proyectos que realmente transformen la conciencia personal y colectiva de los hombres?, ¿qué lugar ocupa en la formación inicial y permanente la opción preferencial por los pobres? El estilo de vida del seminario y la forma de vida de los presbíteros, ¿facilitan la contemplación de los rostros de quienes sufren, o los ocultan?, ¿somos sensibles a la realidad de la exclusión¹²?, ¿cómo se favorece una formación para que los presbíteros seamos capaces de promover una globalización de la solidaridad? ¿Qué estructuras administrativas y económicas se viven en nuestras parroquias?, ¿cómo se relacionan los principios formativos sobre la pobreza con las formas administrativas en uso en las parroquias?; la formación presbiteral que se ofrece, ¿parte de esta realidad de administración y logra concretarse en proyectos viables para lograr una administración más coherente con las propuestas de la Iglesia¹³?

2.2.2. *Desafíos desde la dimensión socio-política*

“Constatamos un cierto progreso democrático que se demuestra en diversos procesos electorales. Sin embargo, vemos con preocupación el acelerado avance de diversas formas de regresión autoritaria por vía democrática...” (DA 74).

La formación inicial y permanente tiene como reto el que los presbíteros sepamos que es necesaria una democracia participativa basada en la promoción y respeto de los derechos humanos y que seamos capaces de impulsarla (cfr. DA 74).

¿Qué tanto los procesos de formación inicial y permanente favorecen la sensibilidad de los presbíteros antes las realidades sociales y políticas?, ¿cómo se nos ayuda a desarrollar el discernimiento en estos campos? ¿De qué manera la formación inicial y permanente ofrece a los presbíteros elementos para formar a los laicos en su participación social y política?, ¿de qué manera nuestros programas de formación

¹² Cfr. DA 65.

¹³ Cfr. DA 61.

favorecen que los presbíteros valoren y acepten la aportación de los laicos en estos campos?

2.2.3. *Desafíos desde la biodiversidad y la ecología*

“América Latina es el Continente que posee una de las mayores biodiversidades del planeta y una rica socio diversidad, representada por sus pueblos y culturas” (DA 83).

La formación inicial y permanente está ante el desafío de crear la conciencia en los presbíteros para que nos comprometamos en favorecer que desde la fe se conserve esta riqueza para bien de la humanidad y no sea un elemento más para la explotación y la desigualdad.

¿De qué manera los programas de formación asumen este compromiso?, ¿se está logrando que, gracias a los procesos formativos, los presbíteros tengamos nuevas actitudes en estos campos? ¿Ofrecen, los programas formativos elementos que nos permitan guiar al pueblo de Dios en estos aspectos? ¿El seminarista y el presbítero se están formando como señores de la naturaleza y para formar en este señorío?

2.2.4. *Desafíos desde la presencia de los pueblos indígenas y afroamericanos en la Iglesia*

Los indígenas constituyen la población más antigua del Continente y son la primera raíz de la identidad latinoamericana, los afroamericanos constituyen la segunda raíz, mientras que la población pobre que emigró de Europa constituye la tercera raíz. De estos grupos y de sus correspondientes culturas se formó el mestizaje que es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños (cfr. DA 88).

La formación inicial y permanente está ante el reto de favorecer que los presbíteros promuevan el respeto y el reconocimiento de los indígenas y afroamericanos, de acompañarlos en las luchas por sus legítimos derechos, de alentarlos a participar en la vida de la Iglesia y de favorecer un proceso de inculturación discernido a la luz del Magisterio (cfr. DA 89-97).

En los procesos de formación inicial y permanente, ¿se ofrecen los elementos suficientes para lograr que los presbíteros asuman este desafío y cuenten con los elementos que hagan eficaz su acción pastoral en estos campos?

2.2.5. *Retos desde la situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica*

Hemos de tener claro que nos desafían tanto las luces como las sombras de nuestra Iglesia, aquellas para avivarlas y éstas para iluminarlas.

La formación inicial y permanente de los presbíteros ha de tener en cuenta los logros pastorales de la Iglesia para conservarlos y llevarlos a su madurez, de tal manera que no sólo no se pierda la riqueza de dones que el Señor ha sembrado en nuestra comunidad creyente, sino que los sigamos haciendo fructificar. Aparecida hace un elenco de tales frutos pastorales en el número 99 y señala, inmediatamente en el número siguiente, que a pesar de los aspectos positivos que les alegran no pueden desconocer también las sombras. El número 100 de nuestro documento hace un elenco de las sombras más destacadas en nuestra iglesia latinoamericana.

Al elaborar los programas de formación inicial y permanente, cada Comisión nacional y diocesana, cada Seminario y Casa de formación religiosa, debiera hacer su propio reconocimiento de los frutos pastorales de su Iglesia particular para asumirlos como un tesoro que hay que conservar o como un fundamento y punto de apoyo para construir algo más.

Los programas de formación inicial y permanente, al reconocer las luces y las sombras de la propia Iglesia no sólo han de mirar el presente, sino intuir las grandes tendencias de tal manera que la formación de nuestros presbíteros, gracias a una mirada de futuro, favorezca que los presbíteros no lleguemos tarde a la cita.

¿Sobre qué frutos y qué sombras pastorales se construyen los programas de formación inicial y permanente de los presbíteros?, ¿se asumen estas luces y sombras con una mirada prospectiva?

Vivimos una época en que los cambios son vertiginosos, los datos que hemos podido considerar sobre nuestro contexto actual son cambiantes y no reflejan sino instantáneas de la realidad; sin embargo, ellos nos permiten reconocer las grandes tendencias que desafían nuestro entendimiento y estimulan nuestra creatividad a fin de que realicemos una formación inicial y permanente contextualizada que contribuya a repensar profundamente y a relanzar con audacia la misión de la Iglesia.

2.3. Pistas para la formación inicial y permanente de los presbíteros a la luz de la segunda y tercera parte de Aparecida

Queda pendiente escrutar la riqueza de la segunda parte de Aparecida que nos permite reconocer lo que nuestros obispos destacan de la enseñanza de la Iglesia para iluminar la realidad de nuestra América Latina hoy, así como la tercera parte que nos deja ver cuáles son las tareas que debemos asumir para que nuestros pueblos tengan vida, aquí simplemente adelantamos algunas preguntas que pueden ayudarnos a desarrollar el pensamiento crítico y creativo para repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la tarea de la formación inicial y permanente a la luz de Aparecida.

2.3.1. Repensar y relanzar la formación desde la vocación

No hay que perder de vista que la vocación en general, y la vocación al ministerio ordenado en particular, en cuanto diálogo permanente, vital y amoroso exige escuchar y discernir el llamado, lo cual requiere pensamiento crítico; y reclama una respuesta, lo cual exige tomar decisiones, optar, y que todo esto sucede para una misión que hoy exige creatividad. A pesar de que Aparecida llama la atención sobre la identidad sacerdotal como una de los desafíos, conviene tener en cuenta que el problema no es tanto de doctrina, cuanto de experiencia; se trata de un asunto existencial en el cual es necesario destacar las actitudes y de entre ellas la honestidad, la coherencia y la fidelidad.

¿Qué concepto de vocación está en el trasfondo de los programas de formación inicial y permanente de los seminaristas y presbíteros?

los destinatarios de la formación, ¿se auto-apropian y auto-trascienden como discípulos y misioneros? ¿Se recomienza desde Jesucristo que llama al seguimiento?, ¿cómo se favorece la adhesión y la configuración con el Señor?, ¿cómo se evalúan las actividades que se programan para este fin?; ¿cómo se favorece el desarrollo del pensamiento crítico y creativo de seminaristas y presbíteros al considerar la teología del ministerio ordenado?

2.3.2. *Repensar y relanzar la formación desde y para la comunión de la Iglesia*

¿Qué debemos revisar en los procesos formativos para que los seminarios sean de verdad casas y escuelas de comunión?, ¿qué cambios estructurales se requieren para que el resultado de los procesos formativos se aleje de un clericalismo autoritario, de un burocratismo eclesial?, ¿qué está faltando para que las comunidades educativas y los presbiterios superen la pasividad, la apatía y la dependencia? ¿Qué cambios tenemos que provocar en los procesos formativos para que los presbíteros logremos maneras más sanas de relacionarnos con los demás, especialmente con los jóvenes y con la mujer?

¿Qué cambios debemos procurar para que la formación presbiterial sea verdaderamente acompañada por el pueblo?, ¿qué tiene que ocurrir en las estructuras formativas para que en los procesos de formación sean escuchadas y atendidas las necesidades del pueblo y las preocupaciones del presbiterio?

No es la primera vez que se levanta la voz para invitar a repensar profundamente las estructuras de la formación; ya en otros momentos, pastores y pensadores de América Latina han invitado a revisar con osadía evangélica la forma y estructura de los Seminarios en América Latina¹⁴. ¿Qué estructuras debemos cambiar en la formación inicial?, ¿qué formas debemos crear para la formación permanente de manera que sea realmente permanente, continua e integral y no ocasional, esporádica y atomizada?, ¿qué estructuras debemos abandonar?, ¿cuáles crear?

¹⁴ MC. GRATH, Marcos, G. *Cómo viví el Concilio y el Postconcilio: El testimonio de los padres conciliares de América Latina*. Bogotá: Paulinas-Celam, 2000. P.177-178.

2.3.3. *Repensar y relanzar la formación a través de itinerarios*

Es cada vez más aceptado el discurso de la formación continua, pero no siempre tal principio encuentra formas realmente operativas para que esto suceda y ocurra de forma progresiva siguiendo las diversas etapas; no siempre los equipos de formación están habilitados para acompañar desde la diferenciación de las etapas por las que pasa el seminarista y el presbítero, no siempre quien acompaña conoce y aprovecha los riesgos y las posibilidades de cada etapa; el desafío mayor es lograr procesos de acompañamiento, tanto personal como grupal, que favorezcan un “continuum, que sepan reconocer las características, los riesgos y las posibilidades de las diversas etapas, los momentos de las personas y la libertad del Espíritu que sopla donde quiere y cuando quiere.

¿Existe un plan global de formación presbiteral que contemple tanto la formación inicial como la permanente en la Iglesia particular?, ¿Cómo se integran los programas de formación con los de promoción? ¿Cómo se inserta el plan global de formación con el plan orgánico de la diócesis? ¿Cómo se explicita la continuidad entre las diversas etapas de la formación y cómo se evalúa?

Una formación planificada que impulse procesos, exige ir a contracorriente pues se prefiere hoy vivir día a día, sin programas a largo plazo.

Por otro lado, una formación que asuma itinerarios puede apoyarse en la descripción de perfiles que se esperan en cada una de las etapas, al menos las más significativas, de manera que tales perspectivas orienten tanto la programación como la acción operativa y la evaluación. Los perfiles no sólo auxilian al formador, sino también al seminarista y al presbítero en procesos de formación. Si se marca un perfil hay que procurar un proceso, una serie de etapas que nos conduzcan a la consecución de tales perfiles, sin dejar de reconocer la diversidad de cada persona y de cada Iglesia particular.

2.3.4. *Repensar y relanzar la formación permanente en situaciones de crisis*

Las experiencias de crisis se pueden dar en cualquier momento del proceso de la formación, sea inicial o permanente. Es necesario, por ello, que los procesos de formación, sin abandonar la súplica de la gracia de la conversión y la esperanza, asuman en serio el reto de acompañar en estas situaciones¹⁵.

Dado que no siempre tales situaciones fueron detectadas durante la formación sacerdotal inicial, o no fueron suficientemente resueltas, o bien fueron alcanzando su expresión más crítica durante la vida sacerdotal, la formación permanente no puede excluir de sus planes programas especiales de acompañamiento.

Se dan situaciones leves y situaciones graves, para aquellas hay que procurar una formación que reavive el don de Dios, para éstas un acompañamiento encaminado a sanar desde la misericordia y la esperanza. No hay que perder de vista que, como para toda la Iglesia, para el ministro ordenado “... *nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad...*” (DA 12).

¿Cómo son asumidas y acompañadas por la formación permanente las situaciones de infidelidad, de instalación y mediocridad, los estilos de vida “light” en la Iglesia particular?

Situaciones más complejas no faltan, más aún, son cada vez más frecuentes y escandalosas y requieren un acompañamiento aún más especializado para sanar; procesos que han de estar sostenidos por la misericordia e iluminados por la esperanza. Toda forma de vida experimenta enfermedades, toda guerra cuenta sus heridos, ¿qué poca misericordia refleja un presbiterio y un obispo que no se preocupen por atender a sus “enfermos”, a sus “heridos de batalla” sea creando sus propios centros especializados, sea canalizándolos a donde pueden ser atendidos.

¹⁵ “nos alientan los signos de la victoria de Cristo resucitado, mientras suplicamos la gracia de la conversión y mantenemos viva la esperanza que no defrauda” (DA 14).

¿Con qué programas especializados cuenta la Iglesia particular y cómo los hace operativos para acompañar a los presbíteros que requieren atención especializada?, ¿cómo son tomados en cuenta y acompañados quienes no han sabido asumir y resolver las crisis como oportunidades de crecimiento, tiempo de gracia para discernir y reorientar la vida?, ¿cómo son acogidos quienes han resuelto total o parcialmente sus fracasos y se han de incorporar al ministerio con las secuelas de las heridas sufridas?

2.2.5. *Repensar y relanzar la formación para relanzar la misión*

El tercer gran reto, derivado de la tercera parte de Aparecida, es repensar, programar y hacer operativa una formación inicial y permanente que no sólo brinde los conocimientos necesarios, sino que favorezca el desarrollo de las habilidades requeridas y la adquisición de las actitudes correspondientes para que los ministros ordenados sean portadores de la vida de Jesucristo para nuestros pueblos. *“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera”* (DA 370).

¿Cómo se asume el pensamiento crítico y creativo para formar en la caridad pastoral? ¿Cómo se favorece el desarrollo del pensamiento crítico y creativo de seminaristas y presbíteros al considerar la misión que la Iglesia ha de realizar para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo?, ¿Qué tareas tenemos pendientes para que nuestros seminaristas y nuestros presbíteros desarrollen el nivel que se requiere de pensamiento crítico y las actitudes necesarias para el cambio de estructuras pastorales? ¿Cómo se han incorporado las orientaciones pastorales de Aparecida en la finalidad pastoral que debe estar a la base de la formación de los presbíteros? ¿Qué tan creativos están siendo los seminaristas y los presbíteros en sus experiencias pastorales?

Conclusión

¿Cómo repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros de manera que seamos, de verdad, discípulos y misioneros que respondamos

a nuestra vocación y comuniquemos por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo? Esta ha sido la cuestión de fondo que hemos tenido a lo largo de esta reflexión.

Sin pretender agotar la respuesta a esta pregunta, nuestra reflexión ha querido recordar dos elementos fundamentales de los procesos de enseñanza - aprendizaje que no sólo deben ser comprendidos sino incorporados a la formación presbiteral integral y gradual: el desarrollo del pensamiento crítico y el desarrollo del pensamiento creativo. Sólo con un pensamiento de estas características podremos distinguir, discernir y asumir lo que Dios está pidiendo a la formación inicial y permanente de los presbíteros a la luz de Aparecida.

¿Qué nos deja ver la luz de Aparecida? El documento nos permite reconocer rasgos de una realidad que debe ser asumida, nos destaca un marco doctrinal que debe ser enfatizado y nos propone unas orientaciones pastorales que deben ser incorporadas para que la misión de la Iglesia sea repensada profundamente y relanzada con fidelidad y audacia. La formación inicial y permanente de los presbíteros, clave para detonar tal renovación, está ante el desafío de favorecer la adquisición de los conocimientos necesarios, el desarrollo de las habilidades requeridas y el cultivo de las actitudes correspondientes para que tal renovación suceda. La luz de Aparecida ilumina a toda la Iglesia y deja ver, en lo específico de la formación presbiteral, que muchas cosas deben ser replanteadas.

La vida del seminarista y del presbítero ha de ser un camino permanente de auto-apropiación y de auto-trascendencia, superando la comodidad, el estancamiento, el cansancio, la desilusión y la tibieza. Hemos de estar en continua búsqueda y replanteamiento de nuestro ser y nuestro quehacer siempre abiertos al amor de Dios revelado en Cristo y conscientes de que éste se manifiesta también en el cariño, comprensión y aprecio de la comunidad a la que servimos.

Repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia la formación inicial y permanente de los presbíteros ha de ser una tarea ininterrumpida para reavivar nuestro modo de ser presbíteros y revitalizar nuestro quehacer presbiteral. Sólo desde este esfuerzo, personal y comunitario responderemos al deseo y exhortación de



nuestros obispos de recuperar el fervor espiritual, conservar la dulce y confortadora alegría de evangelizar y recobrar el valor y la audacia apostólicos para que el mundo actual pueda recibir así la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo. (cfr. DA 552).

Presencia de los laicos en la formación presbiteral

Pbro. Lic. Alejandro García Sánchez*

Síntesis

Como el mismo autor lo manifiesta, su intención es incentivar la participación de los laicos en la formación presbiteral. Esta propuesta viene a ser un llamado a toda la Iglesia en cuanto realidad de comunión y participación; es una interpelación a los laicos para que asuman su responsabilidad desde su vocación específica en la formación de sus pastores y, sobre todo, es un desafío a los pastores, para que abran los espacios pertinentes a la participación de los laicos en la formación de los presbíteros.

Siguiendo los procesos de la promoción, de la formación inicial y de la formación permanente de los presbíteros, el autor nos lleva a reconocer la importancia de la familia y de la parroquia de origen de los candidatos al ministerio, se detiene a destacar la participación de los laicos en la comunidad educativa del Seminario y en los procesos

* Sacerdote de la Arquidiócesis de San Luis Potosí en México. Licenciado Canónico en Teología con Énfasis en Formación Sacerdotal. El presente artículo es parte de su trabajo de investigación titulado: "La corresponsabilidad de los laicos en la formación de sus pastores: un aporte desde la eclesiología de la comunión". Actualmente es formador del Seminario Mayor de San Luis Potosí.

de consulta al Pueblo de Dios sobre la idoneidad de los candidatos así como en la participación de los laicos en el camino de santificación de sus pastores. El artículo se cierra abordando uno de los muchos aspectos en los que la formación presbiteral tendrá que abrirse a nuevas y creativas experiencias: la participación de la mujer en los procesos de formación de los pastores.

Palabras clave: Ministerio Sacerdotal, Formación Sacerdotal, Laicos, Comunión Eclesial.

Presence of the priests in the presbytery formation

Summary

As the author places his intention, he intends to encourage the participation of the laity in the priestly formation. This proposal is a call to the whole Church about real communion and participation. It is a challenge to the laity to assume their responsibility from their specific vocation founded in the formation of pastors and above all, it is a challenge to pastors, to open the appropriated fields to lay participation in the training of priests.

Following the process promotion of the initial formation and the permanent education of priests, the author leads us to recognize the importance of family and parish based on the candidates to the priestly ministry. The author emphasizes on the participation of the laity in the educational community of the seminar. Also in the consultancy process to the town of God about the understanding of the candidates and the involvement of the laity in the way of sanctification of their pastors.

The article concludes by addressing one of the many ways in which priestly formation will be open to creative new experiences: the participation of women in the processes of formation of the shepherds.

Keywords: Priestly Ministry, Formation of Priests, Laity, Ecclesial Communion.

Introducción

El motivo principal de la presente investigación es incentivar la presencia de los laicos en la formación de sus pastores en razón de su pertenencia al pueblo de Dios en quien el Padre y el Hijo por su Espíritu suscita abundantes carismas y ministerios (LG 12; 35. AA 3).

En este campo tan importante y fundamental para la tarea evangelizadora de la Iglesia se ha de tener en cuenta que “la renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos” (EAm 44). Por eso:

“Teniendo presente [...] las indicaciones de la Exhortación Christifideles laici y de la Carta Apostólica Mullieris dignitatem, que advierten la utilidad de un sano influjo de la espiritualidad laical y del carisma de la feminidad en todo itinerario educativo, es oportuno contar también –de forma prudente y adaptada a los diversos contextos culturales– con la colaboración de fieles laicos, hombres y mujeres, en la labor formativa de los futuros sacerdotes. Habrán de ser escogidos con particular atención, en el cuadro de las leyes de la Iglesia y conforme a sus particulares carismas y probadas competencias. De su colaboración, oportunamente coordinada e integrada en las responsabilidades educativas primarias de los formadores de los futuros presbíteros, es lícito esperar buenos frutos para un crecimiento equilibrado del sentido de Iglesia y para una percepción más exacta de la propia identidad sacerdotal, por parte de los aspirantes al presbiterado” (PDV 66).

Los padres sinodales desean que la colaboración de los laicos en la formación ayude a crecer en un equilibrado sentido de Iglesia, tanto de parte de los futuros pastores como de los mismos laicos. Y se desea también un mejor entendimiento de la identidad presbiteral pues “cuanto más se profundiza el sentido de la vocación propia de los laicos, más se evidencia lo que es propio del sacerdocio” (PDV 3; 41).

1. La importancia de la familia de origen en la formación

La familia tiene un lugar irremplazable entre los laicos que colaboran en la formación de los futuros pastores, quien junto a la parroquia, las comunidades de origen, asociaciones, movimientos juveniles, “siguen ejerciendo un influjo no indiferente en la formación del futuro sacerdote” (PDV 68).

La exhortación postsinodal Pastores *Dabo Vobis* recuerda la importancia de la familia como origen de la vocación al presbiterado, durante el período de formación y en la formación permanente del ministro ordenado.

Al inicio, la familia es aquella que ofrece “las condiciones favorables para el nacimiento de las vocaciones”, pues ella está llamada a ser “como un primer seminario” (PDV 41; 82). Es el espacio propicio para que toda persona adquiera las aptitudes fundamentales para comprometer su vida al servicio del bien, ya que,

“la Palabra, leída asiduamente en la familia, la construye poco a poco como iglesia doméstica y la hace fecunda en humanismo y virtudes cristianas; allí se constituye la fuente de las vocaciones [...]. En un ambiente familiar con estas características no será difícil que los hijos sepan descubrir su vocación al servicio de la comunidad y de la Iglesia y que aprendan, especialmente con el ejemplo de sus padres, que la vida familiar es un camino para realizar la vocación universal a la santidad” (EAm 46).

En el caso de que las primeras semillas de vocación sacerdotal no sea posible cultivarlas o no sea propicio cuidarlas en un Seminario Menor, las familias están llamadas, junto con la comunidad cristiana,

a ser compañeras de la vocación de los hijos, pero sin violentarlos en su decisión (PDV 64).

Durante el período de formación, el documento pontificio pide que todos los miembros de la familia “sepan acompañar el camino formativo con la oración, el respeto, el buen ejemplo de las virtudes domésticas y la ayuda espiritual y material, sobre todo en los momentos difíciles” (PDV 68).

Es tan decisiva la situación familiar del seminarista, que dependiendo de la formación que el joven adquiere en el hogar se tendrá que planear el proceso de acompañamiento durante su etapa de seminario¹. Atrás ha quedado el tiempo cuando se recibía niños y jóvenes con una educación familiar y cristiana común. Hoy, uno de los pecados en la educación ofrecida en el seminario es suponer actitudes y aptitudes que se cree debieron forjarse en casa, mas en realidad se carece de ellas a causa de los problemas por los que pasan las familias en el mundo actual.

Esto implicará comprometerse en una formación más personalizada, donde el formador tendrá que aprender a salir al encuentro de las familias para conocer su realidad, sus valores y limitaciones, y poder comprometerlas en el proceso de crecimiento del joven con tareas concretas a realizar. A partir de ahí se podrá comprender al joven y proponerle caminos de crecimiento de acuerdo a su situación, de manera que la formación pueda explotar lo mejor que cada joven ha recibido en casa, lo promueva y lo ponga en práctica². El seminario debe cuidar, entonces, de no convertirse en un recipiente

¹ Haciendo una analogía, se puede comparar a la familia con el árbol de donde sale la madera para elaborar un mueble y al seminario con el carpintero que trabaja esa materia prima. De modo que toda la solidez y hermosura del mueble depende básicamente de la madera, pero también de la capacidad del carpintero para sacar lo mejor de ella, prepararla lo mejor posible y ubicarla en su lugar indicado.

² El P. Carlos Eduardo Cataño al retomar la expresión pontificia que pone a la familia como el primer y mejor seminario para la vida consagrada (FC 53) afirma que “si cambia la familia, cambiará también la formación presbiteral que dará como resultado un nuevo presbiterio”. CATAÑO, Carlos Eduardo. La familia como “el primero y mejor seminario”. En: Boletín OSLAM. Bogotá. No. 43 (Jun-Dic. 2003); p. 20. Sin embargo, valdría la pena preguntarse ¿debe adecuarse la familia a la formación sacerdotal, o bien, la formación sacerdotal debe adecuarse a la realidad que viven las familias? ¿No sería más fácil lo segundo?, de forma que el seminario diera continuidad a la educación recibida en el hogar sin detenerse a ver si hay un cambio en la familia y la sociedad.

que uniforme a las personas, sino que debe ser un lugar que trata y hace a las personas únicas³.

La familia es el lugar donde el joven sigue aprendiendo valores fundamentales para su futuro ministerio pastoral como es la fidelidad, la afectividad manifestada en las relaciones de familiaridad a las que está llamada la Iglesia a dar testimonio (paternidad, fraternidad, filiación), la relación con la mujer como con una hermana, a entender en el amor de sus padres la entrega de la vida, ya que “la caridad pastoral nace del amor familiar. El amor pastoral del sacerdote ha de estar ungido de este carácter afectivo y familiar”⁴.

La Pastores *Dabo Vobis* al hablar de la formación permanente hace ver también la importancia de la familia de origen en la vida del presbítero ya que ella, “en el más absoluto respeto de este hijo que ha decidido darse a Dios y a sus hermanos, debe seguir siendo siempre testigo fiel y alentador de su misión, sosteniéndola y compartiéndola con entrega y respeto” (PDV 79).

Es conviviendo con su familia donde el pastor vive la dimensión filial tan importante para entender y anunciar con su vida el mensaje evangélico, pues sólo recordando y viviendo la experiencia de hijo podrá descubrir y valorar la común dignidad que tiene con todos los hijos de Dios. Esta actitud es fundamental para que el presbítero no se ubique como alguien superior a los demás, sobre todo, de frente a los laicos.

2. La parroquia, promotora de ministerios eclesiales

En América Latina se espera que las parroquias sean “espacios de la iniciación cristiana, de la educación y celebración de la fe, abiertas a la diversidad de carismas, servicios y ministerios, organizadas de modo comunitario y responsable, integradoras de movimientos de apostolado ya existentes, atentas a la diversidad cultural de sus

³ Puede ser de utilidad la lectura del libro de Augusto J. Cury quien estudia la figura de Jesús como maestro, como educador y como artífice de la personalidad de cada uno de los doce discípulos a quienes eligió. CURY, Augusto Jorge. *El Maestro inolvidable*. Bogotá: Paulinas, 2005. 280 p. (Colección “Análisis de la inteligencia de Cristo”).

⁴ CATÁÑO. La familia como “el primero y mejor seminario”. Op. Cit., p. 31-37.

habitantes, abiertas a los proyectos pastorales y supraparroquiales y a las realidades circundantes” (DA 170; EAm 41).

La parroquia debe ser el lugar donde la comunidad promueve a cada persona y va suscitando los ministerios que necesita para su misión evangelizadora y en particular el ministerio ordenado⁵.

Así que cada parroquia está llamada a no depender sólo de la Pastoral Vocacional Diocesana, sino que debe tener su propio equipo de promoción de ministerios y servicios eclesiales, con un proyecto y acompañamiento integral de los jóvenes que ven en el servicio a la Iglesia una respuesta para sus interrogantes juveniles y búsqueda de realización, ya sea como teólogos, en la promoción social, en el servicio a los enfermos, en la caridad, en la catequesis, en la liturgia o en otros campos de apostolado. Estos carismas o aptitudes se concretizarán, luego, en la diversidad de vocaciones: vida religiosa, vocación sacerdotal o vocación laical⁶.

“En estrecha relación con las familias está la comunidad parroquial: ambas se unen en el plano de la educación en la fe; además, con frecuencia, la parroquia, mediante una específica pastoral juvenil y vocacional, ejerce un papel de suplencia de la familia [...]. La comunidad parroquial debe continuar sintiendo como parte viva de sí misma al joven en camino hacia el sacerdocio, lo debe acompañar con la oración, acogerlo entrañablemente en los tiempos de vacaciones, respetar y favorecer la formación de su identidad presbiteral, ofreciéndole ocasiones oportunas y estímulos vigorosos para probar su vocación a la misión” (PDV 68).

⁵ “La pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios. Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones” (PDV 41).

⁶ La comunidad parroquial o cualquier otra comunidad cristiana está llamada a acompañar a los jóvenes en sus búsquedas y ofrecerles con claridad el seguimiento de Jesucristo como aquello que da sentido y rumbo a su vida: SARAIVA MARTINS, José. La Iglesia en los albores del Tercer Milenio : Reflexiones teológico-pastorales. Madrid: BAC, 2003. (BAC Estudios y Ensayos; no. 43). p. 170-177.

El compromiso de la comunidad cristiana tiene que ser todo un servicio pastoral de animación de la ministerialidad de la Iglesia en la diversidad de carismas que el Espíritu va suscitando, y también como un servicio de acompañamiento y apoyo para sus ministros y pastores en todas las etapas de la vida.

3. Los laicos en la comunidad educativa del Seminario

Muchos laicos participan en tareas administrativas o servicios del seminario, que si bien continuamente son un testimonio de amistad, trabajo, responsabilidad, atención, servicio para la formación de los futuros pastores no se sienten del todo involucrados en la tarea formativa y por lo general se les da poco espacio en los seminarios para que aporten, no como empleados, sino como cristianos a la preparación de sus futuros pastores.

En razón al *sensus fidei*, que es como una especie de capacidad para percibir lo que viene de Dios común a todo el pueblo de Dios (LG 12), el Vaticano II pide que “los sagrados pastores [...], reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Hagan uso gustosamente de sus prudentes consejos, encárguenles, con confianza, tareas en servicio de la Iglesia, y déjenles libertad y espacio para actuar, e incluso denles ánimo para que ellos, espontáneamente, asuman tareas propias” (LG 37).

Los laicos pueden participar y hasta ser encargados de varias tareas formativas dentro del seminario⁷, pues “se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión” (DA 202). Pues sólo con los carismas y capacidades profesionales de los laicos se conseguirá una formación más integral de los futuros pastores, y por la misma naturaleza profética de la vocación cristiana, aportan su peculiar visión de la misión de la Iglesia y de la santificación del mundo para el discernimiento que ha de hacer la Iglesia y el seminario para responder al mundo de hoy.

⁷ Para una mayor apertura a la participación de los laicos en la formación de sus pastores será necesario cambiar la antigua distinción entre Iglesia docente e Iglesia discente, donde unos saben y otros no. Para ampliar sobre el tema se puede consultar: BOFF, Iglesia: carisma y poder. Op. Cit., p. 219-226.

Ya es más común la participación de laicos en importantes campos de acompañamiento formativo, como son los profesores de filosofía y teología⁸, psicólogos, doctores y otros campos administrativos. Sin embargo, independientemente de la forma como participen los laicos, se les han de abrir mayores espacios de opinión y decisión en la vida del seminario. No sólo como mero consejo al equipo de formadores, sino integrando algunos de ellos en razón de su consagración bautismal, de su capacidad y protagonismo, al equipo de formadores⁹.

En todo aquel campo de la formación en que no sea indispensable la presencia del ministro ordenado, cuyas notas principales son la presidencia de la comunidad, su ministerio sacramental y el testimonio propiamente dicho de la vocación presbiteral, podría darse espacio a los laicos y laicas.

Ellos podrían colaborar como ecónomos, secretarios, bibliotecarios, promotores vocacionales, en el acompañamiento de algunos grupos en las primeras etapas; a nivel del desarrollo humano (psicología) ayudarían mucho en la elaboración del proyecto de vida, en el tratamiento y superación de algunas patologías psicoafectivas, en el descubrimiento del afecto y ubicación de sus sentimientos.

Los matrimonios le podrían enseñar al seminarista y al presbítero el valor de la entrega de la vida y el significado de la paternidad, es decir, todo lo referente al campo humano, que es una de las preocupaciones de Aparecida con respecto a los presbíteros: "El tercer desafío se refiere a los aspectos vitales y afectivos, al celibato y a una vida espiritual intensa fundada en la caridad pastoral, que se nutre en la experiencia personal con Dios y en la comunión con los hermanos;

⁸ Ya Congar hablaba de la importancia de promover a laicos para la reflexión teológica, pues deben ser y sentirse más libres que los clérigos en la reflexión teológica y pueden sentirse creadores, sin tener miedo a nuevos caminos, mientras los clérigos tienen la tarea de ser hombres de la tradición de ser hombres de la comunión. Allí mismo ofrece un recorrido histórico sobre la enseñanza científica o doctoral teológica de laicos a lo largo de la historia de la Iglesia. CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 372-377.

⁹ Se puede pensar en la loable tarea que hacen algunas congregaciones religiosas en el área de cocina del seminario, quienes desde su riqueza femenina y del conocimiento que tienen de los jóvenes a lo largo de los cursos, podrían colaborar y complementar grandemente su acompañamiento. A ellas y a muchos otros trabajadores del seminario, a partir de las exigencias de la eclesiología de comunión, se les podría involucrar mucho más en las revisiones periódicas de vida de los jóvenes y formadores y en la toma de decisiones.

asimismo al cultivo de relaciones fraternas con el Obispo, con los demás presbíteros de la diócesis y con laicos” (DA 195).

Ahora bien, en el campo intelectual se puede aprender mucho de los científicos y profesionales de la salud, de la economía, de la política, de la tecnología para una buena elaboración de juicios morales en el acompañamiento de las personas. Y seguramente podrá encender su corazón de pastor el gran celo pastoral de muchos laicos que con gran disponibilidad y libertad se preparan y llevan su experiencia de Dios a donde sean enviados. Un ministro ordenado que sea discípulo podrá dejarse interpelar por la comunidad para su crecimiento personal, pero también la comunidad tendrá que aprender a corregir con fraternidad y misericordia a su pastor.

La presencia activa de los laicos en la formación es importante porque,

“ya desde el seminario, el futuro sacerdote tendría que conocer la espiritualidad laical y compartir su propia espiritualidad con la de ellos, los laicos. Máxime cuando no están en oposición, sino que son dos maneras peculiares de vivir la única espiritualidad: la de pueblo de Dios que es eminentemente bautismal. Esto se complementa con la integración y participación en algunos momentos especiales de trabajo apostólico: así el futuro sacerdote podrá conocer las diversas maneras del quehacer pastoral de los laicos, las diversas asociaciones apostólicas y otros elementos. Esto le llevará a reafirmar su vocación al servicio de todos sin exclusivismos, sabiendo que hay diversidad de carismas, ministerios y realizaciones, aun cuando sea una sola la Iglesia, misterio de comunión”¹⁰.

Esto implicaría, por un lado, la conciencia en el obispo, presbítero y miembros del equipo formador de los alcances de la eclesiología de la comunión, de la teología del laicado y de la teología de los ministerios desde la comunidad; y por otro, una adecuada coordinación e integración por el obispo o el rector de todas las personas que comparten la tarea formativa.

¹⁰ MORONTA. Los Laicos en la Formación de los Sacerdotes. Op. Cit., p. 467.

4. Los laicos santifican a sus pastores

Los laicos, por su configuración con Cristo sacerdote están llamados a ofrecer su vida como sacrificio espiritual a favor de la santificación del ministerio ordenado, “cooperando así con toda la Iglesia en la consagración del mundo realizada continuamente por el Redentor” (LG 34; 10), aún hasta la entrega de la propia vida que es testimonio del amor en plenitud.

Si bien por un lado el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio bautismal, es de la vivencia del sacerdocio bautismal de donde nace la necesidad de un sacerdocio ministerial que presida el culto espiritual de todo el pueblo. He aquí la raíz de la oración por los ministros ordenados, que es ante todo un clamor a Dios para que no deje de haber quién lo haga presente con su vida y ministerio a favor de la comunidad y dirija el culto de alabanza a Dios.

En este sentido va una interesante propuesta de la Congregación para el clero sobre la “maternidad a favor de los sacerdotes” que consiste en

*“un movimiento de oración, que ponga al centro la adoración eucarística continuada durante las veinticuatro horas [...], con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente (a nivel del Cuerpo Místico) con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial” [...]*¹¹.

Por su carácter secular, el laico ayuda al pastor a no perder de vista su vocación a favor de la humanidad entregando la vida por su santificación. Además, el bautizado colabora con el pastor en diferentes ministerios o servicios litúrgicos, que manifiestan la tarea

¹¹ Y en seguida ofrece la Congregación Pontificia una serie de ejemplos de mujeres que a lo largo de la historia de la Iglesia han entregado su vida a favor de la vocación presbiteral. CONGREGACIÓN PONTIFICIA PARA EL CLERO. Adoración eucarística para la santificación de los sacerdotes y maternidad espiritual [en línea]. Ciudad del Vaticano: 2007. <Disponible en: http://www.clerus.org/clerus/dati/2008-01/24-13/Adoracion_sp.html> [consulta: 27 oct. 2008].

santificadora de la Iglesia, como delegados de la Palabra, catequistas, visitantes de enfermos o de encarcelados, animadores de grupos (EAm 44)¹².

5. Las consultas al pueblo de Dios sobre la idoneidad de un candidato al ministerio ordenado

Ciertamente la Iglesia no es ni será nunca una democracia, pero tampoco tiene por qué ser una dictadura¹³. A la luz de lo que se ha dicho sobre la eclesiología de comunión y de la configuración bautismal con Cristo (en particular con su función regia) se puede

¹² Para una Iglesia que ha nacido en las casas, como es la cristiana, siempre será importante lo que puede llamarse la "liturgia del hogar", que es la oración en común, la de la comida u otros momentos de la familia; la intercesión de los padres por los hijos, unas veces en la alegría, otras en las lágrimas, siempre en la fe, la esperanza y el amor. Y todo lo que significa la entrega de la vida por amor a un cónyuge y una familia. Es ahí donde el futuro pastor entenderá su ministerio santificador como la entrega de la vida a favor de congregar a la familia en torno a la mesa del Padre. El P. Congar profundiza en la santificación que hacen los esposos de su hogar a través del sacramento del matrimonio que ellos mismos se administran con la confesión de amor y con la expresión de ese amor en la vida cotidiana a favor del cónyuge y los hijos. Más adelante recuerda que algunos sacramentos, como el Bautismo y la confesión, han sido administrados por laicos, así como la antigua tradición de su colaboración en la distribución de la Eucaristía. CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 227-269. Vale la pena recordar que el actual Código de Derecho Canónico permite que el laico sea ministro del Bautismo (CIC 861) y en el Matrimonio pueda fungir como testigo delegado del Obispo diocesano (CIC 1112).

¹³ Cuando se habla de "democratizar" la Iglesia, no es sólo desde el campo de quién tiene el poder en la Iglesia, sino más bien de asumir una actitud que favorezca la comunión en la Iglesia. Se debe de recordar que el nuevo Testamento nunca usa un concepto de ministerio que implique superioridad, sino más bien propone la fraternidad e igualdad de los miembros del nuevo pueblo de Dios. "Entendido bien esto, se comprende la especial insistencia actual en que la Iglesia haga efectiva lo más realísticamente posible una forma de vida en la cual la corresponsabilidad, la subsidiariedad [...] lleven a una auténtica democratización; en la que quede superada radicalmente toda forma de dominio e imposición, tanto hacia afuera como hacia adentro [...]. Allí donde, en verdad, se excluye, por principio y en la práctica, toda forma de dominio y de poder, allí donde reina el servicio de todos para todos hasta el seguimiento de Jesús en la más profunda kénosis, allí reina la más radical libertad en mutua obediencia en relación a los propios carismas. Una comunidad con estas características estará en las mejores condiciones para vivir la democracia en sus más altos valores [...]. CEBs, comunidades cristianas del más diverso tipo, parroquias, diócesis podrían ver la mejor manera de corresponsabilizarse y comprometerse en la elección de su obispo, por ejemplo. De ninguna manera se trata de un igualamiento u homogenización de responsabilidades, sino de poner en práctica el derecho (vivido en la mejor tradición de la Iglesia) de las comunidades a elegir a sus responsables. Esto supondría, sin más, una auténtica revalorización de las funciones del laico en la Iglesia". PEREZ DE GUERENU. La Iglesia : Nuevo pueblo de Dios. Op. Cit., p. 307-314. Esa eclesiología de comunión y corresponsabilidad renueva la esperanza de un nuevo tipo de Iglesia nacida desde las pequeñas comunidades: BOFF. Iglesia: carisma y poder. Op. Cit., p. 91-123.

concluir que los laicos pueden asumir corresponsablemente muchas tareas estratégicas en la Iglesia (DA 211).

Benedicto XVI ha mencionado que,

*"[...] es importante también la participación activa de los laicos en la formación de la comunidad. Pienso ante todo, en los consejos pastorales y en los consejos de asuntos económicos (CIC 537). Aunque sólo tengan voto consultivo, y no deliberativo, pueden ayudar eficazmente a los pastores a discernir las necesidades de la comunidad y a descubrir las maneras de afrontarlas. La colaboración de los consejos con los pastores debe realizarse siempre con espíritu de solicitud común por el bien de los fieles"*¹⁴.

Entre la diversidad de posibilidades en las que los laicos podrían participar en la dirección de la comunidad cristiana¹⁵, por ahora basta detenerse en la propuesta de abrirles más espacios de participación en la promoción y elección de sus ministros, siguiendo la antigua tradición de la Iglesia donde se consultaba a la comunidad para que aceptara a quien le iba a presidir en la fe.

5.1. Papel de los laicos en la elección de sus pastores en la Iglesia antigua

En la comunidad neotestamentaria la participación del pueblo va desde la elección de los ministros (Hch 6,1-7) hasta su envío para una misión determinada (Hch 15,22-29). Es una época en que la clara conciencia de la autoridad apostólica, la comunión jerárquica, no impide formas activas de colaboración comunitaria.

¹⁴ BENEDICTO XVI. Discurso a los obispos polacos. Citado por: GÓMEZ. Responsabilidad de los laicos en el hoy de América Latina. Op. Cit., p. 232.

¹⁵ El P. Congar en su vasta obra sobre el laicado recupera algunas tareas en las que los laicos han colaborado en la dirección de la comunidad, por ejemplo en la elección de obispos, su participación en los concilios, su ayuda en el poder ejecutivo, administrativo y judicial de la Iglesia, hasta llega a justificar la posibilidad de que un día se vea a un Papa laico. CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 282-310. Vale la pena señalar como una consecuencia de la participación de los laicos en las funciones administrativas de la Iglesia la posibilidad de que en el seminario la tarea de ecónomo pudiera ser desempeñada por un laico, o más de acuerdo con la tradición eclesial por un diácono.

Poco después, en la Iglesia primitiva, si bien había una importante participación de los laicos en la elección de sus obispos no se trataba de una elección democrática, sino de pedir el consentimiento del pueblo sobre la persona que se ha nombrado para presidir a la Iglesia; y que en ocasiones se expresaba con algún signo de aprobación. Durante algún tiempo se mantendrá este aspecto de la participación de los laicos en el consentimiento de la elección del obispo¹⁶.

Aún al final de la época antigua de la Iglesia, los concilios de Orleáns (549) y de París (557) citan aquel principio del Papa Celestino I: "Que no se imponga al pueblo un obispo en contra de su voluntad"¹⁷. Es una época en que el pueblo y los clérigos menores tenían un doble papel: atestiguar a favor de un candidato (testimonium) y pedir al clero la consagración (petitio), y los obispos de la provincia decidían (judicium). Desgraciadamente, la intromisión exagerada del poder temporal en las elecciones alteró el Orden de esta disciplina eclesiástica¹⁸.

¹⁶ En realidad se va dando un proceso en el que se pasa de una participación decisiva a un simple derecho de aclamación popular del candidato elegido. ESTRADA. La identidad de los laicos. Op. Cit., p. 126-129. Cipriano propone como elementos que garantizan la validez de la elección episcopal el juicio de Dios, el testimonio auténtico del clero, el sufragio popular, el consentimiento de los otros Obispos: "Ha sido, pues, elegido Obispo Cornelio por juicio de Dios y de su Cristo, por testimonio favorable de casi todos los clérigos, por el voto del pueblo que allí estuvo presente (de plebis quae tunc adfuit suffragio), por la comunidad de Obispos venerables y de varones buenos" SAN CIPRIANO. Carta LV. 8, 4; Carta LVII. 5, 1-2. CAMPOS. Obras de San Cipriano. Op. Cit., p. 526; 635-636. Otro texto significativo es el de la Tradición Apostólica de Hipólito de Roma que menciona "que se ordene como obispo aquél que, siendo digno, haya sido elegido por todo el pueblo (electus ab omni populo). Una vez pronunciado su nombre, y aceptado, el pueblo se reunirá, el día domingo, con el presbiterio y los obispos presentes, quienes, con el consentimiento de todos, le impondrán las manos mientras el presbiterio se mantiene en quietud". HIPÓLITO DE ROMA. La Tradición Apostólica. Op. Cit., no. 2. También se tiene noticia de que los Statuta Ecclesiae Antiqua exigían para la validez de las elecciones: consenso de clérigos y laicos, presencia o representación de los conventos y obispos de la provincia y la autoridad metropolitana [...]. Tanto en la elección como en la ordenación era normal contar con la presencia de la autoridad civil competente. CONCILIA GALLIAE. Statuta Ecclesiae Antiqua [en línea]. S. I.: 2000. <Disponible en: http://www.documentacatholicaomnia.eu/04z/z_0475-0475__Concilia_Galliae__Statuta_Ecclesiae_Antiqua__LT.doc.html> [consulta : 28 oct. 2008]. CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 288-292.

¹⁷ CELESTINO I, Carta IV, 5. Y el Papa san León I decía: "Quien será para todos, ha sido elegido por todos" SAN LEÓN I, Carta X, 4. Citado por: CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 289-290.

¹⁸ Fueron en primer lugar los príncipes de las nuevas cristiandades originadas por la conversión de los bárbaros quienes a partir del s. VI, en el reino franco, y más tarde bajo la dinastía carolingia acapararon los nombramientos de las sedes episcopales y así inició el régimen feudal. Después a fin de asegurar la independencia eclesiástica en el nombramiento de los obispos, se llegó a hacer de las elecciones episcopales una competencia exclusivamente clerical, primero de los capítulos catedralicios, y luego, con el problema de Aviñón, se hizo competencia del papado. CONGAR. Jalones para una teología del laicado. Op. Cit., p. 291.

Sin embargo, la participación de los laicos en la elección de los obispos nunca ha tenido un poder de regencia o de imponer su voluntad a la manera de una democracia, sino más bien un principio de consentimiento. Se trataba de elegir al más digno a partir de la colaboración de todo el pueblo, pero a la hora de la colación de los poderes sagrados intervenía únicamente el episcopado por la imposición de las manos, con lo que se significaba y sigue significando que el sacramento del Orden es un don para la Iglesia y no la consecuencia del esfuerzo personal o de intereses de una comunidad.

Se puede concluir con el siguiente párrafo de P. Stockmeier:

“Si examinamos la historia del nombramiento de ministros en la Iglesia antigua, veremos con toda claridad que, por lo que respecta a los obispos, se practicó desde el principio la elección por el pueblo y el clero. Las formas de participación fueron sin duda muy distintas; no obstante, es imposible reducir globalmente a una simple aclamación el papel del pueblo. Esto no significa en absoluto que el ministerio eclesiástico se recibiera “de abajo”; lo que ocurre es, más bien, que en la decisión de la comunidad se manifiesta también la intervención del Espíritu Santo. Pero la creciente implicación de los fieles en los intereses y las estructuras de la sociedad de finales de la Edad Antigua dio pie a la aparición de ciertos abusos que se intentó soslayar vinculando más fuertemente la elección de los obispos a las normas eclesiásticas y a la jerarquía, garante de su cumplimiento”¹⁹.

5.2. Los laicos en la elección y promoción de sus pastores

En la actualidad, la corresponsabilidad de los laicos en la promoción de sus pastores involucraría un ejercicio de consulta a la comunidad de origen del candidato cuando éste pide ingresar al seminario a través de la carta de recomendación del párroco. Esto indicaría que quien ingresa al seminario no se promueve a sí mismo o por conveniencias familiares, sino que ante todo su llamado es fruto

¹⁹ STOCKMEIER, P. La elección de obispos en la Iglesia antigua. En: Concilium. Madrid. Vol. 16, no. 157 (Jul-Ago. 1980); p. 8-18.



de su servicio a la comunidad; que su vocación es al servicio (en una vocación específica) y no la búsqueda de un privilegio o status²⁰.

Durante el proceso formativo del seminario podría constituirse, a manera de consejo pastoral, un equipo de laicos, religiosas(os) y presbíteros que en torno al obispo fueran ayudando la vida del candidato con sus observaciones, consejos y correcciones. Cabe resaltar que este consejo pastoral de formación no tendría qué dejarse sólo para la valoración final del candidato, sino como ayuda a lo largo del proceso.

Otra posibilidad de participación de los laicos en las instancias de decisión estaría en la posibilidad de integrar algunos de ellos, varones y mujeres, al Consejo de Órdenes y Ministerios²¹. El fundamento de esta propuesta estaría en una teología de la comunidad, de la común configuración con Cristo Rey y de la común dignidad del pueblo de Dios.

Algunos seglares participarían de manera permanente, en particular aquellos representantes de quienes colaboran continuamente en la vida del seminario (profesores, profesionales que colaboran en su desarrollo humano, personal administrativo, de cocina y de servicio). Y otros laicos podrían ser consultados ocasionalmente según la situación particular del joven, por ejemplo, algunos representantes de su comunidad de origen (parroquia o movimiento juvenil) y de

²⁰ Esto llevaría a preguntarse si la vocación es una inspiración personal o si es la comunidad quien elige a sus ministros. Se puede afirmar más bien un punto intermedio, donde la comunidad confirma de parte de Dios la llamada que hace al joven para consagrarse para siempre a su servicio.

²¹ Tal como es propuesto el Consejo de Órdenes y Ministerios en cuanto "constituido por un grupo estable de sacerdotes" que "en sesión colegiada, estudie los antecedentes de cada candidato a las Órdenes o a los ministerios" manifiesta una visión ministerial basada en una teología del sacramento del Orden que lleva a pensar más en una "selección de personal" para el estado clerical, que en la promoción de ministros para la comunidad. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS. Los escrutinios de la idoneidad de los candidatos. En: CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. La Formación Sacerdotal. Op. Cit., p. 832-833. no. 3143. En todo caso, una tarea como la encomendada a un Consejo de Órdenes y Ministerios compuesto por presbíteros, muy bien pudiera ser realizada por el Consejo Presbiteral.

aquellas comunidades donde ha sido enviado a prestar su servicio pastoral (sobre todo quien lo ha conocido en el Año de Pastoral)²².

Por último, cabe mencionar que si la tendencia actual de la formación permanente del ministro ordenado es ubicarla como "Pastoral de Pastores", tendría que ser esta dimensión pastoral (como se hace con otras tareas pastorales) uno de los objetos de reflexión en organismos de consulta y planeación pastoral como el Consejo Pastoral Diocesano (que incluye laicos)²³. Este mismo Consejo, con la condición de estar bien representado y formado, podría colaborar con su consentimiento en la elección de los obispos, tal como se hacía en la Iglesia antigua.

6. La corresponsabilidad de la mujer en la formación, vida y ministerio de los pastores

Como se ha mencionado, uno de los grandes retos que plantea Aparecida a los presbíteros latinoamericanos es relacionado a "los aspectos vitales y afectivos" y a su continuo camino de madurez humana. Precisamente a la luz de la antropología cristiana de complementariedad desde la diversidad (unidad-dual) del varón y la mujer se ha vislumbrado la importancia de la mujer en el camino formativo, vida y ministerio del presbítero como formadora de aquellas dimensiones propias de su "genio femenino" que complementan y dan plenitud a la vida del pastor como varón²⁴. Así lo atestigua el Papa Juan Pablo II:

²² En la actualidad el Internet facilitaría mucho estas consultas a diversas personas, pues a través de una videoconferencia o un foro virtual podría dar cada persona elegida sus aportes, sin necesidad de hacer grandes desplazamientos o consumir demasiado tiempo. De esta forma, el Rector del seminario al presentar al candidato con la célebre frase de que "según el parecer de la Iglesia ha sido considerado digno" la podrá expresar como testigo y portavoz de una comunidad diocesana que se alegra de su nuevo pastor.

²³ "El Consejo Pastoral Diocesano se fundamenta en la unidad del pueblo de Dios en virtud del Bautismo, mientras que el Consejo Presbiteral se basa en la unidad de ordenación de los presbíteros por el sacramento del Orden [...]. El Consejo Pastoral Diocesano está formado por personas designadas por el obispo o elegidas por diversos sectores, entidades o asociaciones apostólicas". COMAS, Joan B. Consejos Pastorales. En: FLORISTÁN, Casiano. Nuevo Diccionario de Pastoral. Madrid: San Pablo, 2002 (Colección Diccionarios SP). p. 230.

²⁴ Todavía no hace mucho en algunos seminarios se tenía gran desconfianza a la presencia de la mujer a quien se le percibía como un peligro para el celibato de los pastores y formandos, sin embargo, paradójicamente al momento de salir a la vida ministerial la mayor parte de fieles con los que conviven los pastores son precisamente mujeres. Esto ocasiona grandes dificultades para quien no sabe cómo interactuar y trabajar al lado de ellas y en sí mismo no sabe cómo interpretar sus sentimientos. Se tiene así a un pastor encerrado en sí mismo,

"Donde se da la exigencia de un trabajo formativo se puede constatar la inmensa disponibilidad de las mujeres a dedicarse a las relaciones humanas, especialmente en favor de los más débiles e indefensos. En este cometido manifiestan una forma de maternidad afectiva, cultural y espiritual, de un valor verdaderamente inestimable, por la influencia que tiene en el desarrollo de la persona y en el futuro de la sociedad"²⁵.

En el Sínodo sobre la formación de los futuros pastores, de donde emanó la Pastores Dabo Vobis, Mons. Decourtray, arzobispo de Lyon (Francia) propuso con valentía la urgencia de la participación de la mujer en la formación, diciendo que,

"sería un signo de fidelidad viva y verdadera al Espíritu Santo si el Sínodo propusiese al Papa [...], una reforma que desarrolle las condiciones que permitan a los futuros sacerdotes, célibes de sexo masculino, vivir una relación más auténtica con las mujeres. Los responsables en la formación, en su mayor parte, no han sacado todavía las consecuencias del redescubrimiento moderno del carácter radical, ontológico, de las relaciones entre sexos, y de cuanto implica tal relación para un celibato bien vivido y para un ministerio sacerdotal bien ejercido. Parece incluso que se desconocen las enseñanzas conciliares y pontificias sobre la mujer cuando se habla de la formación de los sacerdotes. Partiendo de esto se propone que mujeres, elegidas con los mismos criterios con los que se escogen a los hombres responsables de los seminarios, sean llamadas cada vez en mayor número a participar en la formación de los futuros sacerdotes, poniendo a contribución el carisma pro-

temeroso, machista y sin saber cómo dejarse complementar por la riqueza de la mujer en su trabajo pastoral, más bien la desprecia o aleja para no estar en peligro. Así lo menciona el P. Vera en su investigación sobre los seminarios mexicanos a principios del s. XX: "Se constata una ausencia total de la mujer en todo el proceso formativo de los seminaristas. Cuando se hace referencia a ella, se habla del 'sexo opuesto'. En toda la investigación llevada a cabo, sorprende la presencia absolutamente exclusiva de personajes masculinos. Sólo la Virgen María llenó este vacío poco explicable, pero entendible". VERA SOTO. La formación del clero diocesano durante la persecución religiosa en México 1910-1940. Op. Cit., s/p.

²⁵ Juan Pablo II. Carta del Papa Juan Pablo II a las Mujeres. Op. Cit., no. 9.

*pio de la mujer, en un plano de igualdad con los educadores masculinos*²⁶.

Años después, Juan Pablo II dedicó la carta del Jueves Santo de 1995 para invitar a reflexionar sobre el significativo papel que la mujer tiene en la vida del presbítero como madre, como hermana y como colaboradora en las obras apostólicas²⁷.

6.1. La mujer es madre del pastor

La mujer más importante en la formación del pastor, desde sus inicios hasta la muerte, es indudablemente la propia madre. Rafael Prada reflexiona sobre la madurez afectiva del presbítero a partir de la teoría psicológica del “apego seguro”, y defiende que “una firme adhesión al sacerdocio implica madurez afectiva y concepto de sí consolidado (identidad), y esto depende del patrón de apego que el niño ha formado con su ‘figura materna’”²⁸.

Esa relación desde la primera infancia influirá durante toda la vida afectiva del futuro pastor, de ahí que el ubicar el modelo de apego a la madre le ayudará a comprender la forma como se acerca o busca a las demás personas, y en particular a la mujer.

Según la investigación la presencia de “apego seguro” del pastor a la figura materna es fundamental para la madurez afectiva y el concepto de sí mismo. El modelo de “apego seguro” se desarrolla cuando

²⁶ Y abunda Mons. Decourtray ofreciendo algunas tareas específicas de la mujer en el seminario, como teóloga, en la ambientación y vivencia de la liturgia y sus sacramentos, en el acompañamiento espiritual, en el discernimiento de las vocaciones. Esta intervención estará de fondo en el número 66 de Pastores Dabo Vobis, que si bien no fue recogida en toda su amplitud sí ofrece líneas para la reflexión. DECOURTRAY. Aportación sinodal. Citado por: Editorial. En: Seminarios. Madrid. Vol. 41, no. 136 (abr-jun. 1995); p. 150-151. Precisamente este número de la revista Seminarios recoge una mesa redonda sobre la presencia y participación de la mujer en la formación, que desde su editorial ofrece un interesante comentario y algunas implicaciones teológicas y antropológicas de la presencia de la mujer en el seminario. Estas aportaciones de la revista han motivado la reflexión sobre el tema en el presente trabajo de investigación.

²⁷ JUAN PABLO II. Carta a los sacerdotes para el jueves santo de 1995 [en línea]. Ciudad del Vaticano: 1995. <Disponible en: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii LET_25031995_priests_sp.html> [consulta: 3 oct. 2008].

²⁸ PRADA RAMÍREZ. Madurez Afectiva, Concepto de Sí y la Adhesión en el Ministerio Sacerdotal. Op. Cit., p. 98.

el niño encuentra en la madre una coherente respuesta positiva a sus necesidades, pues se va descubriendo (concepto de sí mismo) como autorizado ya sea a sentirse objeto de amable respuesta, ya sea a manifestar desagrado cuando no la encuentra. Además, construye una representación del otro como afable, benévolo y disponible.

“Un niño que tiene la profunda experiencia de disponibilidad y sensibilidad de la “figura materna” inicia un proceso que lo llevará a sentirse confiado en sí mismo, elástico y flexible en sus sentimientos y, paradójicamente, independiente emocionalmente; la confianza en la relación con la madre se convierte en confianza en sí mismo, la seguridad dentro de la relación de “apego” en seguridad en sí mismo”²⁹.

El mejor candidato al ministerio ordenado, desde el punto de vista psicológico, sería el joven que muestre “apego seguro”. Y en continuidad con el hogar, la comunidad formativa en general tendría que ser para el seminarista un lugar de pertenencia y referencia, una base segura donde se sienta bien y pueda llevar comunitariamente los ideales que ha elegido, retomando y sanando las posibles heridas del pasado. De manera que con el apoyo de sus formadores pueda tomar la vida en sus manos y recorrer el camino de discípulo misionero de Cristo, Buen Pastor.

Ahora bien, ya en la vida del presbítero, hay que aclarar que “el ‘apego seguro’ no es patológico en la edad adulta, todo lo contrario, es necesario. El sacerdote, como cualquier ser humano, está en proceso de maduración, no importa la edad que tenga, necesita una ‘base segura’ en la cual apoyarse. Esa ‘base segura’ se la da su identificación con Jesucristo, su pertenencia a la Iglesia, su comunión con el presbiterio, su ministerio sacerdotal”³⁰.

Pero esa identificación y opción por Jesucristo y la Iglesia no debe ser algo solamente teórica, pues ella no suprime la relación

²⁹ *Ibid.*, p. 82. Esta teoría del “apego seguro” está muy en relación con la primera etapa del desarrollo propuesta por Erik Erikson de la “confianza básica-desconfianza básica”. ERIKSON, Erik. *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Lumen-Horné, 12 ed. 1993.

³⁰ PRADA RAMÍREZ. *Madurez Afectiva, Concepto de Sí y la Adhesión en el Ministerio Sacerdotal*. Op. Cit., p. 171.

afectiva con otros seres humanos concretos, más aún, la exige. Por eso, la amistad en el seminarista y en el presbítero es algo fundamental, amistad con ellos y con ellas; amistad que tenga las características de libre, abierta, humanizante, no cerrada ni deshumanizadora³¹.

En este sentido, el Papa Juan Pablo II autoriza que “un tipo de comunidad mixta tiene una gran importancia para la formación de la personalidad de los muchachos y muchachas”³². Lo que da pie a una posterior reflexión en cuanto a ver la conveniencia de promover que algunas religiosas o laicas compartan la formación con los seminaristas en sus diferentes dimensiones, como camino común en la diversidad de ministerios y vocaciones³³.

³¹ El papa Juan Pablo II recuerda la importancia de la madre en la vida del ministerio ordenado: “María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que El se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con El mediante el ministerio sacerdotal. Detrás de esta misión está la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor de nuestras madres, de la misma manera que tras el sacrificio de Cristo en el Cenáculo se ocultaba el inefable amor de su Madre. ¡De qué manera tan real, y al mismo tiempo discreta, está presente la maternidad y, gracias a ella, la femineidad en el sacramento del Orden, cuya fiesta renovamos cada año el Jueves Santo!”. JUAN PABLO II. Carta a los sacerdotes para el jueves santo de 1995. Op. Cit., no. 3. La Congregación pontificia para el Clero ha promovido la “maternidad espiritual de los sacerdotes”, por la que invita a que “independientemente de la edad y del estado civil, todas las mujeres pueden convertirse en madre espiritual de un sacerdote y no solamente las madres de familia. También es posible para una enferma, para una joven soltera o para una viuda. De modo particular esto vale para las misioneras y las religiosas, que ofrecen toda su vida a Dios para la santificación de la humanidad. CONGREGACIÓN PONTIFICIA PARA EL CLERO. Adoración eucarística para la santificación de los sacerdotes y maternidad espiritual. Op. Cit., s/p.

³² JUAN PABLO II. Carta a los sacerdotes para el jueves santo de 1995. Op. Cit., no. 4. Lola Arrieta afirma que “es impensable una maduración del hombre sin la presencia de la mujer, sin la dinámica de la interrelación. Asimismo es impensable una maduración de la mujer sin esta misma dinámica”. En general será muy valiosa la lectura de toda su aportación en: ARRIETA, Lola. La mujer en la formación de los presbíteros: Psicología-identidad-vocación de la mujer. Citado por: RUBIO MORÁN, Luis y RICO GARCÍA, Jesús. Presencia y participación de la mujer en la formación de los futuros presbíteros. En: Seminarios. Madrid. Vol. 41, no. 136 (Abr-Jun. 1995); p. 164-173.

³³ Pensando en aquellas ciudades donde el seminario diocesano es la única oferta de estudios filosóficos y teológicos podría invitarse a las mujeres a estudiar junto a los seminaristas estas disciplinas; o en la dimensión pastoral podrían propiciarse espacios de trabajo conjunto en la común dignidad de bautizados; en la dimensión espiritual podrían tenerse algunos encuentros o retiros comunes en los que se compartiera el ideal vocacional y la común consagración a la implantación del Reino de Vida; así mismo, en la dimensión humana podrían planearse talleres comunes de crecimiento humano, convivencia, conferencias, espacios de diálogo y acompañamiento. En fin, al pasar de una mentalidad donde la mujer es vista como “el demonio” o un peligro para el seminarista y el presbítero, a valorar la común dignidad y complementariedad del varón y la mujer, pueden surgir una gran variedad de propuestas para una formación más integral, verdaderamente humana.

6.2 La mujer es hermana del pastor

En la carta del Papa Juan Pablo II del Jueves Santo de 1995 se manifiesta la importancia de la mujer en la vida del presbítero e invita a ver a toda mujer como “hermana”, pues sugiere que

“para vivir en el celibato de modo maduro y sereno, parece ser particularmente importante que el sacerdote desarrolle profundamente en sí mismo la imagen de la mujer como hermana. En Cristo, hombres y mujeres son hermanos y hermanas, independientemente de los vínculos familiares [...]. Cada sacerdote tiene pues la gran responsabilidad de desarrollar en sí mismo una auténtica actitud de hermano hacia la mujer, actitud que no admite ambigüedad”³⁴.

Considerar a la mujer como hermana ayuda a ubicarla como alguien valioso, que ama y a quien hay que amar. No reducida a una mera atracción física, sino con quien se relaciona el presbítero con toda la afectividad y amor que corresponde a toda relación de varón y mujer. Ella es una persona y no alguien con quien sólo hay que saber trabajar; es una oportunidad de crecimiento humano-espiritual y no un peligro para la vocación; de ella no se debe huir, se debe más bien compartir la vida en un común respeto a la propia vocación.

En este tipo de relaciones del presbítero y la mujer es posible desenvolver una intimidad madura, cuando ambos se conocen y están dispuestos a externar claramente sus sentimientos, evitando camuflajes y juegos afectivos, que sirven más para manipular al otro.

Ciertamente que esto exige una formación del pastor, tanto inicial como permanente, que lleve a la madurez afectiva a partir de una vigilancia especial sobre los sentimientos y sobre la propia conducta, de manera que pueda continuamente estar renovando su opción por el celibato por el Reino como ofrenda libre de la propia vida, y no como mera disciplina eclesíástica.

³⁴ JUAN PABLO II. Carta a los sacerdotes para el jueves santo de 1995. Op. Cit., no. 5.

Es importante que el presbítero sepa “discriminar” entre emociones de diversos sistemas motivacionales, pues las emociones “sólo sintiéndolas, discriminándolas y controlándolas, las podemos cambiar. Si no admito mis emociones vivo, entonces, una ‘exclusión defensiva’ que me hace negar parte de mi existencia. Por lo tanto no hay otra alternativa que vivir las emociones, sin negarlas ni reprimirlas, dándoles un cauce adecuado según los ideales o ‘proyecto de vida’ que se quiera realizar”³⁵.

Cencini dice que cuando el célibe vive la relación de querer y dejarse querer con cordialidad y calor humano no puede dejarse al azar, sino más bien ha de ser *delineada* (pero no determinada) para no perder de vista la “perla preciosa” por la que se ha optado. Se podría decir que esta actitud vigilante es “el estilo de quien en todas las relaciones desea ser signo límpido del amor de Dios, no invade ni posee, sino que ama y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios”³⁶. En este sentido serán fundamentales los programas y ayudas de la Pastoral de Pastores para favorecer la continua maduración afectiva del pastor.

De ahí que la mujer no es alguien a quien se deba alejar de la vida del pastor, todo lo contrario, sólo en ella se descubre a sí mismo, encuentra la excelencia del amor y su vocación a la humanización-divinización de sí mismo, de la Iglesia y el mundo. Por eso “la relación íntima entre el presbítero y la mujer no sólo es viable, sino necesaria

³⁵ PRADA RAMÍREZ. *Madurez Afectiva, Concepto de Sí y la Adhesión en el Ministerio Sacerdotal*. Op. Cit., p. 176.

³⁶ El autor propone algunas indicaciones que ayudarían a delinear las relaciones del célibe: a) El estilo del “retirarse”, por lo que el virgen sabe o debería saber hasta donde tienen que llegar sus compromisos y se da cuenta cuando alguien lo pone en el centro de la relación, y en coherencia con lo que ama es capaz de hacerse a un lado, pero no primariamente para no cometer pecados, sino para que quien lo ama se dirija hacia Dios. b) Vivir las relaciones con intensidad, pero siempre rozando al otro, o evitando toda actitud o gesto que vaya en el sentido de la invasión de la vida del otro, de la penetración de sus espacios, de la manipulación posesiva de sus miembros, mas bien llevar al amor a ser un espacio de admiración compartida. c) La renuncia del célibe no es una existencia sin sentir, por el contrario es la capacidad de amar de un modo totalmente inédito, no según el lenguaje y la lógica de la atracción instintiva y egoísta, sino a la manera de Dios, que es rico en misericordia y se inclina para abrazar y besar a quien está solo y abandonado. d) La renuncia del celibato planteada como ascensión hacia la belleza, poder percibir la hermosura de todo cuanto le rodea y hacer bello lo que está a su alrededor. CENCINI. *Virginidad y Celibato*, Hoy. Op. Cit., p. 197-204.

para una vida afectiva equilibrada y serena, desde el punto de vista humano y espiritual³⁷.

6.3. *La mujer es colaboradora*

Es muy sugestivo el comentario que hace Isabel Gómez-Acebo sobre la figura de María Magdalena en la Iglesia primitiva:

“Con sorpresa descubrí que la faceta sexual de María, en su relación con Jesús, tiene un peso que desplaza a todos los demás. Es cierto que gana algunos enteros pues el énfasis ya no se coloca en su faceta de prostituta sino de enamorada del Maestro pero todo ello a costa de minimizar su protagonismo eclesial. Me gustaría indagar los motivos ¿Vende más una amante que una colaboradora? Posiblemente esa sea la razón”³⁸.

Se puede afirmar que la manera como se ve la relación de Jesús y María Magdalena, refleja en muchos casos la percepción de la relación del presbítero y la mujer. Se desconfía de ella y se le cataloga más con una connotación sexual, que valorar su importante contribución a la vida de la Iglesia y a la formación humana del presbítero.

La mujer está llamada a colaborar como teóloga, madre espiritual, acompañante del desarrollo humano, testigo de fe y oración en la vida del seminario, catequista, coordinadora de algunos espacios pastorales, entre muchos otros campos que se abren a su femineidad en base a lo que se ha reflexionado hasta aquí. En el ambiente del seminario urge la presencia atenta, amante, generosa de la mujer y de su “genio femenino”, en fin, apremia la manifestación del rostro femenino de Dios en la participación activa de la mujer.

Se debe favorecer a la Iglesia con su intuición femenina a la hora de evaluar los procesos de los seminaristas y discernir la idoneidad de los candidatos al sacerdocio, pues ella es capaz de conocerlos desde

³⁷ [La traducción es mía]. GODOY, Manoel. A Dimensão Humana do Presbítero na América latina : Situação e desafios. En: CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo en América Latina. Op. Cit., p. 214.

³⁸ GÓMEZ-ACEBO, Isabel. María Magdalena: De apóstol, a prostituta y amante. Bilbao: Desclee de Brouwer, 2005. (En clave de mujer...). p. 18.

otra perspectiva, sostenerlos y ayudarlos a crecer desde el afecto y la donación de la vida en el amor. Urge por ello la integración de la mujer a la comunidad educativa del seminario y a los espacios de decisión de la vida pastoral de la Iglesia en este campo de la formación (DA 458b), como son los equipos de formación y los consejos de órdenes.

Ahora bien, frente a la necesidad de replantear la formación del seminario menor, se podría pensar en confiar a matrimonios, laicos o laicas, el cuidado y promoción de pequeños centros de cultivo de la vocación presbiteral en parroquias o decanatos como supletorios de esos espacios de formación inicial, donde los adolescentes sean congregados y si fuera necesario acogidos como internado para ofrecerles la oportunidad de estudio y acompañarlos en su formación integral. Con la ayuda de la mujer en esta etapa con seguridad se podrían sanar heridas familiares que en ocasiones cargan los jóvenes.

En fin, como dice Aparecida, "las mujeres constituyen, en general, la mayoría de nuestras comunidades, son las primeras transmisoras de la fe y colaboradoras de los pastores, quienes deben atenderlas, valorarlas y respetarlas" (DA 455).

Conclusión

Para que la eclesiología de comunión del Vaticano II y en concreto la corresponsabilidad de los laicos en la formación de sus pastores sea una realidad, será fundamental partir de la confianza en que el Espíritu derrama abundantes carismas donde sólo él quiere, y que cada bautizado, según su preparación y aptitudes puede enriquecer a sus pastores con su consejo y colaboración. Una tarea en este campo será indudablemente la formación de algunos laicos en ciencias teológicas y pastorales para que puedan desarrollar sus capacidades en consonancia con toda la Iglesia³⁹.

³⁹ "Así como las plantas no crecen jalándolas del tallo o de las hojas, sino regándolas, poniéndoles abono y cuidándolas de las plagas, así también los laicos no asumirán su corresponsabilidad ni su protagonismo por una decisión voluntarista de los pastores ni asignándoles nuevas tareas o ministerios en la iglesia, sino como fruto de la conversión y la formación paciente, gradual y sistemática. Quizás ahí es donde debemos poner mayor atención, puesto que el déficit apostólico puede deberse a la falta de oración, de conversión o de formación". GÓMEZ GRANADOS. Responsabilidad de los laicos en el hoy de América Latina. Op. Cit., p. 234.

Además será necesario concientizar al presbiterio, a través de la formación permanente, sobre la importancia de la participación de los laicos en la evangelización, de manera que les ayuden en su formación y los integren a instancias decisivas de la vida de la Iglesia.

Ahora bien, para lograr una formación en el Seminario que potencie lo mejor de cada persona será importante que sea personalizada. Esto será muy difícil en cuanto el equipo de formadores no se ayude de aquellas personas con quienes también convive el joven, como es su familia, la parroquia, el grupo juvenil, los movimientos o aquellas personas con quienes comparte su experiencia de pastoral. Parece importante también, a partir de una teología fundada en la comunidad, promover una participación más decisiva de todo el pueblo de Dios en la elección de sus ministros. Sin caer en democratizaciones, se trataría de animar, al estilo de la Iglesia antigua, una mayor consulta a todos los miembros del pueblo de Dios sobre la idoneidad de sus ministros y pastores.

Así pues, los laicos tienen una gran tarea en la vida de la Iglesia, de ahí la urgencia de que se les abran espacios y se les anime a participar. Pero entre ellos, vale la pena resaltar el importante e insustituible papel de la mujer. A ella se le ha tenido como un "peligro" para la vocación de los presbíteros, siendo que por el contrario, la contribución de su femineidad o "genio femenino" es fundamental para que el pastor viva en plenitud su ministerio. La mujer, como lo ha mencionado el Papa Juan Pablo II, es quien humaniza al hombre, quien lo sostiene y le ayuda a descubrir la grandeza del amor. La capacidad total, generosa y desinteresada de amar de la mujer es fundamental para que el ministro ordenado pueda entender su vocación de entrega por amor a la humanidad.



Reseñas Bibliográficas

Martínez Puche José A., op – *Sacerdotes para nuestro tiempo – Juan Pablo II y Benedicto XVI hablan sobre el sacerdocio.* Madrid: Edibesa, 2009, 382 pp. ISBN: 078-84-8407-842-5

El padre Martínez Puche, op ha preparado, con motivo del Año Sacerdotal, esta antología de textos de Juan Pablo II y de Benedicto XVI sobre el sacerdocio.

¿Cómo deberán ser los sacerdotes del siglo XXI, se pregunta el compilador, fieles a Dios, a la Iglesia y a la palabra dada en su ordenación?

La más autorizada respuesta afirma, la dan los dos Papas del siglo XXI: Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ellos han trazado los rasgos característicos de los presbíteros, en el momento de actualizar el Decreto Conciliar *Presbyterorum Ordinis*.

En esta obra aparecen temas tan interesantes como la vocación, la oración, el celibato, la vida eclesial, la santidad, el ministerio, la predicación, la eucaristía, la reconciliación, la vida pastoral, la formación permanente, etc.

Recoge los textos del Pontificado de Juan Pablo II, sobre todo la *Pastores Dabo Vobis* y las cartas a los sacerdotes en el Jueves Santo,

y de Benedicto XVI en sus primeros cuatro años de Pontificado. El compilador tuvo el acierto de transcribir en su totalidad la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis de 1992.

De Juan Pablo II nos ofrece dieciséis temas y cuatro cartas del Jueves Santo (2001-2004); y de Benedicto XVI, sus homilías y discursos sacerdotales de 2005 a 2008 inclusive.

Ciertamente, después de leer estos textos que cobran tanta actualidad, se puede fácilmente elaborar el perfil del sacerdote de hoy.

El Año sacerdotal es una buena coyuntura para refrescar estas importantes enseñanzas sobre el ministerio y la vida del presbítero, y no siempre es fácil tener a la mano, en un mismo volumen, todos estos temas.

Programa Académico del ITEPAL

2010

El ITEPAL es el Centro de estudios del Consejo Episcopal Latinoamericano - CELAM, creado para prestar un servicio de nivel superior en el campo de la formación de la investigación teológico-pastoral a las Conferencias Episcopales América Latina y el Caribe. Los programas ofrecidos por nuestro Instituto pretenden impulsar la formación de los discípulos misioneros del Continente a la luz de las orientaciones del Magisterio Latinoamericano para que "respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo" (DA 14); así nuestras Iglesias locales vivirán en misión permanente y nuestros pueblos, en Cristo, tendrán vida.

DOCTORADO EN TEOLOGÍA

Ofrecido en convenio con la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Tiene como objetivo impulsar la formación de investigadores en el campo de la Sagrada Escritura, la Teología y la Pastoral para que sean capaces de promover procesos académicos de reflexión e investigación y ofrezcan a las Iglesias locales el análisis y el instrumental adecuados para el cumplimiento de su misión.

LICENCIATURAS

Con el aval académico de la UPB el ITEPAL ofrece la Licenciatura canónica en teología con énfasis en formación sacerdotal y teología pastoral. Tiene como objetivo ofrecer una fundamentación teológica de nivel superior, sólida y actualizada, desde la perspectiva latinoamericana y en armonía con la teología universal contemporánea, para impulsar procesos de reflexión, estudio y acompañamiento de las comunidades eclesiales de América Latina y el Caribe en la consolidación de su identidad discipular y misionera al servicio del Reino.

DIPLOMADOS

01. Pastoral juvenil (25 de enero al 19 de marzo)

02. Pastoral vocacional (25 de enero al 19 de marzo)

03. Teología del diaconado permanente (intensivo) (01 al 12 de febrero)

04. Teología en perspectiva latinoamericana (12 de abril al 18 de junio)

06. Pastoral social (20 de abril al 18 de junio)
07. Pastoral catequética (06 al 30 de julio)
08. Pastoral universitaria (06 al 30 de julio)
09. Pastoral educativa (06 al 30 de julio)
10. Procesos diocesanos de pastoral (06 al 30 de julio)
11. Pastoral Castrense (intensivo) (02 al 27 de agosto)
12. Formación presbiteral (02 de agosto al 24 septiembre)
13. Ministerio pastoral (02 de agosto al 24 septiembre)
14. Teología y pastoral presbiteral (27 de septiembre al 19 de noviembre)
15. Pastoral de la comunicación social (27 de septiembre al 19 de noviembre)
16. Misionología (27 de septiembre al 19 de noviembre)
17. Liturgia (27 de septiembre al 05 de noviembre)
CURSOS
01. Actualización bíblica (01 al 25 de marzo)
02. Actualización teológica (18 de mayo al 18 de junio)
03. Bioética (intensivo) (21 al 25 de junio)
04. Teología pastoral 02 al 27 de agosto)
05. Renovación parroquial (30 de agosto al 24 de septiembre)
06. Teología e historia de la misión (27 de septiembre al 22 octubre)
07. Pastoral misionera (25 octubre al 19 de noviembre)
08. El ministerio de la homilía (08 al 19 de noviembre)

Para mayor información comunicarse con el ITEPAL al teléfono 5879710 (Ext. 303) o por email a itepal@celam.org. Visite nuestra web www.celam.org/itepal

Normas de recepción de artículos

1. Dirección de envío

Los artículos deben remitirse por correo electrónico a revis-tamedellin@celam.org o en forma impresa al Instituto Teológico Pastoral para América Latina - ITEPAL, Avenida Boyacá No.169D-75, Bogotá-Colombia.

2. Requerimientos de edición y estilo

La extensión y formato de los artículos deberá adecuarse a las siguientes indicaciones para la publicación en la revista: El artículo no excederá de las treinta (30) páginas de contenido. Todos los autores deberán enviar su contribución en formato Word, interlineado de espacio y medio, tipo de letra Arial, tamaño 12. Es preciso presentar un resumen analítico que no supere las 15 líneas de extensión, (en español e inglés) además de mínimo 5 palabras clave con las que se pueda clasificar el artículo (en español e inglés). Los artículos deberán ser inéditos y originales. Se reciben en otro idioma distinto al castellano.

3. Normas de citación

El autor podrá adecuarse a uno de los siguientes modelos:

En el caso de los libros, en las notas de pie de página, las obras citadas deben tener: Autor (Apellidos en mayúscula seguido del nombre); título del libro; pie de imprenta (ciudad de publicación. Editorial, año de publicación); páginas que se citan.

Ej. DUNN, James. Jesús recordado. El cristianismo en sus comienzos. Estella. Verbo Divino, 2009. p.25-31.

Para citar artículos de revistas, la referencia debe tener: Autor (Apellidos en mayúscula seguido del nombre); título del artículo; nombre de la revista precedido por la preposición En; ciudad de publicación, datos periódicos (v.,n.); datos cronológicos (mes(es) abreviados; año); páginas que se citan.

Ej. BÜRKLE, Horst. La esperanza en otras religiones. En: Selecciones de Teología. Barcelona. v.36, n.144 (Oct-Dic. 1997); p.339-348.

Otras referencias particulares están orientadas en nuestro web site www.celam.org/itepal en el apartado de la Revista Medellín.

4. Recepción y publicación del artículo

Los artículos recibidos se enviarán a algunos especialistas para su evaluación. El director de la revista comunicará por escrito a los autores la decisión tomada. Los autores cuyos artículos sean publicados recibirán tres (3) copias de la revista. Aclaramos que la recepción de los artículos no conlleva a la obligación de publicarlos.

Últimos números publicados de Medellín

Medellín 125	La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Perspectivas y desafíos
Medellín 126	Magisterio Pontificio y V Conferencia
Medellín 127	El seguimiento
Medellín 128	Iniciación cristiana y discipulado
Medellín 129	Llamados al discipulado. En vísperas de Aparecida
Medellín 130	Aparecida: Esperanza para América Latina y El Caribe
Medellín 131	Perspectivas teológicas de Aparecida
Medellín 132	Dimensiones litúrgica y social de Aparecida
Medellín 133	Índice General 1975-2007
Medellín 134	La conversión pastoral. Exigencia de los discípulos misioneros
Medellín 135	Hacia una iglesia en estado permanente de misión
Medellín 136	Hacia un nuevo paradigma de la catequesis
Medellín 137	San Pablo y la Palabra. Un aporte para la animación bíblica de la pastoral
Medellín 138	Hacia una revaloración de la piedad popular
Medellín 139	Reflexión teológica e identidad
Medellín 140	Economía y desarrollo solidario



medellín

INFORMACIÓN DE SUSCRIPCIÓN O RENOVACIÓN

Precios periodo enero a diciembre de 2010:

FORMA DE PAGO PARA EL EXTERIOR: Enviar en carta certificada cheque en dólares americanos sobre banco en los Estados Unidos a nombre de CELAM. América Latina: US\$: 60,00, Estados Unidos y Europa US\$: 75,00 Asia y África US\$: 65,00

FORMA DE PAGO PARA COLOMBIA: Enviar en carta certificada cheque a nombre de CELAM, o consignar en cualquiera de las cuentas a nivel nacional. Una vez realizada la consignación, se puede enviar por fax el comprobante de la consignación, con los datos del suscriptor, al fax No. 6776521, Colombia \$: 50.000,00

BANCO	No. de Cuenta
LAS VILLAS	01713043-6
BANCO SUDAMERIS COLOMBIA	0907486-5
COLMENA	26500138584
BBVA	0013-0019-91-0200374487